JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

LA LARGA NOCHE

XXXVIII PREMIO JAÉN DE NOVELA



ALMUZARA

Joaquín Pérez Azaústre

La larga noche

XXXVIII PREMIO JAÉN DE NOVELA

El Premio Jaén de Novela es convocado y patrocinado por CaixaBank y CajaGranada Fundación. En la presente edición el Jurado estuvo integrado por Luis Alberto de Cuenca (en calidad de presidente), Ada del Moral, Toni Iturbe y Javier Ortega.

Editorial Almuzara • Colección Novela
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición de Javier Ortega
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzaracom
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba

ISBN: 978-84-11315-44-9

Hecho en España - *Made in Spain*

A mi hijo Joaquín

A Pere Gimferrer y Cuca de Cominges

PRIMERA PARTE

1. EL SABOR DE LA TIERRA

El sabor de la tierra se le prende en los labios mientras gira la luz hasta cegarlo. No gira su cuerpo, no se eleva un palmo de la arena: durante el segundo que transcurre desde que el pitón entra en el muslo y lo levanta, hasta que su propio peso lo empuja hacia abajo y cae de cabeza en el albero, lo que gira es la luz. Y lo hace velozmente, en un remolino, ocupando toda su visión. Tampoco ha visto moverse circularmente al público ni ha escuchado los gritos, apagados de pronto, en un leve mutismo que se ofrece lejano. Lo que gira es la luz, desde ese centro de gravedad que acaba de imponer al impactar contra el suelo, con un sabor ferroso demorado en los labios, sin llegar a cruzar el arco del paladar, pero gira la luz: el sol se ha concentrado en el muslo derecho con su fuerza flamígera, tiene un magma rugiente que lo agita por dentro y le impide moverse. Porque, a diferencia de otras ocasiones, esta vez no puede incorporarse.

Abre los ojos mientras lo levantan y se mira la ingle: la quemazón se vuelve más profunda. Siente una mano apretándole con fuerza, metiéndose en su carne. Es la mano de Guillermo: reconoce su aliento y su respiración, su ritmo controlado cuando lo iza también con otras manos. Dos años antes, en Alicante, cuando quedó conmocionado entre las pezuñas tras un impactar contra el suelo, Guillermo se lanzó sobre el testuz del toro, se colgó de sus cuernos y comenzó a tirar para evitar que le pisoteara la cabeza, mientras sus compañeros lo distraían con los capotes y se lo llevaban a la enfermería. Pero en esta ocasión nada será tan fácil, a pesar de que, entonces, la impresión también fue grave: tardó en recobrar el sentido y tenía un dolor intenso en el hombro. Al caer se había fracturado la clavícula y debían sacarlo de Alicante. Arruza lo montó en su coche y condujo él mismo hasta Madrid, alternando a veces con Pepe Bienvenida: el riesgo era alto, porque cualquier esquirla de la clavícula rota le podía cortar la vena subclavia y causarle una hemorragia interna. Morir ahí, en el asiento trasero, con Guillermo sujetando su postura y Camará delante, con el cielo plomizo oscureciendo la presencia engañosa de la sierra de Aitana. Ahora, mientras lo alzan, vuelve a escuchar el timbre animoso de Arruza al dejar atrás la ciudad y adentrarse en el manto ya casi nocturno de la carretera, esa voz que regresa dentro de su recuerdo, en la que suena su preocupación: *No te preocupes, Manolo, que este coche va como la seda y en nada estamos en Madrid. Pero no puedes dormirte*.

Guillermo lleva la camisa blanca remangada sobre los codos: el calor se ha vuelto pegajoso. Tapona la herida con la mano derecha mientras

pasa el brazo izquierdo por la espalda de Manuel y se prepara para moverlo. Está muy cerca Chimo, su ayudante, pero es Cantimplas quien también lo agarra por el muslo izquierdo. Cuando lo levantan, a Manuel le sale un chorro de sangre del muslo derecho y echa la cabeza hacia atrás por el dolor. El pañuelo que le ha aplicado Guillermo hace un instante sale despedido. No emite ningún lamento, pero la mueca se detiene en un quejido ahogado. Acude por detrás Pepete para sujetarle la espalda y comienzan la carrera en dirección a la enfermería. Guillermo aprieta con más fuerza el boquete y un segundo reguero salta de la herida, una salpicadura que parece salvaje marcando el rastro del grupo y empapando los pantalones de Guillermo. También se acerca Luis Miguel Dominguín y ayuda a sostenerlo, uniéndose a la carrera con definitiva determinación; aunque, poco antes, ha permanecido a dos metros escasos, con el capote entre las manos y la apostura juvenil descompuesta, como si al quedarse atrás pudiera mantenerse fuera de la escena, negándose a asumir lo que ya sabe, probablemente antes que los demás. Porque de todas las fotografías de Cano, ninguna como la que hace en este preciso momento reflejará la distancia ya abismal de tránsito a otro mundo, que media entre el sufrimiento paralizado en la cara angulosa de Manuel y ese asombro algo turbio en Dominguín, atravesado por la perplejidad y una especie de muda incomprensión, todavía separado del conjunto, porque quizá es el primero en entender de verdad lo que puede ser irremediable. Pero esa impresión sólo le dura un segundo: porque después se dice que la cogida quizá no haya sido tan dura. Entonces vuelve al hotel, se cambia y regresa a la enfermería de la plaza. Allí comprende Dominguín que su primera sensación, a pocos metros de la cogida, había sido la acertada.

Ofrece su sangre para las transfusiones; pero, al preguntarle acerca de posibles incompatibilidades, responde que de niño tuvo paludismo, lo que la invalida. La rivalidad que ha pretendido no sucederá, pero no es eso lo que se ve en su gesto de ese instante, ni tampoco en la foto de la cogida, sino una incapacidad para creer en la plenitud del momento. Y esa desolación está en su rostro, con los labios carnosos entreabiertos en la mueca que parece querer salir de esa imagen, antes de unirse a la comitiva que corre abruptamente hacia la enfermería.

Esa misma mañana, Dominguín ha pedido a su mozo de espadas, Chocolate, la habitación del Hotel Cervantes junto al cuarto de baño, porque sólo hay uno por planta. Manuel pasa al servicio. Al salir, se detiene ante la puerta entreabierta de la habitación de Dominguín, duda, se asoma y entra. Dominguín recuerda sus palabras: *Estoy cansado y quiero retirarme. Pero recuerda esto: al que más va a perjudicar que me vaya va a ser a ti. Porque a ti te chillarán los que ahora me chillan a mí. Cuando yo me vaya, tú heredarás mis enemigos*. Ahora, al evocarlo,

de pie frente a la mesa de operaciones del quirófano, le sorprende que el gesto no ha mutado ni un ápice en Manuel durante todo el día, incluso antes y después de la faena, antes y después de la cogida, desde que dejó su habitación.

2. EL SONIDO DE LAS FOTOGRAFÍAS

El sol no es una estrella, sino un planeta absorto en la luz que desprende, que ha ocupado el cielo y va a impactar en la plaza con la misma violencia con que se ha golpeado la cabeza, antes de que el toro saltara sobre él para ir hacia la puerta de chiqueros: es una imposición de luz ardiente que le hace entornar los párpados mientras sigue con esa hoguera bajo la piel y los dedos cerrados de Guillermo tapando sus tejidos, enramándose en ellos, le generan una agonía que parece comunicarse en el espesor metálico que le crece en la boca. Sin embargo, ahora es capaz de oír: la gente les está gritando algo, no solamente el miedo o la sorpresa por la cogida, esa excitación latente de la plaza como el volcán dormido que quiere despertarse, a veces, lanzándole improperios, exigiéndole más, rasgando así el silencio que él quiere imponer al movimiento. No, les están avisando, porque los nervios de la situación han hecho que la asistencia equivoque el camino, perdiéndose en dirección contraria a la enfermería. Uno de los que grita es el enfermero José María Sabio, habiendo advertido ya la gravedad de la herida y sabiendo que se está perdiendo un tiempo que no tienen realmente; porque, en una hemorragia como la que se ve desde la barrera, con el chorro continuo traspasando la mano firme de Guillermo, un segundo es una eternidad.

Pero ellos ya han atravesado la eternidad de la plaza cuando comprenden los avisos del gentío y tienen que dar la vuelta para ir en dirección contraria. Manuel debería encontrarse ya tumbado en la camilla del quirófano, pero todavía está bajo la luz deslumbradora que le atraviesa los párpados cerrados, con ese movimiento que le agita el cuerpo, la taleguilla, las piernas entreabiertas mientras lo llevan en hombros y las voces le caen como pavesas líquidas que entran en los oídos y aturden el cerebro. José María Sabio está preparado en la enfermería y escucha las instrucciones del doctor Garrido: lo primero es cortar la hemorragia, porque Manuel casi carece de presión arterial. Antes de la corrida, durante el paseíllo, ha escrito en la plaza el crítico K-Hito: «Destellos de sol despiden los bordados de su traje, rosa pálido y oro, muy pálido también». Ahora quien está pálido es Manuel, mientras el enfermero José María Sabio le corta el pantalón rosa con varios tijeretazos decididos para que el doctor Garrido comience la operación. Está con él Antonio Bellón, que se ha enfundado una bata blanca: además de periodista y amigo de Manuel es médico no

ejerciente, y se pone a su disposición. Cada segundo cuenta y el quirófano ya está lleno de gente, mientras Manuel pregunta mucho por la pierna, porque no se la siente, con una voz que parece venirle de muy lejos.

Uno de los que ha ido hasta el quirófano ha sido Cano, el fotógrafo. Después de tirar la última fotografía mientras Guillermo y Chimo lo levantaban, él, como Dominguín, también teme que la cogida pueda ser definitiva. Importa el toro, su última instantánea. Por eso Francisco Cano se dirige al desolladero y lo fotografía, porque sabe que pronto lo descuartizarán. Los matarifes y uno de los hermanos de Pedro Balañá, el empresario de la plaza de toros de Barcelona —y también de Linares esta temporada—, posan junto a él. No hay nada de especial en esa foto, salvo la fascinación por la muerte y la identidad del hombre al que le están tratando de ligar las roturas de los vasos sanguíneos, después del corte en la vena safena y el impacto en la femoral. Una hora después de que un policía, los matarifes y unos muchachos miren al objetivo de Francisco Cano, llamado Canito, la herida de Manuel queda abierta con tres tubos de drenaje y es pasado desde el quirófano a la habitación contigua, la sala de reanimación, a la espera de que se vaya recuperando.

Un poco antes, durante la faena del último toro por Luis Miguel Dominguín, nadie mira a la plaza y toda la atención está en la enfermería. Después de tomar las fotos en el desolladero, Cano corre al quirófano, que está atestado de gente, para ofrecer su sangre. Le llegan a poner una goma en el brazo; pero después se la quitan, porque ya había otra preparada para la primera transfusión. Entonces se va al Hotel Cervantes para dejar allí el equipo fotográfico. Francisco Cano está sobrecogido, siente un sudor frío asentado en la nuca que no lo ha abandonado durante el recorrido, y no es un hombre que pueda impresionarse con facilidad: tiene 34 años, cuatro más que Manuel, y ya ha vivido mucho. Ha sido boxeador y también intentó la gloria de las plazas en algunos festejos. Durante la guerra, en Madrid, escondido con un amigo, se inició en la fotografía. Después siguió intentando ser torero, pero ya sin soltar su cámara Leica. Comenzó a hacer reportajes en las plazas, espontáneamente o por encargo de los toreros. Conoce bien los sitios, los encuadres, porque él mismo ha sido cogido algunas veces y sabe los terrenos y sus riesgos, y dónde colocar el objetivo. No ha acudido a Linares por Manuel, sino por Dominguín, que está en alza, para hacer un reportaje que poder vender luego al torero y a la prensa. Pero quien le dará la fama a Francisco Cano, Canito, no será Dominguín, sino Manuel: porque hoy retratará su última tarde, la noche y la mañana, cuando la ciudad amanezca entre rezos y la expresión intimista y atenta de ese hombre ya no tocará la tierra.

Durante los dos minutos que tarda Cano en cruzar los escasos ciento noventa metros entre la plaza y el Hotel Cervantes, sigue resonando en su cabeza el sonido de la cogida. La ha retratado: tiene cada imagen grabada en la retina. Pero lo que la cámara no ha podido registrar es el sonido, sobre el mutismo súbito, aplomado en la plaza. Todas las voces que lo han estado increpando enmudecen de pronto en su recuerdo, se diluyen en un silencio blanco. El cuerno engancha al hombre por el muslo derecho, lo eleva un par de cuartas desde el suelo y, justo en el momento en el que el cuerpo gira sobre el asta, Cano ha escuchado un sonido especial, un eco sordo, algo que no ha comentado todavía con nadie, una especie de chasquido de madera seca, de una tabla que acaba de romperse.

3. CUADERNO DE NOTAS

En la puerta de la enfermería, tras decidirse a salir para contribuir a despejarla y dejar hacer al doctor Garrido, Ricardo García Gómez, más conocido como K-Hito, revisa las anotaciones aleatorias en su cuaderno y trata de entender lo que ha visto en la plaza antes de empezar su crónica para *Dígame,* mientras intervienen a Manuel. Él fue quien le impuso el sobrenombre de El Monstruo, tras esa indescriptible faena en Alicante el 28 de junio del 43, con el que ya es conocido en todo el mundo. De hecho, a la vuelta de su primer viaje a Nueva York, Manuel le contó entre risas que, en una librería cerca de Broadway en la que había entrado a curiosear, comenzó a escuchar un murmullo a su alrededor: *The Monster! The Monster!*, decía la dependienta, y acabó firmando varios autógrafos. Lo ha visto torear y ha escrito sobre él innumerables veces, sí; pero lo de esta tarde ha sido diferente. También la plaza misma parecía distinta: esa tensión eléctrica, la aridez que reseca el aire en los pulmones incluso más de lo esperable un 28 de agosto, la grosería implacable de ciertos gritos a Manuel desde algunos tendidos. Le sorprende, y lo anota, el resbalón de Gitanillo de Triana ante los hocicos de su primer toro, y también le llama la atención la pregunta interior, que no espera respuesta, que ha lanzado al vacío el torero flamenco, siempre alegre, compañero de Manuel en España y América, que tan bien se entona en el cante, pero que ahora muestra su inquietud al acecho: *¿Qué tendrá esta tarde el piso de la plaza de Linares?* Hay algo supersticioso en Gitanillo, un temor ancestral en sus ojos oscuros y vivaces, como si eludiera escucharse a sí mismo en cuanto pronuncia esas palabras que K-Hito reproduce en su libreta y ahora vuelve a leer.

En los últimos tiempos le llaman la atención algunos adornos novedosos en el toreo de Manuel, que reproduce en su primer toro: toca con los dedos de su mano derecha uno de los pitones, con una parsimonia que parece ensimismarle aún más en la faena, mientras pasa la mano por el testuz. No sólo le está tapando, en parte, la visión en su primera arrancada: hay algo extraño ahí, una comunión nueva, más con el momento que con el animal, demorándose dentro de ese instante que parece intentar o pretender alargar más de lo que requiere. Con su segundo toro, de nombre Islero, Manuel saca una serie de derechazos que ponen a la plaza en pie. Es un toro hermoso: negro, bragado y con arrestos. Un miura que enviste, pero con movimientos engañosos. Problemático en más de un sentido, con algo de frenada. Gabriel González y Cantimplas ponen las banderillas sin complicaciones. Manuel enlaza los derechazos con una majestad que

asume en una misma línea del albero, terminados en cuatro manoletinas que K-Hito, en su cuaderno, califica como «espeluznantes». Imaginamos la simbiosis total entre hombre y bestia, ese baile plástico en el que no hay distancia, con la quietud romana de asombro vertical y los pies no clavados ni atornillados en la tierra, como tanto se ha escrito sobre él, sino suavemente posados sobre ella, encontrando su esencia y su sentido en una austeridad del movimiento, con esa permanencia casi paralizada en una imagen.

Cuando va a entrar a matar, K-Hito escucha a Camará, su apoderado, susurrarle a Manuel: *Demasiado has tardado. La muleta por abajo y en paz, que no me gusta nada*. A K-Hito le parece entonces que Manuel, por una vez, no está escuchando a Camará: se encuentra en otra percepción de lo que está ocurriendo, con su instante voraz de calor detenido. Porque lo que viene después, cuando ya tiene ganada la faena y una estocada rápida y certera podría haberle dado todos los trofeos, es algo que todavía no puede entender. Manolo, según el parecer de K-Hito, se posiciona muy cerca del miura. Recoge la muleta, liándola sobre sí misma. Arrastra el pie izquierdo, centímetro a centímetro, en una lentitud que demora el momento, que lo prensa en el aire, adensado ya por la calina, y va clavando el estoque dejando atrás la cabeza del toro, cada vez más despacio, mientras el pitón lo engancha por el muslo derecho y, mucho más velozmente de lo que se ha movido Manuel, como si aún estuviera dibujando toda la secuencia de matar con sus ojos absortos, lo alza y lo hace girar hasta que cae de cabeza.

Hemos visto la última corrida de Manolete, dice K-Hito al conde de Colombí, que está sentado con él. Pero no porque piense que la herida guarde dentro una gravedad final, sino porque en sus entrevistas recientes Manuel ha declarado abiertamente, a todo el que ha querido escucharlo, que está exhausto y en octubre piensa retirarse; y una cogida así, aunque en esa primera impresión no le parezca mortal a K-Hito, aceleraría la decisión.

4. UN VASO DE AGUA CON DEMASIADAS MANOS

Pero la cogida sí ha sido grave. En la enfermería hay tanto bullicio que cuando pide un poco de agua, porque tiene muchísima sed, el vaso le llega sucio a los labios tras pasar por demasiadas manos. Le encienden un pitillo, pero ni lo siente ni le sabe a nada cuando exhala la única calada. Alguien llega con las dos orejas y el rabo, pero nadie se fija en ese premio que quizá le haya hecho entrar con el estoque demasiado despacio. No bebe del vaso, pero se enjuaga la boca y escupe el agua en una palangana que le ofrece el enfermero José María Sabio. El segundo vaso se lo lleva el cabo de la Policía Armada Juan Sánchez Calle, haciendo uso de su autoridad para abrirse paso entre el gentío acumulado en torno a la mesa de operaciones. Manuel lo reconoce y le sonríe, con una mueca que no logra ocultar lo que está padeciendo. Fueron compañeros en el Regimiento de Artillería número 1, Batería número 24, con sede en Córdoba, y también en El Carpio. Es un poco mayor que él: tiene 42 años. Manuel lo mira con una intensidad que Juan Sánchez Calle siempre recordará: sus ojos parecen querer regresar, por un momento, a su encuentro en la puerta de cuadrillas, esa misma tarde, antes de la corrida, cuando esperaba antes del paseíllo. Durante la mañana no había podido ir a visitarlo al Hotel Cervantes y se fotografían ahí. Luego se fuman un cigarro. Juan Sánchez Calle ha sacado un paquete de Philip Morris y Manuel le sonríe: es su marca favorita.

El gesto habitualmente serio del cabo de la Policía Armada se relaja cuando cruza varias frases con su compañero de regimiento durante la guerra. Le hace las preguntas habituales, pero Manuel detecta un fondo de cariño sincero en su voz. Siempre ha apreciado a ese hombre riguroso, que ya lo era con diez años menos y sabía comprender, en el cuartel, sus silencios y sus ensimismamientos, aunque también lo acompañaba en el estallido de una carcajada tras una de sus bromas habituales. Juan Sánchez Calle le parece, a Manuel, entonces y ahora, un hombre de una pieza, con ese tipo de afecto desinteresado que tanto ha aprendido a valorar desde la cima del éxito, que también le ha ido acarreando otro tipo de soledades.

Ha asistido a la cogida en primera línea, apostado en el callejón, a pocos metros del lugar en el que Manuel ha entrado a matar, como lo ha recogido Cano. También el otro fotógrafo en la plaza, Ortiz, aunque desde un ángulo distinto, en el graderío, atrapa ese volteo que Juan Sánchez Calle ha tenido que asimilar desde cerca. Por eso cuando cruza la enfermería y le alcanza el segundo vaso de agua, del que esta

vez sí logra beber, por indicación del doctor Garrido, sorbos muy pequeños, Manuel se retrotrae a ese instante anterior justo cuando el doctor Garrido empieza a pedir a gritos donantes de sangre. Con el mismo dominio imperturbable de sí mismo, y sin dejar de observar serenamente a Manuel, como si su mirada pudiera abismarse en la suya, en esa desorbitante indefensión, Juan Sánchez Calle se desprende de la guerrera, se remanga la camisa y ofrece el brazo. Lo sientan en una silla, pegada a la mesa de operaciones en la que a duras penas se mantiene tumbado Manuel, atravesado por el suplicio, y se hace la primera transfusión directa de 250 centímetros cúbicos de sangre, aspirando de un brazo a otro, con una enorme jeringa hipodérmica de Henri-Juvelet. Poco a poco siente el cuerpo de Manuel su influjo, aunque el efecto revitalizador sea momentáneo, porque el shock le hace sentirse remotamente enajenado, viéndose a sí mismo desde fuera.

Quizá llega a dudar si no es únicamente por la sugestión de saber que la sangre de un amigo suyo circula libremente por su cuerpo. Deja alejarse al pensamiento y entra en una suerte de letargo que no durará mucho, aunque lo embriaga el tiempo suficiente para recuperar un resto de vigor, o algo que percibe así, como si la mejora pudiera incorporarse a un organismo por querencia o deseo. Cuando terminan, escucha a Álvaro Domecq preguntar al cabo si, en caso de ser precisa, podría dar más sangre. Él responde que toda la que sea necesaria y Manuel cree escucharlo desde un sueño. Pero después se marcha, porque un enfermero le asegura que hay otros donantes preparados: sabe que es mejor no estorbar y además, aunque no dice nada, ha empezado a sentirse mareado. Cuando Manuel lo ve salir, entre todos los demás individuos que lo escrutan a una distancia cada vez mayor, mientras otros agentes de la Policía Armada van controlando el aluvión de conocidos, curiosos y admiradores, para que se vaya despejando el aire cargado de la enfermería, Manuel se descubre lamentando su ausencia. No es que le preocupe especialmente la cogida, porque ha tenido otras con partes médicos parecidos, casi idénticos, y al final siempre ha conseguido salir adelante; pero lo que le sorprende, cuando lo ve perderse entre la pequeña multitud que analiza cada uno de sus movimientos, por mínimos que sean, es encontrarse ante esa sensación de hondo desamparo.

Comienza a experimentar escalofríos, pero no quiere distraer al doctor Garrido y piensa que los puede soportar. Aguanta unos minutos y se convence de que controlar el ligero temblor que le eriza la espalda y el pecho desnudo es uno de los pocos actos de voluntad o dominio que le quedan. Sin embargo, a pesar de haberse bebido el segundo vaso de agua, que le ha traído su amigo, no consigue sacarse ese sabor a tierra de la boca.

5. LA ENFERMERÍA CELESTE

Es posible que sean los efectos del shock; pero, cuando la tarde comienza a declinar, Manuel cree distinguir, en el fondo del techo, unas formas oscuras. Se mueven silenciosas y se arrastran también por la pared, a su alrededor, sobre esos azulejos de blancura deslumbrante. Sugieren siluetas y se mezclan con el humo de algunos fumadores, oscilantes y esquivas, deslizándose sobre las repisas, los depósitos metálicos del agua, el lavabo y el grifo. Sin embargo, las acepta con naturalidad. No es la primera vez que tiene una visión semejante, como no es la primera vez que está tumbado en una mesa de operaciones. Pero sí le parece, en la conciencia lejana que no llega a perder del todo, que nunca se han resistido tanto a desaparecer. La voz del doctor Fernando Garrido lo saca de su duermevela, mientras comienza a extenderse por el callejón el rumor de que a Manolete hay que amputarle la pierna. Pero no es verdad. Ni siquiera se baraja la posibilidad de la penicilina, porque no ha habido infección, ni por tanto gangrena, sino una fuerte hemorragia que ha dejado a Manuel aturdido y muy débil.

El amasijo de voces que llegan desde fuera le trae palabras sueltas, como cuerpos autónomos que no puede descifrar, aunque el murmullo adquiere otra presencia cuando distingue la voz de su sobrino, Rafael, al que no ha vuelto a ver desde el instante inmediatamente posterior a la cogida. Porque nadie ha podido advertir que, justo después de que el toro lo haya volteado con el pitón hasta hacerlo precipitarse de cabeza, el cuerpo de Manuel ha quedado expuesto bocarriba durante un segundo y ha rotado, instintivamente, para eludir las pezuñas del animal y protegerse el pecho y la cara. Es al girar, para quedarse completamente bocabajo y con el rostro pegado al albero, la boca entreabierta y ese espesor de sangre y de saliva llenándose de tierra, todavía bajo las patas del animal, aunque ya advierte la rauda llegada de Guillermo, cuando puede entrever el salto de su sobrino, Rafaelito Soria, por encima de la barrera.

Vuelve a distinguirlo en ese movimiento tan ágil y veloz: casi no le había dado tiempo todavía a recibir la cornada cuando ya estaba lanzándose a ayudarle. Cómo te has tirado. Y sólo con las manos. *Qué ibas a hacer, sobrino, sin capote y sin nada. Pero tu instinto ha sido más rápido que tu pensamiento y eso es imprescindible para ser torero*. No sabe si ha llegado a pensar algo parecido entre la caída y su cambio de posición, aún con los mugidos en la nuca. Le emociona recordarlo y le da confianza el fogonazo de esa imagen nítida. Aunque después, cuando lo levantan entre Guillermo y Cantimplas, lo ha perdido de

vista hasta ahora mismo, cuando reconoce el timbre de su voz y lo ve abrirse paso entre los conocidos que permanecen en la puerta.

Sin decidirse a acercarse, Rafael mira a Camará, que se mantiene detrás del doctor Fernando Garrido. Hay dos metros de baldosas sucias, cubiertas por charcos de sangre, entre la mesa de operaciones y los únicos amigos que todavía continúan en la enfermería, sin que nadie se atreva a aproximarse ni a cruzar esa línea invisible impuesta por el doctor Garrido y Camará. Manuel advierte esa mirada entre Rafael y Camará, que el apoderado le devuelve a su vez. Manuel apenas baja levemente los párpados, sin llegar ni siquiera a mover la cabeza, y Camará comprende. Se despega un instante de la intervención y se dirige hacia el muchacho, con una palidez enmudecida que le recuerda a la del hombre que yace en la camilla, pero también resuelta a no moverse de allí. Por eso lo coge suavemente del codo, con una presión mínima, y, tras un gesto de los ojos, le indica que lo acompañe fuera de la sala.

En el callejón se fija en él. Con 17 años ya muestra condiciones de torero: no hay que olvidar que su tío bisabuelo fue Rafael Molina Sánchez, Lagartijo, y su abuelo Rafael Molina Martínez, Lagartijo Chico. Pero además, y esto es lo más importante para Camará, su tío materno es Manolete, que lo tiene bajo su protección: como a toda su familia, aunque por este sobrino sabe Camará que siempre ha sentido algo especial. Antes de comenzar a hablar, le pone sobre el hombro la misma mano con la que lo dirigió antes hacia la salida, cogiéndole por el codo y abriendo el paso entre el grupo de amigos de la entrada, mientras trata de transmitirle una entereza que ni siquiera sabe si aún le queda para él mismo. El cielo azul cobalto le parece opresivo sobre la plaza vacía.

—Calín, sé que quieres mucho a tu tío. Pero él prefiere que no estés en la enfermería.

El muchacho baja la cabeza, pisa algo, lo mira, lo arrastra y lo siente bajo la suela.

—No quiero molestar. Pero estoy muy inquieto. Aunque ya lo he visto así otras veces.

Camará permanece pensativo y también baja la vista; pero sólo un instante, como si apenas necesitara la fracción de segundo para hundirse en un pozo y salir a la superficie.

—Podría decirte que te fueras para el Hospital de los Marqueses de Linares o al hotel para estar pendiente de las llamadas y pensarías que no te estoy diciendo la verdad. Yo creo que esta vez será como las otras, así que tranquilo. Pero no te quiere ahí dentro.

Camará está pensando en la cogida de cinco años antes. No recuerda del todo la fecha, pero sabe que fue en septiembre del 42, ya casi a final de temporada. Manolo volvía a Madrid y compartía cartel con

Juanito Belmonte y con Gallito. Las reses eran de María Montalvo. Esa tarde en Las Ventas fue la culminación de un año extraordinario. En el primero cortó las dos orejas, pero con el segundo toro levantó a la plaza: su estatismo se había condensado en una economía del movimiento que lo hacía irradiarse con poder, adensando el silencio. Se esculpía a sí mismo en los muletazos y era el animal el que bailaba, con esa suavidad, una coreografía salvaje y natural. Pero al entrar a matar marcó demasiado los pasos y los tiempos, arrojándose sobre el hocico con su morosidad de puño y de muñeca. Y esta tarde, al ver caer a Manuel, le ha venido inmediatamente a la memoria aquella otra cogida de cinco años atrás. No recuerda el día, pero podría recitar el parte médico: «Durante la lidia del quinto toro ingresó en la enfermería el diestro Manuel Rodríguez "Manolete", que sufre una herida por asta de toro, situada en la cara exterior del tercio superior del muslo derecho, que interesa piel, tejido celular, rompe la vena safena y aponeurosis femoral, penetrando en los músculos abductores, en los cuales ocasiona grandes destrozos, formando una trayectoria de veinte centímetros hacia arriba, hacia atrás y hacia fuera, que contornea la vena de los vasos femorales. Pronóstico grave. Doctor Giménez Guinea». Es la misma cogida, con dos trayectos idénticos en el muslo.

Si la superó entonces, piensa, mientras se ve en los ojos profundos de Rafael Soria, al que llaman Calín, también podrá salir ahora adelante. Sin embargo, hoy advierte algo diferente que no acierta a nombrar. También él sabe que Calín ha estado otras veces con su tío mientras lo curaban; pero el propio Manuel no ha querido tener a su sobrino cerca.

—Quédate por aquí y cuando acaben te aviso —comienza, con un tono seguro—. Pero échale al menos un par de horas. Después lo trasladaremos al hospital y vamos a necesitar dos buenos brazos más, como los tuyos, porque seguramente habrá que llevarlo a hombros.

El gesto de Rafael Soria se agrava súbitamente y se cuadra frente al apoderado.

—¿Tan grave es?

—No más que otras ocasiones. Pero después de una intervención tan complicada no podemos arriesgarnos a meterlo en una ambulancia, ni mucho menos en el Buick. Aunque aún queda esperar que todo salga como deseamos. Así que no te vayas muy lejos, Calín.

En la elasticidad eterna de un segundo, el muchacho Rafael Soria que ahora mismo trata de mantenerse entero frente a Camará vuelve a ver a su tío Manuel; pero a través de los ojos del niño de 10 años que fue, en la casa de La Lagunilla, con ese patio hermoso lleno de maceteros y palmeras, durante la larga convalecencia de 1940. Aquella cogida había sido allí mismo, en Córdoba: no tan compleja como la de hoy, ni

la de cinco años antes, pero farragosa en el proceso de recuperación. El médico iba todas las tardes, para evitar las horas de mayor calor. Lo recibía su abuela, doña Angustias, madre del herido, siempre obsequiosamente y con preocupación. El día de la primera cura se asomó al dormitorio de su tío, espiando la actuación del doctor con una mezcla de curiosidad y temor, y su abuela le reprendió. Fue una de las pocas veces, por no decir la única, que vio a su tío Manuel corregir a su madre, aunque fuera cariñosamente. Lo vuelve a ver, postrado como lo ha dejado ahí dentro, pero más entero y sonriéndole desde su cama: *Déjalo entrar, madre, hace bien. Si de verdad quiere ser torero, es menester que se entere ya de las cosas que a los hombres nos hacen los toros*. Por eso le pesa todavía más en su ánimo, con una extrañeza pesarosa, que su tío acabe de hacerlo salir de la enfermería ahora, cuando ya es casi un hombre de 17 años.

Camará lo deja y vuelve dentro. En el momento en el que se da la vuelta retiene en su mirada la imagen del muchacho, con ese desamparo que parece haberle caído sobre la espalda. Rafael adora a su tío y por mucho que conozca la dureza de la profesión no puede imaginar, desde la energía de sus 17 años, que los cuerpos son esencialmente engranajes de carne y de tejidos, conductos y mecanismos, en una armonía interna habitualmente sólida o fuerte, como en el caso de Manuel, aunque dependen de detalles minúsculos y frágiles que en cualquier momento pueden descomponerse, especialmente con un asta de toro entrando por la ingle y cortando en varias direcciones.

6. EL SUEÑO AZUL DEL ÉTER

Efectivamente, el parte facultativo que ha firmado el doctor Fernando Garrido Arboleda en la enfermería de la plaza de Linares guarda similitudes con el de la cogida en Las Ventas, cinco años antes, que recuerda Camará: «Durante la lidia del quinto toro ha ingresado en la enfermería el diestro Manuel Rodríguez “Manolete”, con una herida de asta de toro, situada en el ángulo inferior del triángulo de Scarpa, con un trayecto de 20 cm. de longitud de abajo a arriba y de dentro a fuera y ligeramente de delante a atrás, con destrozo de las fibras musculares del sartorio, facsia cribiforme, recto externo, con rotura de la vena safena y contorneando el paquete vascular nervioso y la arteria femoral en una extensión de 5 cm. y otro trayecto hacia abajo y hacia fuera de unos 15 cm. de longitud, con extensa hemorragia y fuerte shock traumático. Pronóstico muy grave».

Camará espera que la herida no sea de por sí mortal. Es decir: no necesariamente. No ha sido una cornada limpia y seca, sino muy complicada, por tener dos trayectorias: al entrar y al salir, desgarrando el muslo por dentro desde la rodilla hasta la cadera. Según le ha explicado el doctor Garrido, está destrozado por dentro. Los vasos venosos han quedado muy afectados, pero la dificultad más peligrosa es la rotura de la vena safena, sajada completamente, que le ha hecho perder tanta sangre. También ha sido impactada la arteria femoral y se ha sacudido todo el paquete vascular nervioso. Por eso la hemorragia es caudalosa, como atestiguará el colchón empapado, en la cama de la habitación contigua, cuando saquen a Manuel más tarde, en dirección al hospital. Pero aún queda mucho para ese desplazamiento cuando José Flores «Camará» vuelve a la enfermería, donde el doctor Garrido sigue practicando su cirugía de guerra. Ha conseguido que salga del potente shock traumático, poco antes de decir una única frase: *Doctor, ¿qué pasa, que no veo?* Luego volverá a ver. Le aplica éter para dedicarse a suturar la rotura de la safena, que es el principal riesgo del cuadro. Lo ha conseguido, manteniéndole las constantes vitales, a pesar de su debilidad.

Después de unas dos horas de intervención, desde que con la mirada pareció sugerirle a Camará que se llevara a Calín fuera de allí, poco antes de que el éter lo empezara a sumir en ese nebuloso sueño azul, Manuel comienza a entreabrir los ojos.

Ahora la enfermería permanece en silencio. Ya casi nadie se asoma al otro lado de los ventanales que dan a la calle, por los que se anuncia una noche despejada y ardiente. Durante toda la tarde las cabezas se han amontonado entre sí, especialmente de muchachos y niños,

sacándose del marco a veces a empujones y codazos, para ver al doctor Garrido operando a Manolete. Camará tiene que imponer su autoridad y, con la ayuda de varios agentes de la Policía Armada, desaloja parcialmente la antesala del quirófano, porque el ambiente está demasiado cargado por el humo, el sudor y otros hedores, a pesar de ser amplio y de estar dividido en dos partes. Una vez terminada la intervención, lo instalan en la habitación contigua, a la que llaman sala de recuperación pero es, básicamente, un cuarto con una cama de somier metálico y un colchón muy fino, una repisa y la copia blancuzca de una Virgen de Murillo. Al levantarlo de la mesa de operaciones queda al descubierto un amasijo de gasas enrojecidas que ha permanecido ahí, estancado en un líquido oscuro, para caer en las baldosas cuando pasan el cuerpo de Manuel a la otra estancia, antes de que comience la reanimación. Lo hace lentamente, superando los efectos del éter. Pero en cuanto la anestesia termina de difuminarse en los confines de su organismo, aparece una punzada muy aguda que parece estar cortándolo de nuevo y le acaba de hacer volver en sí. Pasan de las ocho de la noche y Manuel gime:

—Pelu, ¡cómo me duele la ingle!

Deja caer los párpados de nuevo y gira muy despacio la cabeza. El banderillero Cantimplas, a quien se ha dirigido, se aproxima a la cama, le coge la mano y se la aprieta.

—Ten fuerza, primo. Que lo más gordo ha pasado ya. Ahora intenta descansar.

Pinturas, otro miembro de la cuadrilla, se estremece, porque nunca lo ha oído quejarse. Carnicerito de Málaga, que ha amputado él mismo las dos orejas y el rabo concedidos por la faena extraordinaria, se ha echado a llorar cuando Manuel le ha preguntado desde la camilla si al menos le han dado una oreja, y se las ha enseñado.

El doctor Garrido los escucha. Está enjuagándose las manos en uno de los lavabos. Después se echa agua en la cara y en la nuca. Tiene la bata empapada en sudor. Junto a él está el doctor Julio Corzo, mirándolo en silencio. A sus 37 años, es un cirujano respetado en Linares. Ha sido testigo de la operación, como antes también de la cogida: pese a su rapidez, desde el principio ha estado seguro de que la cornada ha sido en el triángulo de Scarpa. Al salir a la calle con varios amigos los acompaña brevemente tomando una cerveza, pero ya piensa en irse a la enfermería por si puede auxiliar al doctor Garrido, el cirujano jefe de la plaza. El tema en todas las mesas no es la corrida, ni siquiera la segunda faena de Manolete, con ese estatismo sobrecogedor y esa lentitud pavorosa al entrar a matar, sino la gravedad de la cogida. Su amigo Leopoldo Saro, que ha estado escuchando las opiniones de unos y otros, suelta el vaso con decisión, lo mira y se decide a intervenir:

—Julio, vete para la enfermería. Habrá barullo, pero a ti te dejarán pasar.

El doctor Corzo cavila, mirando hacia la plaza desde la barra.

—No creas que es tan fácil. Seguro que ahí dentro ya no cabe ni una mosca. Puede haber más de cien personas taponando la entrada. Y el doctor Garrido es un gran cirujano.

—Vete, coño. Tu ayuda nunca le vendrá mal. Y así te enteras de algo.

7. EL FRÍO

Julio Corzo cruza los doscientos metros hasta la plaza y se dirige a la enfermería. Tal y como pensaba, desde fuera se distingue la multitud que bloquea la puerta. Ve salir a su amigo Juan Sánchez Calle, cabo de la Policía Armada, apoyándose en la pared, con unos andares que le parecen demasiado titubeantes y una creciente palidez en la cara. Se dirige a él y lo sostiene por los hombros, hasta que le parece que ha recuperado el aliento.

—Juan, ¿qué te pasa, hombre?

—Nada, nada. Acabo de darle sangre a Manolete. He debido de marearme un poco. Entre eso y que ahí dentro no se puede respirar... Hay demasiada gente. Y además el calor. No sé cómo el doctor Garrido puede trabajar en esas condiciones, pero lo está haciendo.

—Pues para eso voy, para ver si puedo echarle una mano.

—No te dejarán entrar. Espera —trata de recomponerse, con esfuerzo —, te acompaño.

—De eso nada. Tú te vas ahora mismo ahí enfrente y te pides un bocadillo de jamón. Están Leopoldo y los demás. Si no te ves con fuerzas, directo a tu casa y comes algo allí.

Ve cómo Juan Sánchez comienza a alejarse. Julio se dirige al gentío que desborda la entrada de la enfermería. No conoce a la pareja de la Policía Armada que la vigila: debe de haber venido, como refuerzo, del cuartel de Jaén. Se ve que no es el primero que usa la excusa de la profesión —que en su caso es cierta— para colarse en el quirófano, y, aunque les insiste, ya no están dispuestos a permitir la entrada a ningún otro médico.

—Por favor, si soy amigo del doctor Garrido y he operado con él muchas veces.

—Como si es amigo del Papa. Si no lo reclaman dentro, de aquí no pasa nadie más.

Pero uno de los que, en ese momento, está intentando salir, a brazadas de dificultad, porque los cuerpos parecen encolados entre sí y sólo avanza a pulgadas asfixiantes, es otro médico, Wenceslao, que lo reconoce. Cuando por fin está fuera, se dirige hacia ellos.

—A éste deberían dejarle, porque es un cirujano de verdad y puede ayudar mucho.

Los guardias asienten a Wenceslao, al que conocen, porque este último año ha sido el encargado de las revisiones anuales en el cuartel de la plaza del Perfume, en Jaén.

Julio le da la mano con gratitud. Wenceslao la tiene empapada en sudor.

—¿Dónde te habías metido?
—Ahí fuera, con unos amigos. Estaba seguro de que no me iban a permitir entrar.
—Y no te habrían dejado si no te cruzas conmigo. Fernando se va a alegrar mucho de verte. La cosa está muy fea. Es un cornalón de caballo y le ha destrozado el muslo.
Julio mueve la cabeza y se pasa la mano por la frente, cada vez más humedecida.
—¿Tú le conoces, no? —recuerda Wenceslao, en tono de confidencia —. A Manolete.
—Sí. Aunque sólo de una vez. Le organizamos una corrida en Úbeda, justo después de la guerra. Se veía que iba para figura. Pero, sobre todo, me pareció muy buena persona.
Wenceslao vuelve a estrecharle la mano y se dirige otra vez a la pareja de guardias:
—Hagan el favor de ayudar a pasar al doctor Corzo. Ahí dentro se lo agradecerán.
El guardia más corpulento se abre paso con el fusil por delante. Julio Corzo piensa que hay demasiada gente que no tendría que estar allí. Cuando llega hasta la mesa de operaciones el doctor Garrido, al reconocerlo, muda su expresión de profunda concentración por otra de inesperada confianza. Ambos cirujanos son amigos y Fernando Garrido experimenta un ligero alivio al verlo, aunque el gesto rápidamente recupera su tensión anterior. El enfermero José María Sabio, sin esperar una indicación del doctor Garrido, cruza las puertas con cristal esmerilado del fondo y vuelve de inmediato con otra bata, un gorro y una mascarilla para el doctor Corzo.
Dos horas y media después, ya ha concluido la operación y Julio Corzo observa a su amigo Fernando Garrido refrescarse la nuca y los párpados en uno de los lavabos. El paciente da los primeros signos de reanimación: dice que tiene frío. Fernando Garrido se queda apoyado en el borde, con los ojos cerrados, mueve la cabeza y los abre.
—Menudo milagro acabas de hacer. Cuando he llegado lo he visto muy difícil.
El doctor Garrido asiente, con una mueca en la boca entreabierta.
—Y va a seguir estando difícil. Esto no ha acabado. Hemos tenido que ampliar la herida, para averiguar el nivel de destrozo en los músculos pectíneo y sartorio, recto externo, semitendinoso y semimembranoso, y del glúteo en sus inserciones del trocánter mayor. Lo más difícil ha sido ligar la safena, que estaba seccionada, como has visto, y también corregir la erosión de la vena femoral. También la arteria, a causa de la contusión, se había quedado sin circulación. En fin, un desastre. Puede ser que consigamos salvar la vida, pero la pierna derecha es más improbable. Vamos a ver cómo evoluciona.

—Quiero creer que positivamente. La cavidad de la herida se ha quedado totalmente limpia y tenemos las aberturas de drenaje en la terminación de los dos trayectos que ha seguido la cornada. Hasta ahora ha respondido bien a las transfusiones. Y sigue estable.

—Sí —concede Garrido, serio, mientras desvía la vista hacia la cama de la habitación de al lado—. Pero está muy débil.

En plena noche de agosto, Manuel comienza a tiritar. Como no disponen de mantas, Camará lo cubre con un capote.

8. EL CALLEJÓN VACÍO

Rafael Soria Sánchez, Calín, pasea por el callejón vacío. El murmullo le llega con sordina desde fuera de la plaza, como si los muros encalados evitaran que el bullicio que se concentra todavía consiguiera alterar esa serenidad circular del albero. Se asoma, vuelve a fijarse en el lugar donde el toro ha cogido a su tío y recuerda ese instante: llevaba desconfiando del animal desde que salió por toriles y había escuchado cómo los miembros de la cuadrilla le gritaban que acortara la faena. También Camará, porque se presentía el peligro. Lo habían advertido desde que salieron del hotel, escoltando a Manuel, aunque no lo hubieran comentado entre ellos. Esas cosas no se pueden explicar, porque se sienten como un escozor repentino en la piel o una aspereza de sequedad en la lengua. Él también había percibido un ambiente muy tenso, con una incomodidad algo violenta que se hacía presente no sólo por los comentarios brutales que tuvieron que soportar desde varios sectores de la grada —sobre todo, de algunos aficionados llegados expresamente de Córdoba sólo para increparle—, sino en el espesor tenso del aire, como si costara respirar. Hacía mucho calor, sí. No se puede esperar otra cosa en Linares una tarde de agosto. Pero había algo más que no podía definirse. Por eso cuando al fin cuadró los hombros, para entrar a matar, Calín se relajó, porque pensó que ya nada malo podría ocurrirle a su tío.

Esa lentitud sobre el morrillo y el estoque entrando por la hendidura que han podido dejarle una de las agujas. Le ha parecido que el picador castigaba demasiado al toro y, en uno de los puyazos, se le ha quedado dentro el casquillo de la puya. Calín lo había advertido, en ese momento, aunque no estaba seguro. Se lo comentó también el enfermero, que ha sido testigo de la corrida: que la espada entró por ese hueco. No es algo que pueda distinguirse salvo desde muy cerca. Pero esa docilidad del estoque al hundirse habría acelerado los tiempos del toro al embestir. Y su tío no se fija en el pitón al arrojarse, sino que se vacía sobre el testuz, hundiendo el puño sin mirar atrás.

Recuerda ahora Calín, mientras se pone el sol por encima del muro de la plaza, la feria de abril de cinco años antes. Él todavía es un niño, pero su tío Manuel ya le comenta las corridas. Esa primavera del 42, nadie sabe explicar qué ha ocurrido esas cuatro tardes seguidas en Sevilla. Muy malas tardes. Y, menos que nadie, el propio Manuel, que se mira con extrañeza las manos. Como si hubiera olvidado, de pronto, en lo que consiste torear.

Te voy a decir algo, sobrino. Un torero está mal cuando no sabe por qué no ha podido estar bien. Calín lo vuelve a contemplar sobre la cama de

su dormitorio en La Lagunilla, con la mirada remotamente extraviada y la camisa abierta. Ni una sola de esas noches ha dejado de regresar a Córdoba para dormir en su casa. No puede entender qué le sucede, y al muchacho le extraña que le haya venido, ese recuerdo, precisamente ahora.

A él le parece que hoy ha estado soberbio: le han dado dos orejas y rabo. Pero también se encuentra tendido en una enfermería de segunda cuando podrían haberlo llevado al mejor hospital de Madrid si la hemorragia no hubiera sido tan severa, si no significara un desenlace fatal intentar subirlo al coche. Porque nunca le ha visto derrumbarse sobre el arco de un toro con esa morosidad. Repasa mentalmente la faena: unos diez naturales impresionantes, con los pies muy juntos, molinetes y de rodillas, cuatro naturales y otras cuatro manoletinas, varios pases por alto. Quienes antes le gritan cosas impresentables, insultando a su familia, ahora le arrojan los sombreros, sus camisas y las botas de vino. En la estocada parece que su tío quiere perderse en el interior del animal, y lo consigue.

—¡Calín!

La voz de Camará atraviesa la plaza como un golpe. El muchacho se da la vuelta y echa a correr hacia la enfermería, con el anochecer desvanecido entre sombras celestes.

9. HERMANDAD DE SILENCIO

Camará encabeza la marcha. Aunque no está llevando la camilla, de la que se encargan otros cuatro hombres, da la sensación de que soporta el peso de la escena. Ya pasadas las once de la noche, Camará es la proa de un barco que se adentra en la calima apenas disipada cuando atraviesan el redondel de la plaza. Ninguno de ellos habla desde que salen de la enfermería. Son una cofradía de silencio que sostiene su paso. Si alguien pudiera verlos en esa inmensidad de las gradas vacías, pensaría que se encuentra ante una hermandad del Santo Entierro. Pero el cuerpo yacente en la camilla vive aún: el cuadro se compone con unas pinceladas de mutismo únicamente rotas por los gemidos sordos de Manuel, como un bisbiseo que se exhala desde el ritmo trabajoso de su respiración, y el lejano barrunto de los bares que continúan abiertos, en los que se sigue hablando de la gravedad de la cogida. Caminan muy despacio, acompasados en cada pulgada que van avanzando con prudencia, con un colchón de aire debajo de los pies. Una vez ligados los vasos sanguíneos, tanto el doctor Garrido como el doctor Corzo han coincidido en que ya hay que trasladarlo al Hospital de los Marqueses de Linares, donde sí tienen los medios necesarios para continuar la curación. Pero ambos advierten que el más mínimo traqueteo del coche, aunque el trayecto sea corto, volverá a abrirle la hemorragia.

La única solución es acomodarlo en la parihuela y llevarlo a pulso. Es entonces cuando Pepe Camará vuelve a salir al foso en busca a Calín. Se encargan de levantarlo, para apoyar después la camilla en sus hombros, bajo las indicaciones de Fernando Garrido, el enfermero José María Sabio, el banderillero Cantimplas, su mozo de espadas, Guillermo, y su sobrino, Rafaelito Soria. Por detrás los siguen, muy despacio, los doctores y el periodista Antonio Bellón, que no se ha movido de su lado desde que lo ingresaron y ha organizado la salida de la enfermería, en cuya puerta aún quedaban algunos conocidos a los que ha explicado la excepcional delicadeza del traslado, convenciéndoles para que se retiren. Por detrás también los acompañan, formando parte del séquito porque así lo ha dispuesto Camará, el peón José Gómez «Sevillano», el conde de Colombí, el cronista K-Hito y el fotógrafo Francisco Cano, que no retrata ese momento para no deslumbrarlo con el flash. Por delante marcha, completamente solo, tocado con su sombrero y con las gafas de sol en el bolsillo interior de la chaqueta, José Camará, que recuerda bien la ruta hasta el hospital, con el capote que ha estado abrigando el cuerpo tembloroso de Manuel doblado sobre el codo, como un estandarte

rendido a la oscuridad.

Cuando salen de la plaza, la gente se levanta de las mesas de los bares para asistir al paso del grupo. Los hombres se descubren ante la camilla con el cuerpo que pueden atisbar, abatido y famélico, desde esa palidez iluminada por el cielo despejado, con la luna que sale de su cuarto creciente para precipitarse en sus mejillas y sus párpados caídos, que entreabre cuando el mínimo movimiento lo vuelve a despertar. Los espectadores se admiran ante la coordinación de los cuatro portadores en su deslizamiento acompasado, con unos pies que no andan, sino que se arrastran, sobre esas avanzadas que parecen muy leves, imperceptibles casi, dentro de su imagen detenida.

Ante la seriedad del paso, a nadie se le ocurre incorporarse. Permanecen de pie, mirando fijamente ese rostro que han visto tantas veces en las fotografías de las revistas, repeinado y apuesto dentro de esos trajes con solapas cruzadas, que entallan tanto como las chaquetillas y favorecen una cierta impresión de corpulencia. Admiran sus facciones: pero comprenden que el perfil que ahora ven, con el torso cubierto al fin por esa manta que ha conseguido Guillermo, es distinto al que pueden recordar, o les parece bastante más enflaquecido. Continúan ahí, erguidos, con los sombreros entre las manos, hasta que el cortejo dobla la esquina definitivamente, en dirección al hospital, y algunos todavía se mantienen de pie varios minutos, como si la comitiva les hubiera dejado su presencia de grave lentitud.

Pero volvamos al cuadro organizado por Antonio Bellón desde que han levantado a Manuel de la cama contigua al quirófano, cuando aparece Guillermo con una manta naranja que le ha proporcionado la esposa del dueño del bar que hay frente a la plaza, por el que acaban de pasar, cuando tuercen la esquina y se internan en el paseo desierto que desemboca ya en el hospital, con algunas casas bajas sin luz en las ventanas.

Qué piensa cada uno de esos hombres mientras llevan el cuerpo. El enfermero José María Sabio, a pesar de las horas transcurridas, sigue impresionado todavía por la intervención del doctor Garrido. Lo ha asistido en varias cogidas, pero no ha visto muchas pérdidas de sangre tan profusas. Prácticamente carecía de tensión arterial y tenía el pulso filiforme, muy rápido y débil, con poca amplitud. Le pareció que estaba muy cerca de un colapso circulatorio, mientras Manuel reconocía, con angustia, que no se sentía la pierna. También al pasársele los efectos de la anestesia ha repetido otra vez lo mismo; pero después de una operación tan dura, esa sensación es inevitable. Sin embargo, al principio ni siquiera sabían si la pierna se le habría podido gangrenar y había que prevenir cualquier escenario. Para José María Sabio quien va sobre sus hombros es únicamente el paciente al

que acaban de salvar la vida y seguramente la pierna. Mientras avanzan por la negrura de la avenida, con pocas farolas, se dice que tampoco es muy segura su recuperación. Habrá que hacerle nuevas transfusiones en el hospital y también esperar a ver cómo responde. Es entonces cuando los pensamientos del enfermero José María Sabio se cruzan con los del doctor Julio Corzo, que avanza por la retaguardia con el doctor Garrido. Comentan algo, aunque entre susurros tan medidos que nadie más que ellos pueden entenderlos. Muestran sus reparos ante las transfusiones que han de seguir haciendo a Manolete, porque una reacción contraria puede resultar fatal y consideran que ya se ha conseguido lo más difícil: ligar, por el momento, la vena safena, que estaba completamente cortada, y reparar la contusión en la femoral. Pero son conscientes de que la situación sigue ofreciendo un riesgo muy complicado: la noche será larga.

La barra que aguanta el enfermero por detrás la sujeta Calín al otro extremo. No podía imaginarse que su tío iba a pesar tanto, con lo delgado que está. Pero al avanzar con esa lentitud, manteniendo el ritmo de morosidad, las muñecas se le van cargando poco a poco y también comienza a sentir la presión en la parte baja de la espalda, aunque no es nada que no pueda soportar. Por él estaría dispuesto a pasar toda la noche recorriendo las calles de Linares si eso pudiera devolverle al estado en que se encontraba al salir del hotel. A través de la tela es capaz de sentir el sufrimiento acumulado por Manuel: como siempre, sin articular más palabras que las imprescindibles. Quisiera poder hablarle y distraerlo con algo; pero Camará ha impuesto el silencio, porque está tan débil que todos, no sólo Camará, tienen la sensación de que el más mínimo sonido lo quebrantaría. Percibe varios quejidos, en un tono quedo, como si su tío los vertiera hacia dentro, lamentos que después parecen diluirse bajo el cielo límpido, ya esparcidos sobre el mutismo de la procesión, como el aire caliente que se espesa en la noche y en su camisa húmeda. Le gustaría hacer como cuando su tío regresa a la casa familiar, ya fuera la de antes, en La Lagunilla, o el palacete en la avenida de Cervantes que le ha comprado a su madre; aunque, en realidad, se lo ha comprado a todos, porque la familia siempre la acompaña, no sólo cuando él falta. Así, tras cualquier viaje, después de haber contestado a sus propias preguntas, cuando Calín y él se quedan solos, su tío le pide, con dulzura: *Anda, cuéntame cosas de la abuela*. Desconoce Calín la razón por la que lo recuerda justo ahora; también que, cada vez que regresa, su tío suele pasar las tardes en el patio, ensayando los pases en silencio, como si todavía fuera un debutante. Y ahora le entristece evocar las carcajadas que se escuchan al otro lado de la puerta del dormitorio de su abuela Angustias, cuando su tío vuelve a la casa, porque le suele reservar la primera noche para intercambiar con ella

largas confidencias, relatándole lo que él tenga a bien compartir con su madre, aunque muchas historias se las guarde para sí.

Luego busca a Calín, ya con la noche avanzada, y le pide que le cuente cosas de la abuela, cualquier detalle de su madre: cómo está realmente, qué hace y cómo son sus días de diario, como si quisiera asomarse a la vida acostumbrada en su casa cuando él está lejos, o guardar las imágenes fugaces de esa mujer al mando de las vidas que ha dejado a su cargo.

Rafael Saco Rodríguez, Cantimplas, al que llaman Pelu, es primo de Manuel. Siempre han estado muy cerca el uno del otro, a pesar de la diferencia de edad que hay entre ellos, porque Cantimplas es doce años mayor. Probó fortuna como novillero y llegó a presentarse en Madrid en 1929, saliendo a hombros. Entonces pareció que podía tener un futuro como matador; pero, como ocurre en muchos casos, fue solamente un espejismo, porque nunca llegó a tomar la alternativa y sus contratos como novillero se fueron reduciendo. Estamos ante un hombre criado en el ambiente, hijo de Manuel Saco de León, el primer Cantimplas, peón de brega de Joselito el Gallo. Así que nada de lo que suceda en una plaza le puede sorprender, porque ya lo ha visto todo. Aunque él mismo se dice, mientras arrastra los pies a ese ritmo cansino que les impone a los cuatro portadores su estado de gravedad, que, de todas las cogidas peligrosas de su primo, no recuerda ninguna que él mismo haya vivido, antes y después, con ese escalofrío. Y han sido muchas. Variadas y rotundas. Algunas con un aviso de mortalidad similar. Pero nunca lo ha percibido tan vulnerable como antes, en el quirófano, cuando se ha conmovido, mientras le cogía la mano: *Pelu, ¡cómo me duele la ingle!* Quejarse y poner nombre al sufrimiento no es algo propio de él, ni siquiera en esas circunstancias.

También él ha tenido que soportar varias cornadas, cuando era todavía novillero, antes de resignarse a formar parte de varias cuadrillas. Lleva ya diez años en la de su primo; pero antes, cuando soñaba con ser matador, padeció dos muy fuertes. La más dura, veinte años atrás, en Jerez de la Frontera, un 1 de junio, y la otra al año siguiente, en Madrid. Ambas, en la misma zona en que ha sido herido Manuel. Esa voz dolorida, tan sumida en sí misma, en un hombre que no suele quejarse, que todo lo resuelve con un rictus o bajando los párpados, con una leve mueca, le estremece a Pelu todavía, mientras siente su peso en las manos con las que sostiene el extremo trasero de una de las varas de la parihuela. Delante de él la aguanta también Guillermo, que tiene la mirada tormentosa y no ha dicho una palabra desde que llegó del bar al que había entrado a pedir una manta.

Andaba todo el mundo indignado por la precariedad de una enfermería que sólo reunía lo mínimo exigible, porque no era de primera categoría, y él salió con determinación desesperada porque no

podía consentir que Manuel estuviera ahí tirado, con ese boquete en la pierna y tiritando de frío, cubierto a duras penas por el capote que había mandado traerle Camará. Así que Guillermo se tiró a la calle con ese mismo ímpetu que en Alicante le había colgarse de unos cuernos para impedir que atravesaran el cuello de Manuel, todavía entre las pezuñas y tratando de protegerse la cara con los brazos, y lo primero que se le ocurrió fue entrar en el bar de enfrente de la plaza y pedir una manta para Manolete.

10. LA TARDE EN LA TERRAZA

Sólo dos horas antes, Guillermo ha tenido que llamar a la madre de Manuel. Ha esperado hasta las nueve para asegurarse de que la primera intervención del doctor Garrido ha salido bien. No tiene sentido relatarle el estado de su hijo, con todos los detalles, teniendo en cuenta que ella está a más de setecientos kilómetros. En esto Camará ha delegado en Guillermo: porque, a pesar de su tosquedad, conoce bien a la madre, que siempre ha confiado en él. Y como es Guillermo quien le suele informar si Manuel ha sufrido un incidente, podría resultarle extraño que sea su apoderado, Camará, quien la llame. Se trata de irla preparando para la situación real. La idea es que acuda a recogerla Pablo Martínez, Chopera, para llevarla en coche directamente a Linares. Si por Guillermo hubiera sido, no la habrían llamado aún, hasta asegurarse de que Manuel ha superado la noche; pero su hijo tiene la costumbre de ponerle una conferencia para contarle cómo ha ido la corrida y, en el caso de que haya habido algún percance, es Guillermo quien lo hace. Por eso sabe que ella espera la llamada. Y, por otro lado, hay que tener en cuenta que la noticia de la cogida, descrita como «brutal» en los telegramas, se está extendiendo ya por toda España y estará circulando desde primeras horas de la tarde por San Sebastián, donde doña Angustias reposa en la casa que él mismo le ha vuelto a alquilar, como el verano anterior, por indicación de su hijo: Villa Iru, frente al casino de la playa de Miraconcha. Allí se pasa las mañanas la madre de Manuel, en la amplia terraza, acompañada de su hija Teresa o de sus nietas Rafaela, Encarnación y Lola. De cerca ve poco, pero le agrada dejar transcurrir el día delante del Cantábrico. El resto del año le gusta recordar, desde el recogimiento del invierno cordobés, aquellos largos atardeceres, con el cielo naranja derrumbado majestuosamente sobre la bahía.

Doña Angustias está sentada ante el balcón, acompañada de su nieta Encarnación, frente al mar y en silencio desde las siete. Las dos horas siguientes se va extrañando cada vez más al no recibir la llamada de su hijo ni de su mozo de espadas. Su sobrina percibe esa preocupación, pero no dice nada: por la experiencia con su abuela, sabe que lo que no se nombra se asimila con más serenidad. Sin embargo, también ella está inquieta, porque son casi las nueve y alguien tendría que haber llamado.

Mientras la isla de Santa Clara se perfila bajo el manto cobrizo de la noche, doña Angustias rememora por tercera vez la llamada de su hijo antes de salir hacia la plaza. Lo imagina sentado en la cama de la habitación, encadenando cigarrillos bajo la mirada desaprobatoria de

Camará, que le ha advertido sobre lo mal que sienta el humo a los pulmones de los toreros, tan necesitados de aguante y buen ritmo respiratorio. Le preocupa a doña Angustias lo mucho que fuma porque tiene presente la pulmonía que estuvo a punto de costarle la vida siendo niño. Evoca la solemnidad que se fija en su rostro desde que Guillermo acaba de vestirlo. Lo imagina serio, al otro lado del teléfono, cuando tienen esa conversación tan habitual, antes de salir hacia la plaza. Es Manuel quien marca el teléfono de Villa Iru, desde la habitación del Hotel Cervantes.

—Hola, hijo. Dime, ¿cómo estás? ¿Hace mucho calor?

—Bueno, no tanto como en Córdoba. Pero seguro que menos que en San Sebastián.

—Un año tendrías que venirte con nosotras, Manolo. Si vieras qué bien se está.

—Claro —recuerda entonces la risotada—. ¿Y quién se encarga de matar los toros?

Le había sorprendido a doña Angustias que su hijo se concediera la licencia de soltar casi una carcajada antes de torear. Tan lacónico siempre. Tan enjuto dentro de su seriedad. Le había deseado suerte y se habían despedido, como otras veces, hace más de cuatro horas. Suelta un manotazo de impaciencia en el brazo del sillón de mimbre de la terraza cuando suena el teléfono del salón. Encarnación se levanta, acude dentro y lo descuelga.

Guillermo reconoce la voz de la prima de Manuel y se apresura a darle la noticia.

—La primera faena normal —comienza, tratando de ganar tiempo—. La segunda el éxito absoluto: le han dado a Manolo las dos orejas y el rabo... Pero ha tenido un puntazo.

Es en ese momento cuando Guillermo deja de escuchar a Encarnación, se hace un silencio que dura unos segundos y luego reconoce al otro lado la voz de doña Angustias.

—¿Pero qué ha sido, Guillermo?

—Ya se lo he dicho a su nieta, doña Angustias. Una puntada. Como la de Las Ventas. Nada que no tenga solución, por eso vamos a salir para Madrid en cuanto podamos. No se preocupen por lo que digan los periódicos y mejor no enciendan la radio, porque ya saben que todo lo que tiene que ver con el hijo de usted se exagera muchísimo.

Guillermo cada vez miente mejor. Ha aprendido a hacerlo por Manuel: no necesita recibir su indicación para estar seguro de que prefiere evitarle a su madre cualquier inquietud. Lo piensa mientras continúa avanzando por la avenida, por la que no pasa un solo coche, mientras sigue el paso de Camará, que acaba de quitarse la chaqueta, se descubre y se pasa la mano por el pelo corto. Todos están empapados en sudor y el camino se está haciendo demasiado largo;

pero ya se distingue, al fondo, el edificio del hospital.

Manuel continúa sin quejarse: es posible que haya vuelto a dormirse, lo que espera Guillermo que le ayude a curarse. Ahora necesita descansar, reponerse, para que cuando los doctores le revisen la herida haya recuperado parte de sus fuerzas. Le ha dado bien el toro: vuelve a intentar acordarse de alguna otra ocasión en que haya visto a Manuel tan desvalido. Repasa de memoria las cornadas más fuertes, año a año, desde que empezaron. Ya lo ha visto mal, es cierto: pero nunca como hoy, jamás con la mirada tan perdida, como si hubiera comenzado a alejarse despacio de sí mismo desde el instante de la cogida.

11. UNA RUTA DESDE SAN SEBASTIÁN

Aunque marche por delante de la camilla, nadie soporta tanto peso como Camará. Media hora antes de salir de la enfermería llama por teléfono a Pablo Martínez Elizondo, del clan Chopera, buen amigo de Manuel y suyo. Se trata, junto con Pedro Balañá, del gran promotor taurino del momento, responsable de la gestión, y de la construcción, de muchos de los cosos más importantes en España y Francia. Es uno de los empresarios que más han apoyado a Manolete, porque Balañá y él supieron ver, antes que los demás, que era su nombre el que llenaba continuamente las plazas. Camará ya está al tanto de la conversación de Guillermo con doña Angustias, pero la escena no se ha completado: falta la llamada a Chopera, para buscar la forma de ir acercando a la madre, sin alarmarla, desde San Sebastián, a Linares o a Córdoba, porque lo de Madrid ya le ha empezado a parecer improbable. Mientras Manuel vuelve en sí, Camará entra en la sala del fondo, cierra las puertas altas, con cristal esmerilado, y marca el número de Chopera.

—¡Pepe! ¿Cómo está Manolo?

—Mal. Le han hecho una cura de mucho mérito. Tenía rota la safena.

—Madre de Dios. ¿Qué vais a hacer? ¿Vais a llevarlo a Madrid? ¿Voy para allá?

—Todavía no es seguro, pero no creo que podamos llevarlo a Madrid. Está muy débil, Pablo. No soportaría un viaje por carretera. Si hasta para trasladarlo al hospital de Linares vamos a tener que llevarlo en procesión, sobre una camilla.

Camará escucha un silencio hondo al otro lado, antes de que Chopera le responda.

—He escuchado la noticia en la radio, pero pensaba que estaban exagerando.

—Esta vez no. La peor cornada que le he visto. Gitanillo ha cogido el Buick para salir al encuentro del doctor Jiménez Guinea, que viene con Manolo Navarro de Madrid. Y Domingo Dominguín, tras la llamada de Luis Miguel, está trayendo al doctor Tamames. Pero con este destrozo, dudo que pueda hacerse más de lo que se ha hecho. Sólo intentar mantenerlo, y esperar.

Este segundo silencio se le hace más profundo a Camará, como si lo estuviera masticando. La voz que vuelve a escuchar se ha endurecido.

—Dime Pepe qué puedo hacer. Cojo el coche ahora mismo y estoy a tus órdenes.

—Tienes que ir a San Sebastián a recoger a doña Angustias. A nadie

se lo puedo pedir más que a ti. Sin preocuparla en exceso: no queremos que haya otra desgracia. Pero la situación es grave y hay que ir trayéndola, por lo que pueda ocurrir. Dile que vamos a encontrarnos en Madrid: le parecerá más normal. Pero cuando llegues a Madrid, llamas aquí, al Hotel Cervantes: dejaré el recado de hacia dónde te debes dirigir. En principio, venís para Linares. Sólo en el peor de los casos, que Dios no lo quiera, la llevarás a Córdoba.

El drama empieza a desencadenarse por varias carreteras. Tras despedirse de Pepe Camará, a las once menos cuarto, Pablo Martínez Elizondo aparca delante de Villa Iru. También está en San Sebastián y sólo tarda unos diez minutos en llamar a la puerta. Doña Angustias se levanta del sillón, nerviosa. No es normal que haya ido hasta allí tan tarde y sin avisar. Se lo dice. Que muy grave debe de estar su hijo. Le pide que le diga la verdad.

—No es nada, doña Angustias. Me marcho a Madrid para reunirme con Manolo, porque van a llevarlo para allá desde Linares. Y como su chalecito me coge tan cerca, he venido a informarla. Nada más. En parte para tranquilizarla, porque Manolo está bien, pero también para poder contarle a su hijo que la he visto, cuando mañana me reúna con él, porque seguro que lo primero que hace cuando me vea llegar es preguntarme por usted.

Hay algo en doña Angustias, en sus ojos vidriosos por el agotamiento y su poca vista, que quiere creer lo que está oyendo. Pero el impulso que le sale con más fuerza del vientre es pensar que Chopera no se lo está contando todo. Porque, en caso contrario, Pablo Martínez, y eso sí le habría parecido más normal a doña Angustias, la habría telefoneado, o se habría ofrecido a ir a visitarla, sí; pero no estarían teniendo esa conversación, por sorpresa, con el empresario dispuesto a coger el coche, cerca de la medianoche, para llegar a Madrid de madrugada

—Es usted amigo de mi hijo y se lo está pidiendo una madre. Dígame la verdad.

Esperaba Chopera justamente ese momento y lo resuelve con naturalidad.

—Se la estoy diciendo, mujer. Mire, si quiere convencerse se me ocurre una idea. Véngase conmigo. Por supuesto pueden unirse su hija y sus nietas: en el coche hay sitio de sobra. Vénganse conmigo, llegamos a Madrid por la mañana y se reúne usted con él.

Doña Angustias continúa de pie. Mira a su hija Teresa, que permanece impávida. Después busca con la vista a sus demás nietas y encuentra la mirada dulce de Encarnación.

—Si no estuviera muy grave, no me estaría sugiriendo que lo acompañe.

Chopera se encoge de hombros y abre las manos, con una sonrisa de

descargo.
—Doña Angustias, se lo estoy ofreciendo como amigo de su hijo y de usted. Iré a Madrid de todas maneras, y saldré pronto. Como la veo preocupada, y a fin de cuentas ya sólo le quedan unos días aquí, la estoy invitando a llevarla a Madrid para que se reúna allí con su hijo. Y luego, si quiere, cuando vea que está bien, del tirón la dejo en Córdoba.
—Me está empezando a convencer. Pero no me quita la preocupación de la cabeza…
—Mire, le digo que, hasta donde yo sé, la cogida no es para tanto. Pero estoy seguro de que se llevará una sorpresa si la ve a usted llegar. Si yo estuviera en su caso no me lo pensaría.
Mientras Pablo Martínez Elizondo, Chopera, se va a buscar el coche que ha puesto a su disposición el conde de Villapadierna, un Healey Elliot verde tostado que alcanza los 170 km/h y puede llegar a Linares o Córdoba en cinco horas y media, sin paradas, y que es seguramente el más veloz y seguro que puede conseguirse en la ciudad, vuelve a sonar el teléfono en Villa Iru. Con un gesto drástico de la mano, doña Angustias no deja que nadie más que ella se acerque a cogerlo. Se aproxima despacio y lo descuelga. Es Camará.
Ahora, mientras al fin encaran la fachada neogótica del Hospital de los Marqueses de Linares, Pepe Camará recuerda la conversación con doña Angustias. Cuando iba a salir de la enfermería se dijo que a ella le extrañaría que no la hubiera llamado el apoderado de su hijo, antes de emprender el viaje, para darles noticias sobre el estado de Manuel. Así que lo hizo. Al escucharla la percibió serena y alicaída ante la inmediatez de la partida.
—Pepe, a ver si tú me sacas de esta intranquilidad que me está comiendo. Dime cómo está Manolo, por favor. Cuando se ha ido Chopera me he quedado peor que estaba.
—¿Pero qué le ha dicho ese hombre?
—Nada, que queréis llevarlo a Madrid y que vamos a encontrarnos allí con vosotros. Que no está tan grave como dicen, y que le gustará tenerme allí con él.
—Pues eso es todo lo que hay. Por esa razón la estoy llamando, doña Angustias. Menos mal que no han cogido todavía la carretera. Dígale a Chopera, de mi parte, cuando se pase a recogerla, que no se moleste en detenerse en Madrid. Porque hoy no vamos a ir.
—¿Por qué, Pepe? ¿Tan mal está?
—No es por eso —hizo una pausa—, sino por el calor. Está recién curado y los médicos han decidido que, por muy buenas instalaciones que tengan los hospitales de Madrid, esta noche no le beneficiaría en nada someterlo a ese esfuerzo, con unas temperaturas tan altas. Porque sigue muy débil. Aquí estará tranquilo, en una habitación

fresca y bien ventilada.

—¿Y tú qué opinas?

Camará tragó saliva. Todo lo que acababa de explicarle a doña Angustias era cierto, salvo que no era el calor lo que les impedía subir a Manuel a su coche, ni siquiera a una ambulancia, y marcharse a Madrid, sino su gravedad.

—Creo que tienen razón. Es mejor para él quedarse aquí y reponerse. Si usted se viene finalmente con Chopera, tendrá ocasión de verlo por sí misma. Además, con lo que la quiere Manolo, en cuanto la vea entrar por la puerta de la habitación ya está recuperado.

—Pues iré. Si mi hijo te pregunta, dile que Encarna se vendrá conmigo. A las demás no tiene sentido moverlas de aquí. Pero Encarna me ayudará con el equipaje y lo que haga falta. Aunque Chopera sea de la familia, ya sabes que a Manolo no le gusta que viaje sola.

Camará asciende los dos tramos de escalones de la entrada, empuja la puerta y contempla, desde arriba, el rostro petrificado de Manuel, invariable en su posición sobre la camilla, mientras el enfermero, Cantimplas, Guillermo y Rafaelito lo van subiendo con una renovada lentitud, peldaño a peldaño. Les siguen de cerca Antonio Bellón y los otros; excepto los doctores, que se han adelantado, viendo que iba estable, para irlo preparando todo. Abre la otra puerta, para que puedan pasarlo a hombros sin dificultad.

Reprime un escalofrío: le ha venido de una profundidad que destierra de pronto, cuando Camará siente que no está viendo pasar a una camilla, sino a una procesión que ha llegado a su encierro.

12. EL HOSPITAL GÓTICO

Guillermo cruza la puerta del Hospital de los Marqueses de Linares por segunda vez. Le asalta el recuerdo de la primera al contemplarse en los ojos de sor Julia Elorz, que también lo ha reconocido. Se había olvidado de ella, como había apartado de su última memoria lo que les sucedió hace tres años. No le ha venido la evocación antes, al saber que se dirigían hacia el hospital, ni tampoco al llegar y subir las escaleras; ha sido justo en el momento de atravesar las puertas abiertas por Camará y volverse a ver ahí dentro, con Manuel, descubriéndose ante el gesto adusto de la hermana de la Caridad. La monja navarra no parece sorprendida por la llegada del séquito, porque ya estaba sobre aviso, a través de Álvaro Domecq: Guillermo lo ve salir de una de las habitaciones contiguas al espacioso recibidor. Álvaro se habría adelantado para explicarles que llevaban a Manolete para el hospital en una parihuela porque su estado no les ha permitido subirlo a una ambulancia, por el riesgo de que la más mínima vibración, un giro o un frenazo, deshagan la ligadura que tanto esfuerzo y pericia han costado al doctor Garrido. Le llega ahora a Guillermo en aluvión, cuando vuelve a encontrarse en la recepción del hospital, ese movimiento borroso de hace tres años, como una exhalación precipitándose sobre el parachoques, algo que se estaba arrojando a trompicones bajo las ruedas y el chasquido sordo del impacto. Los gritos de la calle y Manuel saltando desde el asiento delantero del coche, recogiendo a la niña y preguntando a los testigos del atropello, que se llevan las manos a la boca o que miran, paralizados, sus miembros inertes, cuando él la levanta del suelo, *cuál es el camino más corto al hospital*, mientras Guillermo mantiene aún las manos soldadas al volante, con la espalda de pronto humedecida. Manuel tiene que repetirle dos veces, la segunda gritándole para sacarlo de la impresión, que vuelva a poner el coche en marcha y a pisar el acelerador para salir de una vez de allí.

Su nombre, Anita, y el vestidito veraniego de tirantes azules temblando sobre los brazos de Manuel en el asiento del copiloto. Le viene esa imagen y también la voz segura a su lado, después de varios minutos en un silencio petrificado: *Si hubiera llevado yo el coche me habría pasado lo mismo, porque no has tenido tiempo de frenar. Pero ten cuidado, no quiero que por llegar antes al hospital nos llevemos a alguien más por delante*. Su laconismo: pero en esa ocasión la voz parece entumecida, quebrada interiormente, como si ese cuerpo menudo lo estuviera abrasando mientras lo sostiene. Es irremediable que le asalten ahora estas visiones: Guillermo aprieta el acelerador y dobla

un par de curvas antes de encarar el largo paseo que ahora mismo acaban de cruzar a pie, en plena noche, viniendo desde la enfermería de la plaza, con Manuel a hombros. Cuando ella se recupera, como gesto de agradecimiento, él se ofrece a organizar un festival a beneficio del hospital. Lo torea el 26 de diciembre siguiente y le brinda el toro a la niña, que lo ve desde el tendido. Pero cómo olvidarlo subiendo esos escalones de tres en tres, con ella en brazos, pegándosela al pecho, porque nunca como en ese momento lo ha visto Guillermo tan fuera de sí, con el gesto más roto, incluso, que ahora mismo, cuando hacen descender la camilla y se encuentra con la mirada de la misma religiosa a la que le entregó la niña inconsciente hace tres años, poco antes de ver cómo sor Julia Elorz se la llevaba por el mismo pasillo por el que ahora lo internan a él, hasta la habitación 18, mientras Manuel de pronto vuelve a hablar y se dirige a la religiosa: *Llévenme pronto a la cama, porque vengo muy malo*.

Sor Julia Elorz es una de las hijas de la comunidad de San Vicente de Paúl del Hospital de los Marqueses de Linares desde que llegó hace veintiún años. Ahora tiene 46 y ha visto casi todo lo que puede tratarse en un quirófano: pero pocos instantes han quedado tan grabados a fuego en su recuerdo como la llegada de aquel hombre, famoso en todo el mundo, con las facciones desencajadas mientras le entregaba a aquella niña, que había salido de no se sabía dónde para caer delante del coche que conducía su mozo de espadas. Lo examina mientras esos tres porteadores, a los que no ha visto nunca, acompañados por el otro, que sí recuerda bien de la otra vez, porque era quien conducía el coche, siguen las indicaciones del doctor Garrido, bajo la atenta mirada del doctor Corzo, para pasarlo a la cama que ella misma acaba de destapar, dejando al descubierto el lienzo inmaculado de la sábana bajera. Cuando lo levantan de la camilla en la que lo han transportado hasta el hospital, se descubre en la tela la geografía bermeja de las manchas de sangre que han empapado la parihuela en la zona donde descansaba el muslo. A pesar del extremo cuidado, del mimo con el que lo han transportado bajo el cielo limpio de Linares, Manuel ha continuado sangrando en abundancia mientras lo conducían hasta allí. Otra hermana y Cantimplas, que se ofrece a ayudarla, sacan la camilla y la dejan en el pasillo. Ni Calín ni Guillermo se separan del cabecero, para que Manuel pueda encontrarlos cerca, porque ya no ha vuelto a musitar palabra y parece sumido en un estado cercano a la vigilia. Aunque, en ocasiones, abre mucho los párpados, replegados sobre las cuencas, en lo que a Calín le llega a parecer un intento por apresar cada uno de los segundos que aún puede percibir, como un gesto de resistencia instintiva que ya apenas se manifiesta a través de sus ojos.

—Es la mejor habitación de todo el hospital —susurra sor Julia a

Camará, que asiente.

Ella vuelve a contemplarlo, al cubrirlo con la sábana, y él esboza una leve sonrisa. Justo entonces recuerda la visita que, aquella misma tarde de tres años atrás, les volvió a hacer Manuel, poco después de haber llenado la plaza; pero ya sin el traje de luces, que seguramente podría haber impresionado a la pequeña paciente por las manchas negruzcas en las taleguillas, sino enfundado en un elegante terno caoba, con un ramo de flores y unos dulces de chocolate. Parecía más sosegado, pero todavía tenía esa seriedad marcada bajo los ojos, como un surco que se le había acentuado por la mañana, aumentando la sombra de soledad o vacío que lo adornaba a veces con su melancolía vertida hacia dentro.

—Hoy he toreado pensando en la niña —le parece volver a escucharlo a sor Julia—. Ahora me quedo tranquilo, porque no tiene gravedad ninguna y está aquí muy bien atendida por ustedes. Se lo agradezco mucho. Desde luego este hospital es el primero que veo en el que a uno le apetecería quedarse. De lo bien que se está, casi dan ganas de morirse aquí.

Sor Julia siente un estremecimiento cuando lo recuerda. No se ha podido quitar esa frase de la cabeza desde que, una hora antes, la llamó la madre superiora para decirle que tenía que revisar el quirófano para el doctor Garrido, porque un toro había cogido a Manolete y estaba seriamente herido. Cuando entra en el despacho de la superiora se encuentra allí con ella y con Álvaro Domecq, sentado enfrente de su escritorio: ha acudido antes para que cuando llegue la comitiva no se pierda ni un segundo en preparar la habitación. Se escoge la número 18 por ser la más amplia y la más próxima al quirófano. Álvaro Domecq lo supervisa todo en compañía de sor Julia, que acepta su autoridad como si emanara directamente de la madre superiora.

—Me imagino que el hospital cuenta con un capellán —le susurra Álvaro Domecq, mientras se evade por unos segundos a través del cristal, con las contraventanas dejando entrar la brisa cálida, antes de abrirlas de par en par, ventilando la habitación. El paso de aire hacia el pasillo, a través del techo alto, crea una sensación tibia algo más agradable.

—Por supuesto. Don Antonio de la Torre.

Domecq asiente muy serio, sin apartar los ojos de la infinitud del paisaje nocturno.

—Sería conveniente que ustedes lo avisaran ya, para que Manolete pueda confesar.

—Ya viene, no se preocupe. Y por indicación del doctor Garrido hemos enviado la ambulancia a por la farmacéutica, por si hubiera que hacerle más transfusiones.

—Bien. Recibió una en la enfermería. Y he mandado una ambulancia a por Parrao.

—¿Parrao? ¿El torero?

—Sí, es un buen amigo nuestro. Pero lo más importante es que es donante universal.

13. EL HOMBRE DEL TRAJE VERDE

María Luisa López Jiménez está cenando en el casino cuando escucha la sirena de una ambulancia que llega hasta la puerta principal. Inmediatamente se levanta de la mesa, sin esperar a que entre el conductor: sus amigos siguen hablando de la cogida que han presenciado en la plaza y, desde que la ha oído, ha sabido que vienen a buscarla. Si la reclaman a las once menos cinco de la noche sólo puede ser por una emergencia, y en este caso no tiene ninguna duda acerca del motivo de la premura. Ha estado en la plaza y ha visto la corrida: hasta ha discutido con un espectador que le estaba gritando a Manolete una barbaridad sobre sus hermanas. Se ve a sí misma girándose, como accionada por un resorte y soltando esas palabras con suma dureza, antes de haberle dado tiempo de pensar la frase y mirando fijamente al autor de los insultos, cuyo gesto de sorpresa o de estupefacción se queda congelado: *No hay derecho a que le diga esas cosas a un hombre que se está jugando la vida. Es usted un sinvergüenza*. Luego le ha dado la espalda y ha seguido viendo la faena del quinto toro, como si hubiera sido otra quien se ha encarado con él y María Luisa siguiera absorta en los naturales y en las manoletinas encadenadas poco antes de cuadrarse, muy despacio, para el volapié. Si cada tarde tiene que escuchar cosas como las que acaba de oír y soportarlo, bien ganado está todo lo que se lleve y demasiado barato está el precio de las entradas, ha comentado a sus acompañantes cuando lo ha recordado, al sentarse y pedir los aperitivos.

Mientras ellos eligen las bebidas, Manuel está saliendo de la enfermería, con la vena safena ligada milagrosamente y un goteo continuo que seguirá impregnando la lona de la camilla hasta que lo descubran, al pasarlo a la cama de la habitación 18 del hospital gótico. María Luisa se sienta junto al conductor y se levanta el borde del vestido verde para que no quede pillado por la puerta de la ambulancia, que cierra de un portazo.

Durante el trayecto piensa absurdamente en la copa de vino espumoso que apenas ha dejado marcada por sus labios tras el único sorbo. Llega al hospital sólo unos minutos después de que Manolete haya sido instalado en su habitación y la conducen a otra aneja, en la que le está esperando un hombre vestido con un traje verde claro y una camisa blanca, con el rostro muy moreno y unos ojos francos que no se sorprenden cuando la ven entrar. A continuación llega el rejoneador Álvaro Domecq, a quien María Luisa sí conoce no sólo como aficionada, sino porque fueron presentados la noche anterior en el casino. Él la saluda con una inclinación de cabeza y estrecha la

mano del hombre del traje verde claro, que acaba de levantarse de la silla respetuosamente, envuelto en su seriedad.

—María Luisa, aquí tiene usted a un buen amigo nuestro que va a donar su sangre.

—No hace falta que me lo presente —se adelanta, cordial y con una sonrisa—. En Jaén también tenemos toreros. Cómo no voy a conocer a Parrao, si es de La Carolina. Lo que no sabía es que fuera donante universal. Pues muy bien. Ahora mismo lo dispongo todo.

Es entonces cuando Pablo Sabio González, Parrao, a quien nadie pregunta hasta dónde llega su disposición, añade algo que María Luisa López Jiménez, la farmacéutica encargada de las transfusiones en el Hospital de los Marqueses de Linares, ya no olvidará nunca. Y es ahora cuando nos encontramos ante una de las primeras ocasiones en que la verdad desnuda de artificio se impone sobre la verosimilitud narrativa, por muy dramático que pueda parecernos, porque así lo relatará luego María Luisa a quien quiera que le pregunte acerca de esa noche. Parrao lo afirma sereno, con esa naturalidad que no se toma demasiado en serio a sí misma, pero asume y comprende el alcance de sus palabras.

—Con tal de salvar la vida de Manolete, a mí me importa poco quedarme sin sangre.

Es así como Parrao hace tres donaciones de 350 centímetros cúbicos. Justo después de concluir la primera, a las once y diez minutos de la noche, le aplican a Manuel esa transfusión, a la que el propio Parrao advierte que responde bien. Entonces aparecen en la habitación los doctores Garrido y Corzo ya con las batas, los gorros, las mascarillas y los guantes puestos, porque ha llegado el momento de continuar con la operación que se ha dejado a medias en la enfermería. Poco después de que María Luisa López Jiménez termine la extracción, Álvaro Domecq acompaña a Parrao a la habitación contigua, donde sor Julia Elorz lo aguarda con un cuenco de ponche entre yemas batidas, para ayudarlo en su recuperación: no sabe que todavía le quedan dos extracciones más, que se irán espaciando a medida que avance la madrugada. Parrao recuerda la conversación que ha mantenido al mediodía con él, en el Hotel Cervantes, sobre cómo lo siguen añorando en México y las aglomeraciones que se formaban allí a su alrededor, sin que Manuel pudiera avanzar ni siquiera unos metros por el cerco de la multitud. Rememora su imagen en la enfermería, cuando un cabo de la Policía Armada, al que Manolo parecía conocer, le dio un vaso de agua que bebió con ansiedad, como si llevara sediento varios días, mientras Pepe Camará lo cubría con un capote. Es entonces cuando el doctor Garrido pide donantes de sangre universal y Parrao da un paso al frente: ese paso al frente ha llevado a Pablo Sabio González hasta este preciso momento, afanándose en el

espeso ponche que le insiste en que tome la hermana de la Caridad y que se le atraganta, porque se le hace pesado en el paladar y parece que le va a caer con demasiada fuerza en el estómago. Parrao sólo piensa en recuperarse, para donar más sangre si hace falta, y en la lucha que espera en el quirófano, donde los dos doctores intentarán rehacer el interior de un hombre.

14. EL CENTRO DE LA HABITACIÓN EN PENUMBRA

Sor Julia deja a Parrao bebiéndose su ponche con sorbos esforzados y regresa al quirófano. En un extremo de la mesa de operaciones continúa la farmacéutica María Luisa López Jiménez, a una distancia prudente, pero efectiva, de los doctores Garrido y Corzo, atenta a cada paso de la operación por si en algún momento se requiere su concurso. Tanto ella como sor Julia Elorz, que se acerca hasta quedarse a su lado, han asistido varias veces al doctor Garrido, que ahora está pendiente de las manos del otro cirujano. Los tres observan en callada tensión como los dedos ágiles del doctor Corzo enhebran las nuevas ligaduras de seda. Debe actualizar la cirugía de guerra que ha llevado a cabo el doctor Garrido en la enfermería, fortaleciendo ahora, mediante estas nuevas ligaduras, la vena femoral por debajo de la safena. El doctor Corzo asiente con reconocimiento cuando se inclina sobre la meritoria intervención del doctor Garrido y la examina más de cerca: por el momento, ha salvado a ese hombre en unas circunstancias de urgencia muy adversas. A medida que con estas últimas ligaduras de seda se consigue renovar la anterior cura, también se va desbloqueando la arteria femoral. Ambos cirujanos respiran con alivio bajo las mascarillas al comprobar que ya ha quedado reestablecida la circulación de la pierna.

—María Luisa, inyección de novocaína —indica el doctor Corzo, sin levantar la vista.

La farmacéutica va hacia la estantería y coge una de las jeringuillas, mientras sor Julia encuentra la solución de novocaína. Preparan la inyección y se la extienden a Corzo, que se la aplica a Manuel en el muslo, a la altura de la femoral, justo donde el doctor Garrido había logrado empalmar la primera de las ligaduras, para provocar una dilatación que ayude a potenciar la recuperación circulatoria. Pocos minutos después, los doctores y sus ayudantes no pueden evitar una pequeña sensación de victoria, mirándose entre ellos con prudente satisfacción, al comprobar que Manuel ya ha alcanzado las 120 pulsaciones.

—Vamos a informar a Camará —susurra el doctor Garrido, cogiendo a Julio Corzo por el brazo—. Hagan el favor que quedarse ustedes dos, y nos avisan si aprecian lo más mínimo. Estén atentas a lo que sea. A partir de ahora, este hombre tiene una posibilidad.

Al salir del quirófano el doctor Fernando Garrido y el doctor Julio Corzo se miran y se estrechan las manos. La noche no ha concluido todavía y el estado de Manuel sigue siendo muy grave, pero son

conscientes de que acaban de superar una línea de dificultad. Avanzan unos metros sin hablar hasta la puerta de la habitación 18, que empujan para descubrir, al frente, a Álvaro Domecq fumando un cigarrillo en la ventana entreabierta. Antonio Bellón y K-Hito, sentados en el borde de la cama, se levantan inmediatamente en cuanto ven aparecer a los doctores. El centro de la habitación en penumbra lo ocupa el silencio de Pepe Camará, que ha dejado su chaqueta en el respaldo de la silla y permanece de pie, con la espalda pegada a la pared y los brazos cruzados, sin despegar los labios. Los doctores se le acercan, pero ninguno de los periodistas es capaz de apreciar en sus gestos el carácter de las noticias que traen. No ha transcurrido más de una hora desde que llegaron, pero los dos parecen extenuados. Álvaro Domecq arroja el pitillo por la ventana.

Mientras se quita la mascarilla, el doctor Julio Corzo, con un movimiento de la mano, invita a Fernando Garrido a explicarles, como cirujano titular, el estado de Manuel.

—He tenido la suerte de contar con el doctor Corzo, que es un especialista en este tipo de operaciones. Por ahora podemos estar tranquilos: creo que se ha salvado la pierna y Manolete tiene una oportunidad. Pero tengan en cuenta que cuando llegó a este hospital lo que teníamos era un moribundo y ahora, en cambio, comenzamos a tener un enfermo.

Durante unos segundos, permanecen callados ante los doctores. Hace calor. La expresión de Camará continúa inmutable, como si fuera inaccesible a cualquier emoción.

—¿Puede ser un poco más específico, por favor? —se aventura Antonio Bellón, que se ha descubierto instintivamente en cuanto han entrado los doctores y tiene el sombrero entre las manos, como si manteniéndolo así él mismo pudiera protegerse de la situación.

—Están diciendo —sentencia Camará, en tono neutro— que después de esta operación puede ser que se salve. Porque a un enfermo se le puede curar, pero a un moribundo no.

Sor Julia vuelve a la habitación en la que ha dejado a Parrao y asiente cuando descubre el cuenco vacío. Detrás de ella entra María Luisa, con la goma y la jeringuilla hipodérmica. Parrao las mira y espera, sin musitar palabra, pero con los ojos muy abiertos.

—Parece que se puede salvar, señor Parrao —comienza María Luisa, mientras Pablo Sabio González suspira largamente, derrumbándose sobre la silla—. Su transfusión ha sido muy importante: ha respondido estupendamente, sin reacciones adversas, lo que nunca se sabe de antemano, porque las transfusiones son algo relativamente nuevo. La operación ha ido bien. Dígame con sinceridad cómo se encuentra, si está preparado para la siguiente extracción.

—Ya se lo dije —contesta Parrao—. Cuentan ustedes con toda la

sangre de mi cuerpo.

—No le hará falta tanta —sonríe la farmacéutica—. Pero su actitud es admirable.

Sor Julia recoge el tazón y va hacia la cocina, para que vayan calentando más ponche. Cuando se concluye la extracción, Parrao se siente con fuerzas y acompaña a María Luisa al quirófano. Le han vuelto a sacar 350 centímetros cúbicos, pero se ve que las yemas han cumplido su función, porque nadie diría que acaban de extraerle, en una hora, por segunda vez. Manuel está demacrado, con las mejillas mucho más hundidas de lo habitual. Parrao cree que sigue en duermevela: abre los ojos, pero la mirada que ofrece es totalmente inexpresiva. Sin embargo, en cuanto la sangre comienza a circular por el cuerpo tendido, le parece a Parrao que su organismo va manifestando cierto vigor.

Poco después, el torero de La Carolina vuelve obedientemente al mismo cuarto de antes, convencido de que le está esperando otro ponche con yemas de huevo. Antes de salir de la habitación echa un último vistazo y constata que Manuel ya se está reanimando. Cruza el pasillo con cierto optimismo y se cruza con sor Julia, que también se muestra algo más sonriente de lo habitual, saliendo de ese gesto adusto que acostumbra, y le dice:

—Ahí le he dejado su segunda ración de ponche. Bébaselo usted todo. Aunque ahora se sienta bien, es bastante probable que necesitemos hacerle una tercera extracción.

Parrao asiente, entra en la habitación y la religiosa lo pierde de vista. Entonces se dirige de nuevo hacia el quirófano, donde Manuel ha comenzado a hablar algo con el doctor Garrido, mientras el doctor Corzo aprovecha el momento de recuperación y tregua para telefonear a su casa familiar en Úbeda, donde ya ha llegado la noticia de la cogida y se sospecha que Julio ha debido de quedarse para ayudar al doctor Garrido, como él mismo se encarga de confirmarles. Sor Julia Elorz, al acercarse a la puerta, distingue el hilo de voz de los balbuceos de Manuel, que empiezan a entenderse. Cuando ve aparecer a la hermana de la Caridad, Manuel por fin reconoce conscientemente a la mujer que lo acompañó en el trance difícil de la niña, se alegra de verla y le sonríe.

—Hermana, haga usted el favor de darme un vaso de agua. Tengo muchísima sed.

Sor Julia apenas tarda en llenarle un vaso. Se aproxima al cabezal y se lo acerca.

—No se mueva usted, que no le conviene. Yo le ayudo a beber con mucho gusto.

El primer sorbo se le escurre a Manuel por las comisuras, pero el segundo consigue sor Julia que no le resbale tanto, y el tercero sí lo

vierte por los labios entreabiertos. Manuel traga y ella aparta el vaso con delicadeza, porque entiende que va a decirle algo.

—Estoy más sediento que nunca. Pero este agua de Linares sólo me sabe a barro.

La monja se le queda mirando con extrañeza y le seca la frente con un pañuelo.

—No diga usted eso. Qué va a tener de malo el agua de Linares. Si es muy buena.

Manuel se la queda mirando y luego le sonríe con una mueca de resignación.

—Ande, pruébela usted. Verá que no se puede beber.

Sor Julia se lleva el mismo vaso a la boca y le da un sorbo suficientemente largo.

—Fíjese que a mí me sabe igual que siempre. El agua de aquí siempre ha sido rica.

Manuel deja perderse su mirada por los azulejos blancos y en diagonal de la pared, siguiendo la línea de las juntas, como si se perdieran por el techo para salir por la ventana.

—Pues entonces seré yo, que no consigo quitarme de la boca este sabor a tierra.

15. SALA DE ESPERA

Guillermo ha escuchado a los doctores desde la puerta de la habitación. Desanda el corto trecho hasta el quirófano y vuelve a asomarse, de perfil, sin decidirse a entrar. Hace más de una hora que recorre pausadamente ese trayecto en un sentido y el otro, con las manos a la espalda, en una ida y vuelta inquieta y meditativa. Rafaelito Soria, Calín, en cambio, se mantiene desde que llegaron lo más cerca posible de su tío, pensando que así podrá encontrarlo cuando abra los ojos, antes y después de la operación; también ha permanecido ahí mientras lo intervenían, más atrás para no molestar, aunque los doctores estaban demasiado inmersos en lo que estaban haciendo para fijarse en él. Pero Guillermo no ha sido capaz de permanecer quieto ni un minuto. A su mutismo habitual se le ha añadido un estado de nervios que apenas logra controlar con mucha dificultad. Asiste al intercambio de Manuel con la monja sin que ninguno de los dos repare en su presencia. Aunque las conclusiones de los médicos tras la segunda operación parecen quizá más halagüeñas de lo que esperaban, le siguen impresionando las facciones demacradas de Manuel, sus ojos muy hundidos y esa palidez cetrina que no le ha visto antes, ni siquiera después de otras cogidas igualmente graves.

Se le sigue imponiendo un recuerdo cada vez más desapacible de cuando entraron allí por primera vez; porque, a pesar de la expresión limpia y risueña de la niña, en su memoria de tres años atrás, abriendo el paquetito con dulces de chocolate que él mismo fue a comprarle por encargo de Manuel, no recuerda si a la confitería Montana o a otra parecida, desde que han regresado al Hospital de los Marqueses de Linares una especie de frío que no sabe nombrar, como un sobrecogimiento sostenido que le sube por las pantorrillas, sigue sin abandonarlo. Puede deberse a esos techos tan altos y al aire palaciego vagamente fantasmal del interior, con esa sensación de estar en un lugar que le parece demasiado plácido para las cosas que se hacen y se padecen ahí dentro. Guillermo no acierta a oír lo que comentan porque se hablan entre susurros, pero le parece advertir un cierto tono jovial cuando sor Julia se lleva a los labios el mismo vaso de agua del que Manuel acaba de beber. Se aparta entonces del marco de la puerta y deja huir la vista por una ventana de la galería, que da al jardín: los setos se presentan como unas siluetas al acecho que pudieran empezar a andar bajo ese manto azulado, de resplandor lechoso, a la menor oportunidad.

No le apetece volver a la habitación donde los doctores continúan

hablando con Camará, Domecq y los periodistas, porque durante esas esperas no se siente cómodo con ellos: se queda sin saber qué decirles, cómo sentarse ni hacia dónde mirar. Con Manuel, en cambio, aunque puedan pasarse hasta cuatro horas seguidas de viaje en coche, los dos solos, sin musitar palabra, siempre percibe Guillermo una confianza grata en ese silencio, esa comodidad que le hace sentirse seguro de sí mismo, pero que se evade de su voz, de sus movimientos y hasta de sus gestos más nimios en cuanto aparece don Álvaro Domecq. Pero no le ocurre sólo con él: también con Bellón y con K-Hito, y no digamos ya con Camará, con quien el propio Manuel, que lo quiere tanto, también mantiene una distancia interna de respeto, porque Camará es uno de esos hombres cuya presencia suele hablar por él.

Pasa de largo y va a la sala de espera. Además de Parrao, apurando su segundo ponche, Guillermo se encuentra allí con Cantimplas, que no ha sido capaz de alejarse de su primo y acercarse al hotel para quitarse el traje de luces: parece empotrado en un silla grande con brazos de madera, sin almohadillas, como si estuviera incrustado en el fondo. Se fija en sus taleguillas, con unas enormes manchas oscuras, y en su mirada perdida. A su lado, con una expresión de cordial serenidad y envuelto en la sotana, está el capellán Antonio de la Torre. La única silla que queda sin ocupar está pegada a la suya y Guillermo, tras saludarlo con una respetuosa inclinación de cabeza, se sienta junto a él.

Guillermo evoca cómo, hace más o menos hora y media, después de la primera transfusión con sangre de Parrao y justo antes de la siguiente intervención de los doctores, Antonio de la Torre entró en el quirófano, por indicación de Álvaro Domecq, para confesar a Manuel. Guillermo vuelve a pensar lo mismo que entonces: entiende, por supuesto, la preocupación por la paz de su espíritu en las personas que lo quieren, como sabe que también lo habría exigido su madre, doña Angustias, de no estar con su nieta y Chopera, en un coche, atravesando España desde San Sebastián. Pero si Guillermo conoce un alma libre de mácula, o con los pecados justos que pueden reservarse a un hombre solamente por serlo, al menos según su propia concepción, esas faltas que le parecen a Guillermo, como mínimo, irremediables, y más en una figura que goza de un éxito como el suyo, aunque lo haga sin vanagloriarse, es el alma de Manuel Rodríguez. Comprende que el sacerdote junto al que ahora acaba de sentarse, sumido en ese mismo silencio abarcador que también se cierne sobre Parrao y Cantimplas en la sala de espera, haya tenido que cumplir su cometido, que es garantizar la confesión; pero también se dice que no puede ocurrírsele ninguna tan innecesaria o evitable, porque al hombre que acaba de dejar con sor Julia, entre esos murmullos con apariencia de complicidad, no le recuerda Guillermo ni una sola

palabra no ya maliciosa, sino descalificativa sobre nadie. Es más: cada vez que Manuel le ha escuchado a él mismo un solo comentario desdeñoso o irónico sobre cualquier otro torero, ha sido cuando ha padecido sus recriminaciones más duras.

Como la primera vez que vieron a Arruza. Estaba recién llegado desde México y nunca habían compartido cartel. Recuerda que fue en Villanueva del Arzobispo, porque es el pueblo de K-Hito. Esperó a que diera tres o cuatro pases y luego le susurró a Manolo:

—Con este no tenemos nada que hacer, porque no vale un duro.

Cuando escuchó su respuesta, Guillermo decidió no volver a abrir la boca durante toda la tarde. Seguían apoyados en el burladero y Manuel no apartaba los ojos de Arruza.

—Pero mira que eres burro, Guillermo. Este torero es muy bueno, mucho más de lo que tú crees. Sólo está adaptándose a esto, pero ya verás que me hará sudar las taleguillas.

Unos días después volvieron a coincidir con él en Logroño. Entonces Manolo se le acercó, viendo que estaba embobado, con Arruza moviéndose entre los pitones.

—¿Te das cuenta? Ya te dije que este es de los que se arriman, y bueno de verdad. Perdóname que el otro día te dijera burro en el pueblo de don Ricardo, pero una cosa debes tener clara: mientras seas mi mozo de espadas, que ojalá sea mucho tiempo, que no vuelva a salir de tu boca, ni conmigo ni con nadie, que un compañero mío es mal torero.

O la tarde en que a un admirador, en el callejón, tratando de halagarle en su fallida competencia con Pepe Luis Vázquez, se le ocurrió caricaturizarlo. Guillermo advirtió que esas palabras no serían del gusto de Manolo. Lo recuerda ahora, sentado junto al capellán.

—¿Cómo van a considerar un rival tuyo a ese muñeco bailarín de San Bernardo?

Que aquello no le había agradado no necesitaba Guillermo apreciarlo en el brillo de sus ojos ni en el tono de voz, que en esas ocasiones parece venirle de muy dentro: al hablar tiene Guillermo la impresión de que lo hace sólo para sí mismo, igual que al torear.

—Pues cuidado con ese muñeco, que tiene mucha cuerda. Y te voy a decir una cosa: si los demás supiéramos de toros lo mismo que él, también podríamos ponernos a bailar.

No, nunca ha soportado que nadie hable mal de un compañero delante de él. Pero ni siquiera al mismísimo Camará: como aquella vez en que el apoderado, lamentando que esa rivalidad no hubiera podido cuajarse cuando tuvieron ocasión, se le ocurrió sentenciar que el problema de Pepe Luis era su escasa valentía. Ante la madrugada que se abre, le parece a Guillermo que esa conversación pertenece a una realidad demasiado remota. Ni siquiera ahora cree Guillermo que

Camará estuviera tratando de pincharle, para ver por dónde salía; sino que, verdaderamente, había intentado que la dualidad se produjera, alentado por los empresarios que estaban dispuestos a favorecer la competencia que sí tendría más tarde con Arruza; y algo le habría suavizado las cosas a Manolo que el peso de la fiesta no recayera exclusivamente sobre sus hombros, con un duelo en la cumbre para repartir no sólo las presiones, sino las crecientes hostilidades de los públicos.

—El problema de ese niño —concluyó Camará— es que tiene muy poca bragueta.

—¡Bendito sea Dios! —contestó Manuel, con tanta inmediatez que Guillermo habría podido pensar que tenía preparada la respuesta, mientras levantaba los brazos en el centro de su suite del hotel Victoria, en la plaza de Santa Ana, en Madrid—. Pues si encima de torear como torea, tuviera bragueta, más nos valdría a los demás dedicarnos a otra cosa.

Cuando se fija en Pepe Camará apoyado en el marco de la puerta de la sala de espera, mientras permanece absorto en la postura de Cantimplas, Guillermo se dice que quizá la diferencia para Manolo, en ese sentido, entre Camará y el resto, sea que a Camará al menos le permite lanzar juicios negativos sobre otros toreros, aunque después lo corrija; mientras que a los demás, incluido él mismo, directamente no les consiente una crítica.

—Parrao, estás hecho un titán.

Camará se dirige hacia el hombre que ha donado, la misma noche, 350 centímetros cúbicos de sangre por segunda vez. El torero hace ademán de levantarse, pero Camará le coloca la mano sobre el hombro y no se lo permite, con una sonrisa tan sincera como leve.

—Si alguna vez podemos hacer algo por ti, ya sabes dónde tienes a unos amigos.

A continuación se gira hacia Cantimplas, en quien había reparado antes al entrar. Tiene el traje de luces cubierto por las manchas que ya se han vuelto negruzcas, tras haber levantado a Manuel de la arena para llevarlo a la enfermería. Huele mucho a sudor.

—Anda, Pelu, vete al hotel, date una ducha y te cambias de ropa.

Cantimplas lo mira con una sombra de duda, como si le costara mucho moverse.

—Mira, a Guillermo ni siquiera me molesto en pedirle que se vaya contigo a cenar algo, porque sé que no hay quien lo saque de aquí. Pero Manolo parece estable y relajado: ahora mismo está charlando con una de las monjas. Los demás acaban de cruzar a por unos bocadillos, porque algo tendréis que cenar. Y así aprovechas y te cambias, hombre.

Cantimplas asiente, convencido, sin musitar palabra, y sale de la

habitación. Pepe Camará se acerca a donde está sentado Guillermo y también le pone una mano en el brazo, como si le estuviera transmitiendo una dosis de energía. Guillermo levanta la cabeza y se queda mirando a ese hombre que nunca parece cansado. Tiene la misma expresión que cuando llegaron a la plaza por la tarde, aunque los ojos le parecen más enrojecidos.

—Se queja del sabor del agua. Es normal, teniendo en cuenta lo que acaba de pasar.

Antonio de la Torre permanece atento a las palabras del apoderado, que de pronto parece reparar en su presencia y se dirige a él, inclinando respetuosamente el mentón.

—Con su permiso, padre. Muchas gracias por haber venido tan deprisa. Seguro que ha sido importante, para la marcha de la operación, que Manolete entrara en ella en paz.

El sacerdote se limita a asentir, afable, mientras sigue atento al diálogo entre los dos hombres. Pero no a lo que dicen, porque el único que habla algo es el recién llegado, sino a las miradas que intercambian, como si ambos leyeran entre ellas más de lo que ven.

Es en ese momento cuando Guillermo recuerda la última discusión que él mismo ha tenido con Manolo. Ya ha transcurrido el tiempo necesario para dejarla pasar o esperar que se haya diluido, porque fue hace semanas. Pero Guillermo no ha podido olvidarla, ni lo conseguirá más adelante, y no sabe por qué justamente ahora, con Camará frente a él, le ha venido el recuerdo.

Vuelve a verse a sí mismo en la misma suite del hotel Victoria; pero no la tarde de aquella conversación sobre Pepe Luis Vázquez, que fue hace varios años, sino hace apenas un par de meses. Camará ha salido para hacer un recado mientras Manuel está terminando de afeitarse. Suena el teléfono y descuelga Guillermo. Responde sólo con monosílabos, hasta que Manolo sale del baño. Lleva el pantalón del pijama y una camiseta de tirantes. La mejilla izquierda cubierta de espuma, con la cuchilla en la mano.

—¿Quién es? —pregunta, teniendo cuidado de que su voz no suene demasiado fuerte.

—Quién va a ser. *La Serpiente*.

A Manuel no le cambia ni un ápice el gesto de la cara, con las ojeras marcadas.

—Pues dile que suba.

Guillermo se mantiene callado unos segundos, tapando con la mano el auricular.

—Como ella suba, yo me marcho.

—No, hombre —ahora Manuel esboza una media sonrisa—. Quédate y le repites lo que acabas de decirme a mí. O mejor: si tienes lo que hay que tener, le cuentas todo lo que piensas de ella. Porque yo estoy

ya un poco harto de tener que aguantar tus comentarios.

Se miran fijamente durante un momento, sin que a Manuel le cambie la expresión.

—Mira, no me voy a quedar. Me voy ahora mismo para Córdoba y me envías allí mi cuenta de este mes. Y si quieres cambiar algo entre nosotros, sólo tienes que decírmelo.

Cuando a la mañana siguiente Guillermo se baja del tren en Córdoba, todavía tiene el sofocón dentro del cuerpo. Va hasta su domicilio a pie, para ver si caminando logra apaciguarse el ánimo, lo que no ha conseguido con el traqueteo de los vagones, que esta vez apenas le ha ayudado a dormir. Cuando llega a su casa, ya tiene allí un recado de doña Angustias. Guillermo va a hasta la avenida de Cervantes y entra en el palacete. Lo recibe la madre.

—Hombre Guillermo, qué alegría verte. Ha llamado el Niño y me ha pedido que te diga que le prepares el traje blanco para la próxima corrida —cuando ella vuelve el tono contenido, Guillermo comprende que su hijo le ha contado algo más—. También me ha comentado que habéis tenido un disgusto, pero sin importancia. ¿Sabes lo que le he dicho?

—No, doña Angustias. Yo qué voy a saber.

Doña Angustias lo invita, señalándolo con la mano, a acomodarse en el sofá. Ella se desparrama en una amplia mecedora de madera que se tensa y cruje al encajar su peso.

—No me canso de repetirle al Niño que tú serás todo lo bruto que él diga, porque ya sabes que yo prefiero no meterme en vuestras cosas; pero que amigo más leal y más bueno que tú, con la excepción de Camará, no va a encontrarlo por muchos años que viva.

Guillermo se ve a sí mismo bajando la cabeza, mientras junta las rodillas.

—Anda —continúa ella—, descansa un poco y luego ponte con el traje blanco. Que mi hijo reluzca la próxima vez que toree en Sevilla, porque también en eso debe ser el mejor.

16. UN SILENCIO CRUZADO

Cuando se contempla en los ojos de Camará, inclinado sobre él, se pregunta Guillermo si sabría su madre la auténtica razón del disgusto que había tenido con su hijo. Siempre ha pensado que no, porque Manolo, que él sepa, nunca le ha hablado a su madre directamente sobre esa mujer. Ahora, no sabe por qué razón, le pesa a Guillermo referirse a ella en su pensamiento con ese apodo, que ya no recuerda bien quién de la cuadrilla se inventó, aunque está seguro de que no ha sido Pepe Camará, al que nunca ha escuchado referirse a ella en esos términos. Sin embargo, eso no significa que su opinión sobre la relación sea distinta, sino que ha elegido mandar sobre su silencio.

—Nadie me aclara a dónde se ha ido Chimo, pero espero que tú puedas decírmelo.

Camará mantiene la mano sobre el brazo de Guillermo, que le sostiene la mirada.

—Don José, yo no sé a dónde ha podido ir el loco ese. Eso sí, me lo puedo imaginar.

Camará echa un vistazo al capellán, que parece haber entrado en un ligero sueño.

—Nunca me has hablado así de él. Pero no me importa lo que haya podido haber entre vosotros. Manolo está tranquilo y pretendo que siga así. Que nada pueda alterarlo.

Guillermo asiente sin despegar los labios y poco después baja la vista. Se queda mirando sus pantalones y se fija en que tiene las rodillas unidas, con un ligero tembleque.

—Espero que esa imaginación tuya no se cumpla, hasta que Manolo se recupere.

—Yo también. Pero ya sabe usted cómo es Chimo. Reacciona en cada momento como Dios le da a entender. Y yo creo que lo hace con buena intención, pero el caso es que a veces sus intenciones sólo las comprende él. O a los demás nos cuesta más seguirlas.

—El asunto es que Manolo lo entiende perfectamente. Por eso sigue con nosotros, aunque no estemos en América. Cuando se lo llevó de viaje y te dejó a ti en Córdoba, supuse que iba a sentirse mucho más seguro ante cualquier imprevisto que se presentara, sabiendo que te habías quedado al cuidado de su madre y de toda la familia. Pero que ahora, en España, contigo a su lado, lo mantenga… Es algo que entiendo menos.

Le sorprende la confidencia de Camará, poco dado a compartir sus pensamientos, si no es para analizar el toreo de Joselito o el linaje dorado de los cordobeses desde Lagartijo. En lo relativo a Manolo,

Camará es una caja acorazada. Pero Guillermo sabe bien, o cree entender, por lo que le está preguntando Camará, que no es únicamente acerca del mozo ausente.

—O mucho me equivoco —susurra Guillermo— o Chimo se ha marchado a Lanjarón.

Nadie conoce a Chimo verdaderamente. No es un mal compañero, pero Guillermo duda que algún miembro de la cuadrilla pueda considerarlo cabalmente su amigo. Sirve a Manolete y se sirve a sí mismo, aunque Guillermo no está seguro de que lo haga en ese mismo orden, y ha encontrado una forma de proceder en la que esos dos objetivos no entran en colisión, aunque sí pueden generar tensiones con los demás compañeros. No hay nada concreto que evidencie una posible falta de acoplamiento de Chimo con el resto de la cuadrilla, pero sí una escena que ninguno de los presentes ha podido olvidar. Una tarde, en la Coruña, ocurrió algo que hizo que Guillermo comenzara a desconfiar de él. Antes del sorteo, en un café, al mediodía, en una mesa que daba a la calle a través de uno de los arcos de la fachada, estaban el picador Miguel Atienza Caro, Chimo y él. Entonces se acercó un mendigo. Les pidió una limosna y Miguel Atienza sacó de su bolsillo unas perras que dejó caer en su bolsa. Guillermo no se movió, porque estaba pendiente de la extraña mirada que se habían cruzado Chimo y el vagabundo, que tenía la cara surcada por una cicatriz que le nacía en la sien y terminaba en la mandíbula angulosa. Fue sólo un segundo, pero Guillermo advirtió que esos dos hombres ya se conocían. Sin embargo, Chimo se mantuvo en su silla como una estatua, sin mover ni una sola fibra de su cuerpo, mientras el otro, que se había acercado a pedirles limosna, guardaba con celo aquella bolsa de tela, ahora algo más abultada, en el bolsillo de su chaqueta raída y sucia. Cuando el mendigo se hubo alejado suficientemente de la entrada del café, Guillermo se dirigió a él.

—Oye, Chimo, ya sabes que a mí no me gusta meterme en la vida de nadie.

Chimo esbozó una sonrisa, probó su copa y la dejó sobre la mesa muy despacio.

—No te gustará, pero algo me dice que estás a punto de hacerlo.

Miguel Atienza los miraba a los dos, extrañado, sin entender qué estaba pasando.

—Pues no he dicho nada, Chimo. Perdona si te he molestado y pasemos a otra cosa.

—¿Cómo me vas a molestar tú, hombre? Pregúntame lo que ibas a preguntarme.

—Pues —duda Guillermo—, no era nada. Pero ese mendigo te ha mirado…

—¿Cómo si me conociera? —le interrumpió, con una sombra turbia

bajo los ojos.

—Eso es. Como si te conociera. Y me ha parecido que tú también lo conocías.

Entonces Chimo dio otro sorbo a su copa de vino, largo, y la vació de un trago.

—Cómo no lo voy a conocer, si es mi hermano.

Nadie añadió nada más, pero Miguel y él lo comentaron en el callejón, luego de que Miguel descabalgara al terminar el puyazo al primer toro: se habían quedado fríos. No entendían que alguien pudiera estar tomando una caña de manzanilla, como si nada, mientras llega tu hermano, convertido en un desconocido, a pedirte limosna, y que tú se la niegues sin ni siquiera saludarlo. Manuel siempre se ha asegurado de que todos en su cuadrilla se sientan bien pagados; y, sin ser rico ninguno, desde luego tienen recursos suficientes para poder sacar de la calle a un hermano. Precisamente por eso les resultaba imposible entender y asumir la escena que habían vivido. Y a Guillermo, como recuerda ahora, lo que más lo impresionó no fue únicamente lo que acababan de ver en el café, sino que a Chimo le importase poco o nada que tanto Miguel, como él mismo, estuvieran al tanto. No es que no se avergonzara, que eso no entraba Guillermo, sino que parecía serle indiferente que cualquiera de ellos pudiera irle con esa historia a Manolo. Como si estuviera demasiado seguro de su posición o no le importara mucho la posibilidad de perderla. Sin ponerse de acuerdo ambos han preferido, en su trato posterior con él, obviar ese episodio. Y de cualquier modo, ninguno de los dos se lo ha contado a nadie.

Chimo fue el hombre elegido por Manuel como mozo de espadas en su segunda y reciente temporada triunfal por América. Durante ese larguísimo periplo, que había comenzado en un transatlántico y concluyó con el vuelo en un Clipper, encadenando Cuba, Estados Unidos, México, Perú y otros países, además de la ausencia de Guillermo, hubo otra novedad: la incorporación de Lupe Sino, como su compañera, sin el más mínimo esfuerzo por su parte ni interés alguno en ocultarlo. Y ni a Camará ni a él se les escapa, aunque no lo hayan comentado entre ellos, que quizá la razón por la que Manolo había preferido dejar a Guillermo en Córdoba, además del cuidado de su madre y del resto de la familia, podría haber sido la conveniencia de contar, ante esa nueva composición de su entorno más íntimo durante el viaje, que necesariamente iba a alterar las relaciones entre ellos, con un mozo de espadas que no llamara Serpiente a la mujer que ya había comenzado a presentar ante la prensa como su novia oficial. Todo eso está presente en el silencio que se cruzan Camará y Guillermo, aunque ninguno de los dos acierte a precisar qué tipo de confianza o de complicidad sin más pudo generarse entre la mujer y el

mozo de espadas sustituto. Pero lo cierto es que Chimo ya no se separó de la cuadrilla desde que regresaron de América, como también lo es que todos los presentes en el hospital creen saber, aunque nadie lo haya confirmado, que ella pasa estos días en el balneario de Lanjarón. Y que, en cuanto se ha producido la cogida, sin preguntar a nadie ni dar ninguna explicación, Chimo ha cogido su coche y se ha marchado de Linares.

17. UN PASEO LUNAR

Camará sale de la sala de espera y deja allí a Guillermo, junto al capellán Antonio de la Torre, que cabecea levemente en la silla. Parrao estira las piernas y los brazos, hasta formar un aspa con su cuerpo, que repliega en cuanto ve entrar a sor Julia, acompañada de otra monja. Reprime un bostezo y recompone la postura rápidamente, irguiendo la espalda. Antonio de la Torre ha debido notar el movimiento, porque también despierta.

—¿Se sabe algo? —pregunta, con la voz todavía adormilada—. ¿Cómo está Manolete?

—Pues lo hemos dejado más o menos como usted —sonríe la hermana—. Dormitando.

El sacerdote asiente ostensiblemente, de arriba a abajo, mientras se frota los ojos.

—Eso es buena señal. El descanso le beneficiará, porque ha sufrido muchísimo.

—Desde luego —concede sor Julia—. Y siempre ayuda quedar en paz con Dios. Es increíble el efecto que eso puede tener en un enfermo. He estado pendiente mientras usted lo confesaba, don Antonio. Le ha ido cambiando el gesto poco a poco; tanto que al final, cuando estaban acabando, he notado en su cara una nueva placidez. Que no me oiga el doctor Garrido, pero creo que ha sido entonces cuando ha comenzado a recuperarse.

—Eso nunca se sabe, sor Julia, aunque la gracia del Espíritu Santo sólo puede acompañarnos para bien. Lo que sí puedo asegurarle, porque ha sido así, es que ha tenido una confesión impecable. Pese a su agotamiento, lo he visto sereno y convencido de lo que decía. Desconozco si su corazón estaba en orden antes de esta tarde —continúa Antonio de la Torre —, porque es un hombre más castigado de lo que los públicos pueden imaginar, y no me refiero sólo a las cogidas. Lo que sí sé es que la confesión lo ha dejado relajado.

—Pues bendito sea Dios —le responde sor Julia, volviéndose hacia Parrao—. Y como a Dios también hay que ayudarlo, yo vengo a preguntarle, señor Parrao, que está usted hecho un valiente y nos tiene aquí admiradas, si está preparado para la tercera extracción.

Esta vez Parrao no suelta la frase relativa a toda la sangre de su cuerpo, sino que se limita a asentir con la convicción que es capaz de reunir. Entre el cansancio acumulado del día, el comienzo de la madrugada y la debilidad por las dos donaciones anteriores, a pesar de los ponches tan espesos que le ha ido trayendo sor Julia Elorz, comienza a sentirse agotado. Se limita a mover la cabeza, haciendo

ademán de ponerse en pie. Es entonces cuando descubre que le fallan ligeramente las piernas, y tanto Sor Julia como su acompañante se apresuran a impedirle que se levante, adelantándose a él.

—Es admirable su actitud —continúa ella—. Pero sólo he venido para preguntarle si podemos seguir contando con usted. Médicamente está bien, pero necesitamos saber si está dispuesto a continuar. Porque dice el doctor Garrido que puede ser que haga falta otra transfusión y, si usted no pudiera, tendríamos que buscar otro donante universal.

Algo más repuesto, bajo la mirada admirativa de las dos religiosas y del sacerdote, el torero parece sentirse algo mejor. Entonces cambia de postura y respira profundamente.

—Hace un momento me ha parecido que iba a desmayarme. A lo mejor necesito un poco más de ese ponche que siempre se me atraganta, es verdad que da fuerzas.

Sor Julia se vuelve hacia su acompañante, que ha permanecido callada, y le dice:

—Sor Anselma, haga el favor de ir a la cocina y calentar un poco más de ponche.

La religiosa sale hacia el pasillo. Antonio de la Torre se incorpora trabajosamente.

—Pues con el permiso de ustedes, voy a salir al jardín. Parece que esto está tranquilo y me vendría bien estirar las piernas. No tardaré mucho, pero avísenme si pasa algo.

—¿Me permite usted que lo acompañe, padre? —pregunta Guillermo, levantándose.

—Por supuesto, hijo. Y agradeceré tu compañía.

Los dos hombres salen por la misma puerta principal que cruzó Guillermo tres horas antes con la parihuela sobre los hombros: el cielo continúa despejado y siente un calor seco sobre la piel. Guillermo se pregunta cómo puede soportar el capellán todo el día con la sotana. Le parece curioso ese hombre, que debió de padecer un defecto de nacimiento en la vista, porque su expresión afable está condicionada por la extrañeza que causan sus ojos, a través de las gafas, con uno considerablemente más alto que el otro. Sin embargo, en cuanto ha superado esa primera sensación de incomodidad, a la que el capellán estará acostumbrado, como si no supiera bien a cuál de los dos ojos debe dirigirse al hablarle, Guillermo ha percibido en él una bondad natural que ha hecho que, desde que lo encontró en la sala de espera, se sintiera más cómodo a su lado, confortado por su presencia. El sacerdote advierte que Guillermo no ha salido sólo a acompañarle, pero su experiencia le dice que es mejor esperar a que cada uno encuentre su momento. Caminan muy despacio, entre los setos, en total silencio, y un viento tibio se levanta de pronto sobre el rosedal.

—Padre, permítame que le haga una pregunta. Y si le parece

impertinente, o no la quiere contestar, no me lo tenga usted a mal, que todo el mundo dice que soy muy bruto.

—Adelante, hijo. He notado que algo ronda tu corazón desde que hemos salido al jardín.

—Ya sé que ustedes tienen secreto de confesión y todo eso. Entiéndame, no es que yo quiera saber nada de lo que le ha dicho Manolo. Primero, no se me ocurriría hacerle a usted esa pregunta; y, segundo, lo respeto demasiado a él como para meterme en eso. Pero desde lo de esta tarde tengo un mal presentimiento, aunque todo vaya bien, y he sentido una opresión aquí —Guillermo hace una pausa, llevándose las dos manos al pecho— que no he sentido nunca. Por eso cuando nos ha dicho que después de la confesión ha quedado tranquilo, pues yo quería preguntarle si lo ha dicho usted por decir, porque eso sea lo que se acostumbra en estos casos, o porque de verdad Manolo se ha quedado bien al confesar.

Antonio de la Torre se detiene y lo mira de frente. De pronto le sucede algo raro a Guillermo: ahora le parece no sólo que tiene los dos ojos perfectamente alineados, sino que lo atraviesan al mirarlo. Guillermo se descubre pensando que ese hombre debe de tener, más o menos, su misma edad: no cree que pase de los 35. Pero si alguien le hubiera preguntado antes, le habría echado diez años más. Le sucede con la mayoría de los curas: por jóvenes que sean, le parece que son mayores que él. Pero en don Antonio advierte algo distinto. Hay algo en él que lo conmueve, porque realmente está sintiendo ese momento. No está esperando un desenlace ni ocupando ningún papel en el drama. Lo que transmite a Guillermo es que puede comprender y asumir lo que ellos viven, como si fuera un padre y todos ellos también fueran sus hijos.

—¿Lo quieres mucho, verdad?

Guillermo vuelve a verlo jugando a torear en el Campo de la Merced. Manolo tiene seis años y Guillermo doce, pero ya le llama la atención su seriedad cogiendo el trapo, callado y esbelto, con aspecto de junco, meciendo la tela que alguna vez fue cárdena ante embestidas que sólo existen en su imaginación adelantada, como el propio Guillermo hará poco después al entrenar en la escalera de la casa de doña Angustias, todavía en la calle Pérez Galdós, antes de mudarse a La Lagunilla, fabulando el adolescente Guillermo, por el hueco de la escalera, cómo podría ser dejar caer el peso de su cuerpo en embestidas reales, cuando piensa que puede ser picador, mientras Manolo se ríe con las estrambóticas posturas que él adopta junto a la barandilla; y cuando no está en el Campo de la Merced y Guillermo lo descubre leyendo o dibujando, en ese cuaderno con las cubiertas de hule naranja en el que perfila unos dibujos de animales tan bien hechos que a Guillermo le parece que podrían salir del papel y perderse con sus colores por la

calle, aunque ningunos tan logrados como los toros, que dibuja de memoria: negros mulatos, zaínos o azabaches, salineros o entrepelados, bragados o berrendos; o, varios años después, aunque siendo todavía unos muchachos, al ser destinados a la misma batería, bajo las órdenes del oficial Ozores, en Artillería, cuando dan a Manolo permiso para dedicarse a torear y él responde que no puede hacerlo sin ayuda: entonces se lo lleva con él y así libra a Guillermo de dar un solo tiro durante la guerra. Curro Molina, que tanto se ha partido la cara por Manuel, ha sido su mozo de espadas antes de la contienda, pero su muerte deja el puesto libre. Así que Manuel y Guillermo continuarán después lo que empezaron al salir del regimiento, desde ese primer permiso para torear que después sabrán que se ha encargado de gestionar Camará; cuánto tiempo ha pasado desde su estreno como mozo de espadas y aquella novillada en Algeciras hasta este mismo instante, paseando con un sacerdote al que no ha visto nunca mientras la noche avanza, al recordar aquella novillada y caer Guillermo en la cuenta de que los toros, en aquella ocasión, también fueron miuras, como esta tarde.

Son muchas las imágenes que llegan: ese viaje en coche en que los dos, tras una discusión, justo antes de la Corrida de la Beneficencia, se han pasado cuatro horas en el coche sin dirigirse la palabra ni una sola vez; y, cuando llegan a Madrid, Manuel sale del Buick, da un portazo y dice: *Pero mira que eres bestia. Todo el viaje sin abrir la boca por una tontería*. Pero la tarde siguiente, cuando le sale un chorro de sangre de la pierna, sabe Guillermo que Manuel va a seguir toreando aunque la hemorragia le llegue ya al tobillo. Espera a que hunda la estocada y entonces salta con un pañuelo en la mano para taponar la herida, antes de que se caiga entre los brazos de las asistencias, que se lo llevan a la enfermería: sólo unos meses antes de esta tarde, en la que ha vuelto a recordar aquella primera novillada en Algeciras, con miuras, en plena guerra. Lo piensa y se estremece: esos paralelismos en las sombras, ese paseo lunar que los alumbra con la luz reflectada sobre la fachada alta y vertical, cada vez más erguida en el mutismo que comparten ahora el capellán don Antonio de la Torre y Guillermo González Luque, que sigue acumulando las estampas veloces superpuestas de una existencia recorrida juntos, en una fidelidad que no puede nombrarse, porque los dos son hombres que se encuentran entre largos silencios.

—Llevamos juntos toda la vida —reflexiona, con las imágenes bailando dentro de su cabeza—. Somos medio familia, como lo soy también de Camará, aunque le hable de usted.

—Comprendo —responde el sacerdote, aunque sabe que Guillermo no ha terminado.

—A Camará le hablamos de usted; incluso Manolo, a veces. En

Córdoba todos los que nos dedicamos al toro al final estamos emparentados. Somos familia, antes o después.

—Bien —concede el sacerdote, mientras observa el poroso halo lunar recorriendo los arcos apuntados de la fachada—. Pero no te he preguntado eso. Sois muy amigos, ¿verdad?

—Hay cosas, padre, que no pueden explicarse por mucho que uno quiera. Y lo que significa Manolo para mí es una de esas cosas. Le diría que es más que un hermano, pero eso solamente son palabras. Así que dejémoslo. Ya sé que la operación ha ido bien y sigue estable. Pero lo único que le pido, si me lo permite, para poder calmar esta angustia que no se me va del pecho, es que me diga si él ha quedado en paz con Dios y con la vida.

18. SECRETO DE CONFESIÓN

Antonio de la Torre necesita tan sólo un parpadeo para asistir a toda la secuencia de la confesión. Es inteligente y no se tiene a sí mismo ni por el más santo, ni por el más puro: quizá por eso sabe entender bien las flaquezas de un hombre. El primer mandamiento para un sacerdote que se enfrenta al sacramento de la confesión es el olvido: pero no únicamente para afianzarse más en el secreto, en esa dictadura del recuerdo que se blinda a sí mismo, sino para que la acumulación de acciones, deseos y frustraciones no asedien su mente, que recibe indefensa, invadiendo después todos los resquicios de su alma. Antonio siempre ha tenido presente la lección que recibió en el seminario de uno de sus maestros, Timoteo Navascués. Lo puede ver de nuevo, durante este segundo de pausa suspendida que dura una eternidad, más allá de los ojos de Guillermo. Hablando con Timoteo sobre el sacramento de la confesión, después de preguntarle acerca de la mejor manera de encararlo, recuerda que Navascués, que era médico además de sacerdote, no eligió responderle desde un punto de vista que hubiera resultado predecible, el de la moralidad, sino desde otro algo más físico, al menos en su inicio: porque Navascués le razonó, basándose en su experiencia, pero también en el sentido común, que la capacidad de asimilación de cualquier hombre, aunque sea el más bueno y generoso, siempre acaba siendo limitada. *Por eso, Antonio, olvida: olvida siempre. No dejes que los pecados que escuches se acomoden dentro de tu recuerdo. Recíbelos con fe y, con la misma fe, déjalos marchar una vez que des la absolución. Tu mejor aliado es el olvido*. Muchos de los pecados que ha escuchado en los últimos años los ha dejado ir con una relativa facilidad, porque la repetición y la costumbre van marcando, aunque sea morosamente, su propia demolición del recuerdo. Aunque nunca ha conseguido evitar del todo la sensación, al reconocer a los mismos parroquianos, de estar asistiendo a un serial con sus propias normas de narración interna, sus personajes y su coherencia dramática; porque Antonio de la Torre, antes de ordenarse, ha sido un aficionado al teatro que en cualquier realidad, y no digamos en cada vida expuesta y ofrecida sobre su propia mesa de operaciones, puede ir fragmentando sus entregas ante un espectador único, entregado y solícito, que siempre encuentra un hilo conductor entre una confesión y la anterior del mismo feligrés. Y a pesar de eso, olvida: queda un leve rumor, igual que cuando iba a ver alguna obra en su época de estudiante, en Madrid, y unos meses después ya no recordaba ni el autor, ni el director, ni el título, aunque siempre solían quedarle en la memoria los rostros de los actores y

algunas frases sueltas, como una nebulosa de tiempo retenido que se desvanecía.

Sin embargo, resulta muy fácil olvidar desde el confesionario. A pesar de poder reconocer los timbres más o menos susurrados, los giros verbales, los usos singulares de los vocabularios, los puntos de inflexión y hasta los ritmos de las respiraciones, en el confesionario Antonio se siente en una fortaleza que lo mantiene a salvo de los cuerpos: cuerpos como otredad, como inmanencia, como almas que lo miran frente a frente, por poner un ejemplo, tumbados en la camilla de un quirófano. Eso no se lo había explicado Timoteo Navascués: que en el confesionario, al escuchar, sólo estás percibiendo a unas voces que vienen a tu encuentro, que buscan esa sombra protectora de Dios al hilar sus verdades. Pero desde que hace dos años comenzó a ser capellán del hospital, Antonio se ha encontrado con el dolor de cara, con la angustia y la desesperanza y el vacío de frente. Porque no es lo mismo escuchar una confesión que estar mirando a los ojos de la mujer o el hombre que te habla y sentir su temblor, y su vergüenza, su esperanza o su desolación, mientras ese mismo cuerpo se apaga lentamente o con violencia, mientras ese cuerpo que se rige por las mismas reglas naturales que el tuyo también se convulsiona y sólo quiere que su alma no se pierda, que encuentre algún sendero a través de sus últimas oscuridades.

Por primera vez en su vida, ante la ansiedad de Guillermo y su devastación interna al aceptar que Manuel ha estado a punto de morir, el sacerdote Antonio de la Torre siente la tentación de romper el secreto de confesión y contarle el diálogo que ha mantenido con Manolete. Porque, de entre todos los hombres y mujeres a los que ha confesado en el Hospital de los Marqueses de Linares en circunstancias duras, nunca se ha encontrado con unos ojos tan francos como los de Manuel, como si toda la resistencia de su destrozado cuerpo, con la respiración tan farragosa y el muslo con vendajes en la sábana empapada de sangre, se hubiera concentrado en la mirada que todavía se siente afirmada en la vida, pero que ha sabido dirigirse más allá del miedo y del dolor, por encima de ese instante y de esas mismas paredes, de las que ahora han salido Guillermo y él para tomar el aire y pasear entre los rosales del jardín, incluso más allá del cielo embalsamado por el calor de agosto, como si ya estuviera viniendo de un lugar del que no se regresa. Desde esa expresión noble de entrega y abandono ha escuchado Antonio la confesión del hombre que ahora sí descansa serenamente, con un mundo girando alrededor de su sueño pacífico.

Antonio vuelve a la escena de dos horas atrás, al momento exacto por el que acaba de preguntarle Guillermo: han aplicado a Manuel la segunda transfusión y ha recuperado algo de vigor. Lo va a necesitar

para la operación. Antonio está junto al cabezal. Los dos hombres se miran respetuosamente. Manuel hace ademán de incorporarse, pero él detiene ese movimiento, posando la mano derecha sobre su hombro y sonriéndole ampliamente.

—Ni siquiera puedo moverme para saludarlo como es debido, padre. Discúlpeme.

—Es que no debes hacerlo, hijo. Precisamente yo estoy aquí para que tú no tengas que moverte. Los doctores están convencidos de que te van a sacar adelante y yo también lo estoy. Pero don Álvaro Domecq nos ha indicado que eres un buen creyente y que no es necesario esperar a que ellos terminen para que recibas el sacramento de la confesión.

Manuel relaja todavía más la expresión e intenta tragar saliva antes de responderle.

—Estoy de acuerdo, padre. ¿Me podría alcanzar antes un vaso de agua? Aunque me sepa a tierra, ya me da lo mismo. Pero no quiero confesarme pensando en la sed que tengo.

Sor Julia Elorz, que lo ha escuchado, se aproxima con el mismo vaso de antes. Manuel bebe varios sorbos muy espaciados, asiente y permite que la monja se lo aparte.

—Ahora me siento un poco mejor. Cuando usted quiera, padre, podemos comenzar.

Si amar a tu madre ha sido tu manera de querer a Dios por encima de todas las cosas, entonces has cumplido el primer mandamiento. No ha existido un hijo más devoto, más dado a la causa de entregarse a una madre y ofrecerle todo cuanto la vida le ha quitado tras dos maridos muertos. Has sido el cabeza de familia sólo con cinco años, cuando murió tu padre y desde entonces, y nunca has renegado de ese aplomo que al final has cargado con dificultad: quién pensaba en ti, quién pensaba en ti. No has tomado en vano el nombre de Dios y siempre has defendido tu propia verdad. Has santificado las fiestas, has honrado a tu padre y a tu madre: quién puede recordar ahora a Manolete padre sin nombrarte a ti. No lo has conocido, pero tú has reclamado la corona del único Manuel que permanecerá. Tu padre que murió con ocho años más de los que tienes, dejando a un hijo que lo olvidará y toreando sus últimas corridas con las gafas puestas, porque ya no ve nada, pero que ha llegado a debutar con éxito en América, donde luego su hijo arrasará hasta el punto de ver cómo las gentes se endeudan para verlo torear. Tu padre, siempre delicado de salud, con ojos frágiles, del que recuerdas poco o casi nada, roto por la apisonadora de Belmonte, que todo lo cambió definitivamente para que luego tú mismo volvieras a cambiarlo con quietud vertical, con ese brío de vértigo en la sangre reduciendo la voz del movimiento a su último mutismo. Tu padre, que llegó a debutar en Venezuela, de cuyo

paso has buscado restos cuando has toreado allí, que no logró cumplir la expectativa de ser el sucesor de Machaquito. Tu padre, del que has ganado el apodo y también esos trastos ya muy viejos que encontraste al fondo somnoliento de un armario, en la lejana casa de la calle Pérez Galdós, para jugar de nuevo con tu sombra. Tu padre o el borrón de un personaje con pocos argumentos: *De mi padre casi no me acuerdo. Lo veo muy lejano, presidiendo el entierro de su compañero Enrique Rodríguez, entre gente vestida de negro*. O: *Mi padre era todo un hombre. Fíjate si era todo un hombre mi padre que después de presidir el duelo de su compañero, vistió el traje de luces y se fue a la plaza a realizar otro duelo con la muerte*. Pero el hombre confunde los recuerdos del niño, porque pasó una semana entre el fallecimiento y la corrida. Honrarás a tu padre y a tu madre: con sólo siete años, yéndote con tu cuñado Federico Soria, el padre de Calín y marido de tu hermana Dolores, a descargar camiones con bloques de piedra en la carretera del Brillante, para llevar dinero a casa y así fortalecer tus brazos todavía muy enclenques, porque ya has decidido que vas a ser torero y a triunfar donde el fantasma de tu padre se ha desdibujado. Necesitas ganar más corpulencia. Tu padre en una foto en el Club Guerrita, a la izquierda, tocado con un sombrero cordobés. Los has honrado a ambos: pero tu madre es una presencia y a tu padre solías dibujarlo, llenando la silueta de las fotografías con las que lo inventabas. Tu padre ha sido un rostro sin voz ni movimiento. Tu padre es el vacío que ha ocupado tu madre con esa abrumadora realidad, honrada a cada pase, en la estocada lenta en la conciencia de un pasado abolido. No has dejado nunca de matar a la sombra que te acecha en tu quietud, el espacio ocupado por la bestia que es parte de tu ser, que se aloja en tu cuerpo con una perfección en la danza sin música: el tuyo es un salón de baile sin orquesta. Tanto honras a tu madre que los actos impuros has debido ocultarlos para seguir viviendo. La naturalidad de amar, esa espontaneidad de las horas perdidas sin ser el responsable de las vidas de otros. Pero quién te ha dejado disfrutar, quién te ha hecho olvidarte de tu carga: una foto en el campo, besando el pie de Antonia, o subida en un burro y tú delante ofreciendo el torso descubierto. Las fotos en que sales sonriendo. Una grabación cantando con amigos. No has vertido falsos testimonios ni tampoco has mentido, ni siquiera a ti mismo: pero el precio es muy alto, porque te has negado la felicidad cuando ha pasado cerca. No consentirás, no codiciarás: pero sí has codiciado dedicarte a vivir ese bien ajeno de una libertad que no se ha preocupado de esculpirse a sí misma. Eres un triunfador de sólo 30 años que no cambiaría ni una sola coma de su vida, aunque sólo ha servido a los demás. No hay lamento, sino una aceptación. Y nada de esto sale de tu boca cuando te has confesado, porque tú eres un hombre de lealtades y siempre has sido fiel a tu



silencio.

19. TERCERA EXTRACCIÓN

Cuando hacen a Parrao la tercera de las extracciones, pregunta si puede entrar, aunque sea un momento, para ver cómo se encuentra. La farmacéutica María Luisa López Jiménez duda; pero no porque su aparición pueda ser perjudicial para el herido, que sigue en ese estado de neblinosa duermevela, sino porque teme que este hombre, que ha mostrado una actitud tan valerosa, pese a su fortaleza, acabe derrumbándose en medio del pasillo. Sin embargo, algo en la mirada de sor Julia, que ha presenciado la extracción, le dice que la hermana de la Caridad es partidaria de permitirlo.

—Está usted muy débil, Parrao. Si le parece, lo dejamos en manos de sor Julia.

Pablo Sabio González se queda mirando a la religiosa, que le devuelve un gesto de comprensión mientras se dirige hacia él, dándole dos recios palmetazos en la espalda.

—Después de donar por tercera vez 350 centímetros cúbicos de sangre, creo que podemos dejar que el señor Parrao vaya a ver a Manolete. Pero si no le importa, yo estaré pegada a usted: no quiero que se nos desplome por el camino y se abra la cabeza, porque hoy ya hemos tenido suficientes disgustos. Levántese despacio, permítame que le ayude.

Parrao se incorpora lentamente y siente cómo sus piernas lo impulsan hacia arriba.

—Una cosa más voy a pedirle. No me dé más ponche con yemas o voy a ponerme malo. Y si tengo que caerme y pegarme un trastazo, no va a ser ni el primero ni el último.

Sor Julia reprime la sonrisa y sostiene a Parrao por el codo. Al torero le sorprende la reciedumbre de su presa y que una monja tan menuda tenga esa fuerza en las manos.

—¿De verdad se encuentra bien? —le insiste, ya en la puerta de la habitación 18.

—Sí, se lo prometo. Pero no me apriete usted tanto, que va a arrancarme el brazo.

Parrao contempla a Manuel, ahora ya tumbado en su cama. Después de la segunda de sus transfusiones, que será la tercera que recibirá si contamos la primera del cabo de la Policía Armada Juan Sánchez Calle, y habiendo salido bien la segunda intervención, los doctores Garrido y Corzo han decidido que sería más cómodo para Manuel, pensando en su descanso y en su mejoría, pasar el resto de la noche en la cama de su habitación. Tiene los ojos vidriosos y los pómulos como cincelados, pero aquella sombra macilenta que tanto le había

inquietado horas antes, en la enfermería, y también al llegar al hospital, le parece a Parrao que le ha desaparecido de la frente y las mejillas, como si una especie de vitalidad algo menos que incipiente le estuviera volviendo a recorrer la cara. Sin embargo, aún está muy frágil. Las instrucciones son evitarle cualquier tipo de emoción. El doctor Corzo hace una indicación a sor Julia, con la cabeza, para que se lleve de ahí a Parrao. Sin embargo, al fijarse en sus ojos, Parrao advierte que Manuel ha reparado en él. Su mirada lo conmueve con un golpe interior que llega muy despacio, como un calambre que le asciende de los pies al cuello cuando Parrao entiende que le está dando las gracias.

Vienen del jardín Guillermo y el capellán Antonio de la Torre, que se cruzan con Parrao y sor Julia. Se saludan con la vista: desde que han llegado al hospital, no han dejado de tropezar los unos con los otros en la sala de espera, el pasillo o ahí dentro, en la habitación que ahora ocupa Manolo, preguntándose las mismas cosas y respondiendo lo que han ido sabiendo con idéntica mezcla de incertidumbre y cansancio, y las palabras comienzan a incordiarles. Las paredes blancas del amanecer van a concretarse en ese corredor, con amplios ventanales a la noche, como si pudieran absorber la tensión que viven esos hombres, concentrada en la expresión de Pepe Camará, a los pies de la cama y con los ojos fijos en Manuel, y también en la mirada tan desamparada de Rafaelito Soria, su sobrino Calín, que no se ha separado ni un minuto de él, ni siquiera cuando lo han estado operando por segunda vez, y que ahora se sorprende cuando su tío lo mira profundamente.

—Ay, sobrino —comienza, débil, pero dueño del tono y su respiración—. Tenía razón Pepe, y te lo digo con él delante, cuando me ha dicho hoy que no tenía que arrimarme tanto. Si te llega el momento, tú hazle caso. Esto sólo me pasa a mí, por tonto que he sido.

—No digas eso, tito —le responde, con los puños apretados dentro de los bolsillos del pantalón—. Tú eres lo más grande. Pero ahora lo importante es que te vayas recuperando.

Sin apartar los ojos de su sobrino distingue la voz sólida y convincente de Camará.

—Todo va bien, Manolo. Y Calín tiene razón. Cierra los ojos y no pienses en nada.

María Luisa López está en una habitación aneja al quirófano recogiendo sus cosas. Cuando entra el doctor Fernando Garrido ya ha guardado en su estuche el cardi con el que le ha hecho las tres extracciones a Parrao. El cirujano se dirige a ella. Parece tranquilo.

—Te estaba buscando, María Luisa.

—¿Ha habido algún problema? —se inquieta, dejando el estuche a

medio cerrar.

—No, para nada. Pero con esa tercera toma tenemos bastante. El doctor Corzo y yo hemos convenido que esta noche ya no es conveniente hacerle más transfusiones. Cuando lleguen los doctores que vienen de Madrid me imagino que estarán de acuerdo. Puedo decirle a cualquiera de estos hombres que te acompañe a tu casa. Es muy tarde.

María Luisa López termina de cerrar el estuche y lo guarda dentro de su maletín.

—No hace falta, Fernando. Si vivo aquí al lado. Pero se agradece.

—No —la corrige el doctor Garrido—. Gracias a ti. Sin esas transfusiones, nada.

La farmacéutica se dirige a la puerta que da al pasillo y justo antes se da la vuelta.

—¿De verdad crees que salvará la pierna?

El doctor Fernando Garrido Arboleda se queda pensativo varios segundos.

—Si te digo la verdad, y que no salga de aquí, eso es lo que menos me preocupa. Yo creo que la pierna está salvada. Pero tenemos noche por delante.

—Madrugada, más bien.

—Eso. Madrugada. Gracias de nuevo, María Luisa. Descansa, que te lo has ganado.

Fernando Garrido se queda solo y rememora la intervención en la enfermería y la que luego le han hecho en el hospital, mientras espera la llegada de los otros doctores. Aún queda mucho tiempo hasta que amanezca.

20. CARRETERAS NOCTURNAS

Rafael Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana, torero de la chispa y la alegría, de inspiración flamenca en sus arranques ante las acechanzas del albero, ha compartido cartel con Manuel muchas veces en España y América. Esta misma tarde, cuando ha percibido la violencia eléctrica desde algunos tendidos y ha resbalado en la arena, él mismo se ha preguntado, bajo el cielo calizo, qué tendría esa tarde la plaza de toros de Linares, como una exclamación lanzada al aire que raspaba la cara. Gitanillo sabe bailar, cantar y reír, y acompaña a Manuel en esas fiestas en que él va deslizando, a quien se lo pregunta, su idea de casarse y cortarse la coleta. Pero antes, y eso no lo dice, aunque lo sabe bien Gitanillo, tiene apalabradas varias corridas la próxima temporada, por las que no cobrará ni un duro, con las que dejará la vida resuelta a todos los miembros de su cuadrilla, antes de retirarse.

Gitanillo sabe bailar, cantar y reír, y mezcla bien su temblor más supersticioso con un temperamento de inmediatez práctica. Estaban todavía en la enfermería cuando lograron localizar a Jiménez Guinea, el médico de Las Ventas que tantas veces ha salvado a Manolete. El periodista Antonio Bellón, que ahora mismo sigue en la sala de espera del hospital con K-Hito, Álvaro Domecq y un cada vez más recuperado Parrao, estaba decidido a conducir él mismo el Buick azul de Manolo para ir a El Escorial, por el doctor Jiménez Guinea. Pero vieron a Gitanillo y tuvo lugar un diálogo que anotará K-Hito:

—Rafael, ¿por qué no coges tú el coche de Manolo y vas a por Jiménez Guinea? Lo trae Manuel Navarro desde El Escorial. Toma la carretera de Madrid y sal a su encuentro. Cada segundo cuenta y ya sabemos cómo conduces. Seguro que consigues traerlo antes.

Gitanillo de Triana, que a Camará le parece el más fiestero de los toreros, asintió con determinación, marcándose las líneas angulosas de la mandíbula bajo su tez morena.

—Cuente con ello, don Ricardo. Ya lo había pensado. No voy a correr: voy a volar.

Claro que volará. Se cruzará en Valdepeñas con el coche que viene conduciendo el también torero Manuel Navarro, tocará el claxon y los parará. Pero ya han distinguido ese trallazo azul del Buick embistiendo la oscuridad, porque Rafael Vega de los Reyes piensa que la vida de Manuel depende de la llegada de Luis Jiménez Guinea y se está empleando a fondo. También él reconoce el Hispano Volpe amarillo, con la capota bajada, en el que le dijeron que venían, al iluminarlo con las luces largas y frenar en seco.

El doctor Jiménez Guinea se baja apresuradamente del biplaza, en

medio de la carretera vacía en la noche avanzada, y sube con Gitanillo. Manuel Navarro los sigue conduciendo deprisa, pero no a la misma velocidad de Gitanillo, al que pierde de vista de inmediato, mientras no deja de preguntarse qué desenlace aguarda a Manolete. Tan rápido conduce Gitanillo que el doctor se marea y está a punto de vomitar dos veces. El Buick parece no tocar los adoquines, atravesando el tiempo hacia un destino que todavía no ha salido al encuentro de Gitanillo, aunque oculta su anticipación, sin que él lo sepa, esta misma noche. Porque, dentro de veintidós años, en el kilómetro 70 de la carretera de Valencia, Gitanillo estampará su coche contra un camión y morirá junto a su yerno, el torero venezolano Héctor Álvarez. Pero esto no es una digresión, sino el reflejo futuro de la secuencia de hoy: porque esa tarde, ahora tan lejana, del futuro 24 de mayo de 1969, en Belinchón, Rafael Vega de los Reyes, Gitanillo, y su yerno, Héctor Álvarez, estarán volviendo a Madrid desde la finca La Paz, de Luis Miguel Dominguín, que habrá dado una fiesta a las gentes estadounidenses del cine en aquel próximo Madrid. Rafael entonces ya estará muy unido a Dominguín: en ocasiones, hasta la misma tarde del 24 de mayo de 1969, recordarán Luis Miguel y él que la amistad entre ellos comenzó a fraguarse con hondura aquel 28 de agosto, hace veintidós años, cuando compartieron cartel con Manolete en Linares. La suerte está echada antes y después: el 24 de mayo de 1969 Gitanillo sale de la finca de Dominguín y la madrugada del 28 de agosto de 1947, mientras Gitanillo lleva a Jiménez Guinea a Linares en el Buick azul, el doctor Manuel Tamames, médico de Luis Miguel Dominguín, también se dirige al hospital donde Manolete se repone tras su tercera transfusión. Lo está llevando Domingo, el hermano de Luis Miguel.

También le ha dicho Luis Miguel a su hermano Domingo que, cuando el doctor Tamames se asegure de que Manolo está bien, lo lleve al Parador de Úbeda, con él. Porque tras saber que su sangre no les sirve para las transfusiones, por haber padecido paludismo de niño, Luis Miguel, que está impresionado, ha decidido que no quiere pasar esa noche en Linares. Pero una vez que llega al parador y cena algo, apenas encadena algunas cabezadas. Entonces se levanta de la cama y regresa a Linares.

Así, quien llega antes al hospital es el doctor Tamames, con Domingo Dominguín. Ya es muy tarde: son casi las cuatro de la madrugada. Los recibe Álvaro Domecq en el solitario vestíbulo y los conduce a la habitación, donde están los doctores Garrido y Corzo, con Camará. Sólo quedan dentro, unos pasos atrás, Guillermo y Calín. Los demás salen al pasillo, aunque los periodistas Antonio Bellón y K-Hito se apostan en la entrada. Media hora después lo hace, desde El Escorial, el doctor Jiménez Guinea con Gitanillo.



Es a partir de aquí cuando comienzan a bailar las versiones, frente a una única realidad.

21. LA ARTISTA DE MADRID

Antes de los doctores, el hospital asiste a otra llegada. Sor Julia sigue hablando con Álvaro Domecq en la puerta de la habitación, una hora después de la despedida de la farmacéutica, acerca de lo sereno que parece Manuel, durmiendo a ratos, aunque el tiempo transcurra muy despacio. Frente a la cama, en una silla, permanece Calín. Junto a la ventana, Camará y Guillermo, sosteniendo el mismo silencio. Los demás se reparten entre la sala de espera y ambos extremos de la galería. Hay largos paseos, resoplidos y respiraciones profundas. Sor Julia ve venir deprisa a sor Anselma, con pasos diminutos, pasando entre Antonio Bellón y K-Hito con la elegante discreción de un gato. Cuando llega hasta ella, comienza a hablarle al oído y sor Julia escucha sus bisbiseos con atención. Asiente y se dirige al rejoneador, bajando la voz. Álvaro Domecq se la lleva fuera de la habitación, porque ya sabe lo que la hermana ha venido a contarles.

—Dice sor Anselma que ha llegado la artista de Madrid, acompañada de otra señora.

Domecq marca una mueca que podría parecerse a una sonrisa y contiene el atisbo de sarcasmo. Lleva preparado para ese momento desde que supo, por Camará, que ellos seguían en la creencia de que Lupe Sino se había alojado en el Hotel España, de Lanjarón, tomando las aguas medicinales, y que Chimo probablemente habría ido a telefonearla. Sin embargo, después de eso, Chimo no ha vuelto a aparecer: porque no se había ido hacia Lanjarón, sino hasta Alhama de Granada, que era donde había llegado Antonia para pasar dos días con Concha Fernández, la esposa de El Yoni. Chimo había llamado al Hotel España para hablar con Frasquito, el conserje, al que conocía por otra estancia previa, en la que él los había llevado en el Buick, y por eso supo que la señora se había marchado a Alhama con Concha y su marido. Y, al no tener ninguna otra forma de localizarla, porque tampoco habían podido dar con el taxista del hotel, Antonio Arcos, Chimo se ha lanzado a conducir directamente él mismo hasta Alhama, para encontrarlos y avisarla. De todas formas, por si Antonia llamaba al hotel, dejó un recado en recepción: *El maestro ha tenido un pisotón. Vénganse con urgencia a Linares*. Pero había llegado a Alhama como un rayo y han regresado en ambos coches: el de Chimo y el de Bonifacio García Torres, El Yoni.

Desde el fondo de la habitación, ya con la chaqueta blanca sobre los hombros, la mirada de Camará se cruza con la de Domecq y comprende que Antonia acaba de llegar. Sin embargo, no se desplaza ni un ápice de donde está y permanece ahí, apoyado en el marco de la

ventana, junto a Guillermo, abstraído en la negrura azulosa del cielo. Camará es un hombre acostumbrado a medir bien sus tiempos y administra con celo su propia lentitud, en una economía de cada gesto que después se carga de significado. Por eso se queda ahí y estudia por un momento las facciones duras de Guillermo, el mentón recortado y sus mejillas sin afeitar desde por la mañana: nunca como hoy ha tenido la sensación de estar no sólo ante un amigo de Manolo, sino ante un perro de presa que se dejaría matar por su dueño. Pero no en el sentido denigratorio que puede atribuirse a la imagen, sino en el más puro del instinto animal, salvaje incluso, de carne unida al hueso en alguien que ha encontrado su razón de ser en un afecto revelado en la lealtad sin grietas.

Cuando vuelve a mirar hacia la puerta, Camará ya no ve ni a sor Julia ni a Álvaro Domecq. Puede imaginar la escena que vendrá a continuación, porque conoce bien la seca caballerosidad de Álvaro. Cruzará el pasillo sin musitar palabra, siguiendo los pasos de sor Julia. Antes de llegar a la puerta que comunica con el recibidor se ajustará el cuello de la camisa y se pasará la mano por el pelo, hacia atrás, apretándoselo en los parietales. No tiene ningún interés en acicalarse: es un gesto instintivo. Tampoco sentirá la necesidad de impostar una máscara de gravedad en la cara, porque la tiene tallada a buril desde que salieron de la enfermería. Se dirigirá hacia ella con determinación y la mirará rectamente a los ojos mientras le estrecha la mano con delicadeza, pero sin afecto. Quizá en ese momento se cruce con Chimo, que habrá entrado con ella, pero está seguro de que Álvaro ni siquiera reparará en él. Para no evidenciar la diferencia, su saludo a Concha, la mujer de El Yoni, que habrá venido con Lupe, será más o menos el mismo, educado y distante, aunque ligeramente más cálido al sostener su mano, poco antes de fijar la mirada en Lupe. Luego la invitará a seguirlo con un gesto y la conducirá a una de las habitaciones del otro lado de la planta, las invitará a pasar primero y él entrará después, acompañado de sor Julia, cerrando la puerta. Es posible que viéndose de pronto en una habitación vacía, Antonia observe en torno a sí, extrañada, o que Concha y ella se miren sin entender lo que está sucediendo. Será entonces cuando pregunte por Manolo, porque querrá verlo.

22. UNA REBECA AZUL SOBRE LOS HOMBROS

Cuando regresan al otro ala de la planta, sor Julia está sorprendida por la docilidad con que la artista de Madrid ha aceptado las órdenes de Álvaro Domecq. Porque no han sido exactamente unas indicaciones, ni una sugerencia: le ha dicho que su estado sigue siendo gravísimo, que las operaciones se han sacado adelante con mucha dificultad y que los doctores han pedido expresamente que no lo perturbe ninguna emoción, porque está delicado y le podría sobrevenir un colapso. Que comprende que ha venido para poder verlo y estar con él, pero que eso ahora no es posible. Y le ha dicho, sin que sor Julia haya sabido distinguir si con más comprensión que dureza, que Manuel ya está a bien con Dios.

Ha sido entonces cuando la artista de Madrid ha encontrado un último vigor, como si lo hubiera mantenido guardado dentro de un escuche no muy distinto al de María Luisa López para el cardi con el que ha hecho sus extracciones; pero insonorizado, porque al principio sale de sus labios apenas como un soplo convertido en leve balbuceo.

—Mira, Álvaro, yo comprendo todo eso. Pero no he venido para quedarme aquí.

Es un hilo resuelto a convertirse en frase, sostenido por un cuerpo que parece a punto de caer. Sor Julia se fija en ella: un vestido oscuro, con una rebeca azul muy fina sobre los hombros. Es una mujer extraordinariamente hermosa. Será una actriz, como le han dicho, pero en esas facciones ella no es capaz de apreciar ni el más remoto artificio. Sor Julia conoce demasiado bien la expresión del dolor absoluto, porque la ha tenido que asumir demasiadas veces en esos pasillos, y por eso la reconoce limpiamente en su rostro.

Álvaro Domecq da un paso al frente con una autoridad que impresiona a sor Julia, pero también a la otra mujer, que asiste a la escena sin apartarse de la artista de Madrid, a la que ya le temblaba ligeramente el cuerpo cuando han llegado al hospital, acrecentándosele el abatimiento cuando han entrado en esa habitación recóndita.

—Yo no sé a lo que has venido —y ahora sí: su tono se vuelve seco, poco antes de hacer una pausa de varios segundos y dar un paso hacia ella—. Pero te estoy diciendo que Manolo se ha confesado y se encuentra en paz, que es como tiene que seguir. Tampoco sé qué ha ocurrido entre vosotros últimamente, porque ahí no entro. Pero te aseguro que, hasta que los doctores digan, nadie va a pasar para angustiarlo y removerle el pasado.

Sor Julia evoca la escena justo al volver a entrar en la habitación en la que todavía siguen Camará y Guillermo, con Calín. Contempla a Manolete: está adormilado y emite leves sollozos, como si estuviera atravesando una pesadilla de la que a veces logra huir, entreabriendo los ojos. Los tres hombres están atentos a cada uno de sus gemidos con preocupación.

Desde ese momento, antes de que lleguen los doctores desde Madrid, sor Julia Elorz, a la que acompaña sor Anselma García, no se separará de la cama de Manuel. Cuando Camará ve a la hermana de la Caridad, con Álvaro Domecq, intercambia una mirada con el recién llegado que la monja entiende perfectamente.

23. SON LAS CUATRO Y MEDIA DE LA MADRUGADA

El primero en llegar es el doctor Tamames. Atraviesa el pasillo acompañado de Domingo Dominguín, que se queda fuera hablando con Guillermo. En la habitación, junto al herido, el doctor Garrido Arboleda cede la palabra al doctor Corzo, que le relata las dos intervenciones: la de la enfermería y la del hospital. Manuel Tamames escucha, mientras cabecea afirmativamente, que después de la segunda operación, a pesar de su debilidad, Manolete ha recuperado las constantes vitales y ya no se aprecia un riesgo inminente. Ha dejado de sangrar y se le está ayudando con suero. Cuando se complete su recuperación se le podrá hacer un *by-pass*, pero antes deben seguir vigilando su evolución.

—Pues parece —resuelve Tamames— que han hecho ustedes un gran trabajo. Yo he venido corriendo por petición de los Dominguín, pero me parece que poco puedo aportar.

Fernando Garrido y Julio Corzo asienten, antes de que este último siga hablando.

—Una cuestión más, doctor Tamames. Después de la operación, le empecé a aplicar una transfusión, que ya iba a ser la tercera aquí, en el hospital, además de la anterior en la enfermería; pero Manolete me dijo que le dolían los riñones y se la corté de inmediato, porque entendí que la estaba rechazando y podría causarse un choque que resultara fatal.

—Pues de nuevo ha acertado usted —asiente Manuel Tamames—, porque ese dolor de riñones es claro síntoma del rechazo de la transfusión. Saben ustedes que en estos terrenos nos movemos todavía como espeleólogos en una cueva a oscuras, y en muchas ocasiones solamente podemos orientarnos por la reacción del paciente, que en este caso estaba clara. Si se mantiene estable, me parece que ahora sólo queda esperar al doctor Jiménez Guinea.

Son las cuatro y media de la madrugada cuando Gitanillo de Triana abre muy despacio la puerta de la habitación, que sor Julia ha cerrado para favorecer su descanso, acompañado del doctor Luis Jiménez Guinea, cirujano jefe de Las Ventas y médico personal de Manolete. Sabemos que recibe la misma explicación que ha convencido antes a Manuel Tamames; pero, a partir de aquí, el relato se va ramificando en distintas versiones. Hay una primera que asegura que es el doctor Jiménez Guinea el que trae consigo un excedente de ese plasma

noruego de la Segunda Guerra Mundial que ha llegado a España en mal estado, y que ha causado la muerte inmediata de muchos heridos por la explosión en la fábrica de torpedos, en los astilleros de Cádiz. Hay una segunda versión que afirma que el plasma noruego está ya en el Hospital de los Marqueses de Linares cuando llega Jiménez Guinea acompañado de Gitanillo de Triana. También una tercera, de Álvaro Domecq, que una hora antes ha dejado a Lupe Sino en otra habitación, erigido en guardián de Manuel: Domecq mantendrá hasta el final que nunca ha sabido nada de ningún plasma. Lo interesante ahora es asistir a la sucesión de testimonios, que irán aportando a la acción un orden propio, con su coherencia interna, su deseable verosimilitud y un solo desenlace.

Antes de la aparición del doctor Jiménez Guinea, con plasma o sin él, Teodoro Matilla entra en el hospital. Es representante del empresario Pedro Balañá en Linares y un personaje secundario que ha ido reparando en algunas de las escenas más expresivas en los alrededores del drama. Antes, en la plaza, como Calín, también respira tranquilo cuando Manuel se cuadra para entrar a matar: no sólo porque no se fíe de la naturaleza un poco turbia del toro, con esas arrancadas lentas que luego se administran con dificultad, sino porque está viviendo una de las faenas más emocionantes, por la morosa valentía con que se está desenvolviendo el diestro, como si buscara la perfección del quietismo mientras dentro del callejón pueden oírse las pisadas de la bestia.

Hay un momento en el que no repara casi nadie, pero sí Teodoro: seguramente por orden de Camará, se le acerca a Manuel con el estoque Carnicerito de Málaga. Es una manera de forzarle a acortar la faena, en la que ya se está demorando demasiado. Pero algo brilla en los ojos de Manuel cuando se vuelve y le grita, con decisión: *¡Quita, Bernardo, fuera de aquí! Ya veré yo cuando mato a este toro*. En ese momento Teodoro mira a Camará, apoyado en toriles, que baja la cabeza y mueve algo en el suelo de arena, bajo sus pies. No puede verle los ojos porque los tiene cubiertos por las gafas de sol: las mismas que Manuel ha puesto de moda. Después de la cogida, tiene la impresión de que ese cuerpo se ha quedado sin sangre: tal es el manantial que ve desde el callejón, a pesar de los esfuerzos de Guillermo y su primo Cantimplas por llevarlo rápidamente hasta la enfermería. Mientras equivocan el camino, porque van en la dirección contraria, Teodoro tiene el presentimiento de que ese toro, Islero, quizá vaya a ser importante. Por eso va con el hermano de Pedro Balañá, Pepe, al desolladero. También, en parte, porque el burladero del callejón está comenzando a taponarse por la multitud que se está acumulando allí, bajando con premura de las gradas. Teodoro ya está convencido de que Islero será un toro cuya cabeza habrá que

conservar. Por eso va al desolladero: para cortársela. Ya le está pisando los pitones, para ayudar al matarife en su ejecución, cuando llega un crío gritando su nombre. Teodoro se da la vuelta.

—Don Pedro Balañá lo llama. Es muy urgente que vaya al burladero.

Teodoro y Pepe Balañá vuelven sobre sus pasos y se encuentran con el empresario taurino de la plaza de Barcelona y de otras tantas, incluida la de Linares. Tiene el rostro descompuesto y Teodoro comienza a temer lo peor: a partir de ese momento, ese 28 de agosto, tanto Teodoro como los Balañá irán pasando las horas temiéndose lo peor.

—Id corriendo a la enfermería, a ver si podéis traerme alguna noticia. Es una locura, por aquí andan diciendo que a Manolete se le ha gangrenado la pierna y se la van a cortar.

Mucho tarda Teodoro Matilla en poder contarle a Pedro Balañá que ya lo están operando con cirugía de urgencia y que las primeras impresiones son positivas: al menos nadie ha hablado de amputar nada. Poco después, el representante de Balañá recuerda su intención inicial y regresa al desolladero. Cuando pregunta a uno de los últimos matarifes que aún encuentra allí, entre la arena ensangrentada, la cabeza de Islero ha desaparecido.

Pues bien: a las cuatro y cuarto de la madrugada, Teodoro Matilla, el hombre que no consiguió encontrar la cabeza del toro, está presente en la conversación mantenida entre los doctores Garrido y Corzo y el entonces recién llegado doctor Tamames, que reconoce al herido. Asiente ante todo lo que le dicen los dos doctores que han curado a Manuel en la enfermería y en el hospital. Entonces escucha decir al doctor Julio Corzo:

—Hasta mañana a primera hora, está claro que ya no admite más transfusiones.

Manuel Tamames, el médico personal de Luis Miguel Dominguín, lo corrobora:

—Está todo muy bien hecho. Efectivamente, aquí por ahora no se puede hacer más.

En ese momento Teodoro Matilla se queda más tranquilo y se dice que ha llegado el momento de descansar. Junto con los dos hermanos Balañá, regresa al Hotel Cervantes.

24. PAREDES BLANCAS DEL AMANECER

Después de escuchar la opinión del doctor Tamames y despedirse de Pedro y Pepe Balañá y de Teodoro Matilla, sin mediar explicaciones, Camará sale de la habitación y atraviesa el pasillo. Cuando se va cruzando con los demás, con Guillermo y con Chimo, que lo observan en silencio, con su primo Cantimplas y con Ricardo García, K-Hito, nadie le sostiene la mirada.

Calín recuerda bien el verano anterior: estaban entrenando en la finca salmantina de unos amigos, con algunas bromas, incluso de su tío, que siempre está muy serio antes de torear, aunque sea toreo de salón. Pero hacía un sol espléndido, corría un aire agradable en el tentadero y alguien había soltado un chascarrillo sin la menor importancia: en cuanto llegó Pepe Camará, enfundado en un terno de lino blanco, con sus gafas de sol y el sombrero calado hasta las cejas, dándole a su rostro la firmeza de una efigie esculpida desde dentro, todos adoptaron la misma expresión grave y bajaron la vista. Algo así es lo que percibe Calín, que se ha levantado de la silla para cedérsela a sor Julia y se ha asomado al corredor, cuando ve a Camará alejarse hasta el fondo, dejando a ambos lados de su paso idénticos semblantes de respeto incómodo, como si mantuvieran siempre la duda inevitable de la posible falta que puede percibir su rigor. Y saben que no es un hombre de estallidos, porque siempre sabe mantenerse en su posición y sacar el mayor partido a su silencio; pero sí de anotaciones minuciosas y de exigencias altas. De alguna manera, si Manuel ha elevado a la mayor expresión la parquedad y justeza de sus movimientos en la plaza, también el apoderado, que lo ha sabido esculpir como torero, ha aplicado la misma poética de máxima eficacia en la administración de gestos y palabras.

Camará empuja la puerta del pasillo. Está completamente solo en el vestíbulo. Tiene claro lo que tiene que hacer y que decir, y que ha llegado el momento de hacerlo. Estima que dentro de poco llegará el doctor Jiménez Guinea y no quiere dejar solamente en los hombros de Domecq la decisión tomada respecto a Lupe Sino. En la vida que han construido juntos, Manuel le ha dado los poderes de un padre: tanto patrimonialmente, confiándole la administración de sus fincas con la absoluta confianza no sólo de Manolo, sino de su madre, como económicamente, compartiendo varias cuentas y la titularidad de una cámara acorazada en un banco de Lisboa. Pero su relación va mucho más allá de eso y es ahora, detenido en el centro del vestíbulo del Hospital de los Marqueses de Linares, cuando toma conciencia de la

escena que va a tener lugar a continuación, por mucho que ya la hubiera hablado con Álvaro Domecq antes de que el rejoneador saliera a recibir a las dos mujeres. Camará sabe que ha dejado atrás un sistema solar que maneja muy bien, porque ha contribuido a su creación y a su mantenimiento durante varios años; pero ahora se dirige a otro muy distinto, al que ha asistido casi siempre de lejos, queriendo no saber, pero sabiendo. Lo que queda a su espalda es la cuadrilla, los periodistas, los médicos. La estampa más vulnerable en que nunca ha visto a Manuel. Pero lo que tiene por delante, justo en el otro ala, es una habitación donde le espera un mundo que realmente no conoce.

Está frente a la puerta de la habitación 5. Da dos leves toques sobre la madera, a modo de llamada, mientras la abre, sin detenerse a esperar una respuesta. Encuentra a Antonio Bellón, que ha ido allí por indicación suya para acompañarlas, pero también para vigilar que Lupe no se decida a salir en busca de la habitación de Manuel. Las dos mujeres están sentadas en la cama. La primera que levanta la vista es Concha, la esposa de El Yoni. Después lo hace Lupe, Antonia. A pesar de notarle las facciones algo desencajadas y los ojos enrojecidos, nada parece poder anular su extraordinaria belleza. Pepe Camará incluso advierte que nunca la ha visto tan hermosa como en ese momento: angustiada desde su desconcierto, como si su mirada, además de evidenciar su padecimiento, también le estuviera reclamando la verdadera causa de su reclusión, con una fragilidad que realza sus rasgos. Pepe Camará entiende, aunque no lo comparta, lo que Manuel ha visto en ella.

Cuando Antonia lo mira, recuerda Camará una conversación con Manuel unos meses antes, poco después de regresar de México. A pesar de bajar juntos por la escalerilla del Clipper, ella envuelta en el magnífico abrigo de visón que Manolo le había comprado en Nueva York, estaba al tanto de las desavenencias entre ellos después de esos meses de convivencia intensa, casi marital, por los países de América en que ha triunfado Manuel.

En abril, él decidió pasar la feria solo en Sevilla, donde no iba a torear ninguna corrida. Antonia no apareció. Poco después, al regresar a Madrid, ella lo llamó por teléfono al hotel Victoria. Camará estaba con él. Manuel se derrumbó en un sillón y se le quedó mirando, cabeceando sin mover los labios. Encendió un pitillo y le contó la conversación.

Después de valorarlo, el apoderado decidió pronunciarse por primera y última vez.

—Manolo, sabes bien que nunca me he metido en esos temas tuyos. A mí lo único que me preocupa es que te sientas preparado para estar bien frente al toro. Pero me hablas y me preguntas mi parecer, cuando

antes jamás me lo has pedido. Aunque ya debes de imaginarte lo que pienso, no saldrá de mi boca ni una sola descalificación sobre esa mujer. Acaba de llamarte. Pues bien: si vas, no conseguirás desenredarte de ella en toda tu vida.

Ahora Camará la tiene enfrente, con los hombros temblando bajo la rebeca azul.

25. EL TIEMPO ESCAPA POR LA GALERÍA

Cuando vuelve a verse solo en el vestíbulo, otra vez frente al ala derecha de la planta, se dice que no ha sido tan difícil. Tampoco imaginaba que la iba a encontrar tan desvalida. Menos mal que está Concha. Le llama la atención cómo han encajado esas dos mujeres. Más sencilla le ha parecido siempre la esposa de El Yoni; aunque, si es honesto, debe reconocer que sobre Lupe Sino, Antonia, realmente, no puede decir mucho. Claro que han coincidido, sobre todo en los viajes; pero, de alguna forma, Manuel se ha mostrado muy habilidoso en la distribución de los tiempos y los espacios, de manera que ha logrado compartimentarlos para evitarles a todos situaciones que pudieran resultarles incómodas. En Córdoba es diferente, con su familia y doña Angustias. Porque una cosa es vivir en Madrid en la calle Hilarión Eslava, viajar a Nueva York, México o Perú, y otra muy distinta cruzar el Rubicón de su propia casa del brazo de esa mujer, por muy hermosa que sea, con la misma facilidad elegante con que descendieron la escalerilla del Clipper. Y si Antonia se lleva tan bien con una chica como Concha, que a Camará siempre le ha parecido llana y noble, a lo mejor esa mujer, Lupe Sino, Antonia, guarda facetas que él mismo no ha conocido.

Entonces oye unos pasos raudos y atolondrados tras él. Se da la vuelta. Es ella.

—Me parece que ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar.

Antonia no responde a su sequedad y lo mira con ojos implorantes, cogiéndole la mano.

—Por Dios Pepe, no me hables así. Sólo quiero verlo un momento. Que sepa que he venido corriendo, que estoy aquí. Díselo, por favor. O déjame verlo. Por caridad.

Camará la mira durante unos segundos y recuerda su conversación con Domecq.

—Sabes lo que dicen los médicos. Te lo hemos explicado. Nada que lo perturbe. Si te viera aparecer, puede ser una emoción fuerte. Y si le digo que estás aquí, será lo mismo.

Se miran fijamente. A Camará comienza a sobrarle ese interludio. Quiere regresar al ala derecha de la planta, ver cómo sigue todo. Pero a la vez comprende a esa mujer.

—Antonia. Si te llama, entrarás a verlo. Te lo prometo. Tienes mi palabra de honor.

Ella asiente y después desaparece, al otro lado de la puerta que da al otro corredor. Cuando Camará deja de verla, distingue las luces del

Buick azul aparcando frente a la gran escalinata. Del coche salen Gitanillo, el doctor Luis Jiménez Guinea y su ayudante.
Llegan a la habitación y Manuel está completamente despierto. Son casi las cuatro y media de la madrugada. Se alegra mucho de ver a su médico. También entra en la habitación su amigo Juan Sánchez Calle, el cabo de la Policía Armada que le donó su sangre para la primera transfusión. Esa doble llegada parece haberlo animado.

—Pepe —le dice a Camará—, deme usted un cigarro.

Camará coge el paquete de Phillip Morris que hay sobre la mesilla, lo sacude por abajo y saca un pitillo. Entonces mira al doctor Jiménez Guinea, esperando su aprobación.

—Yo creo que se lo vamos a permitir —sonríe el cirujano—. Puedes darle unas caladas. Porque has sido un valiente, Manolo. Ha sido una cornada de caballo.

Manuel sonríe mientras Guillermo, a los pies de la cama, le prende el cigarrillo y se lo deja entre los labios. En un lado del cabecero está su sobrino Rafaelito Soria, Calín. Al otro, los doctores Jiménez Guinea y Tamames, los doctores Garrido y Corzo, Álvaro Domecq y Pepe Camará, que por primera vez comienza a relajarse; aunque hay algo invisible, como le ocurre a Guillermo, que todavía lo mantiene alerta. Al fondo de la habitación, pero muy atentas a los doctores, las hermanas Julia y Anselma. En el pasillo siguen los demás, porque los médicos indican que no es recomendable la impresión de una habitación llena. K-Hito y Antonio Bellón, que acaba de regresar del ala contraria, tras asegurarse de que Antonia ya se ha convencido de esperar, se mantienen en la puerta.

Manuel exhala hondamente la primera calada y deja escapar un largo suspiro.

—Lo que más siento de todo es el disgusto tan grande que se va a llevar mi madre.

No es la primera vez que la recuerda: le ha hablado mucho de ella a sor Julia Elorz. Hace una hora, ha aparecido Guillermo con un pequeño maletín que deja sobre la mesilla. Como Guillermo se va, Manuel se dirige a la religiosa con un hilo de voz casi quebrado.

—Hermana, ¿podría usted ayudarme?

—Por supuesto. Pídame lo que quiera.

—Dentro de ese maletín hay una fotografía de mi madre y una estampa de la Virgen de los Dolores. Mi mozo de espadas es un buen hombre, pero a veces es tan bruto —casi se ríe— que me trae el maletín y luego lo deja ahí encima, cerrado. Por favor, acérquemelas.

Sor Julia Elorz lo abre con cuidado, encuentra la estampa y la fotografía. Se acerca a la cama y se las deja muy cerca de los labios. Manuel las besa y después cierra los ojos.

—Aquí se las dejo —musita ella, colocándolas sobre el maletín—,

para que cada vez que abra los ojos se encuentre usted con la imagen de la Virgen de los Dolores y su madre.

Al rato llega Gabriel González. Es un banderillero al que Manuel tiene especial cariño. No ha querido pasarse antes por el hospital por estar convencido de que allí dentro seguramente habría demasiada gente; pero, a las cuatro y media de la madrugada, ha visto volver a los hermanos Balañá al Hotel Cervantes y le han dicho que Manolete se está recuperando. Eso le parece, que tiene buena cara. Manuel se alegra de verlo y le pide que se le acerque.

—Gabriel, necesito que me hagas un favor. Dile a Camará que traiga mis medallas.

Unos minutos después, aparece el apoderado con un estuche en el que guarda las medallas con las que siempre viaja Manuel: algunas de ellas pertenecieron a Guerrita y por eso les tiene un especial cariño. Antes de torear, siempre reza con ellas en las manos. Pepe Camará abre el estuche y se las va dejando sobre el pecho, una a una, hasta vaciarlo. Entonces el apoderado lleva la mano hasta la mejilla hundida de Manuel y se la acaricia.

—Ya sabes que no me gusta que fumes tanto. Pero esta noche te lo has ganado.

Manuel le sonríe con socarronería y deja caer su palma sobre la mano de Camará.

Guillermo barrunta algo mientras los ve, como si ese gesto lo inquietara: todos parecen convencidos de que Manolo ya está bien, pero él no va a fiarse hasta que no lo vea salir del hospital por su propio pie, lo que ahora mismo, todavía, le parece imposible.

Mientras sigue fumando, el doctor Jiménez Guinea hace un aparte con Camará y Domecq. Se acercan también los otros doctores, que continúan en un silencio expectante.

—Tiene razón mi colega Tamames en que lo que se ha hecho está muy bien y hay que felicitarlos, doctores, porque era muy difícil. Pero hay que hacerle otra transfusión.

—¿Cómo? —exclama el doctor Corzo, mirando a Garrido Arboleda con incredulidad.

—Luis —media Tamames—. Acaba de pasar un trauma muy severo. Ahora está bien.

El doctor Jiménez Guinea se muestra muy tajante y niega con la cabeza. Sor Julia y sor Anselma están muy atentas a lo que dicen, pero sólo aciertan a escuchar murmullos. Guillermo le quita el pitillo de la boca a Manuel, para que expulse el humo con facilidad.

—De nada sirve que ahora esté bien si luego puede estar peor. Imagino que me han hecho venir desde El Escorial para algo. Hay que revitalizarlo. Hace falta otra transfusión.

Fernando Garrido Arboleda permanece callado. Julio Corzo da un

paso al frente.

—Pues yo me opongo rotundamente. Ya intenté antes ponerle una más y la rechazó. Siempre hay un margen de azar, pero yo creo que si le hacen otra transfusión se lo cargan.

Luis Jiménez Guinea se queda en silencio y se dirige a Camará y Álvaro Domecq.

—¿Y ustedes qué opinan?

El apoderado y el rejoneador se miran de hito en hito. Camará se fija en los demás semblantes, que se han concentrado en él. Entonces le responde al doctor Jiménez Guinea:

—¡Eso, don Luis, es cosa de usted!

Jiménez Guinea y el doctor Garrido, quien ya lo ha salvado antes en la enfermería, se retiran a la habitación de al lado mientras el ayudante del cirujano jefe de Las Ventas comienza a manejar el cardi. El doctor Julio Corzo, que se ha negado tajantemente a esa transfusión, se queda para ver cómo se lleva a cabo. Lo acompañan sor Julia Elorz y sor Anselma García, atentas a los movimientos del ayudante del doctor Jiménez Guinea. Cuando la nueva sangre comienza a circular dentro de Manuel, él mira al doctor Corzo, al que desde su nebulosa confunde con Jiménez Guinea, y deja escapar un gemido. El doctor Julio Corzo se dirige al ayudante para que detenga la transfusión, pero Manuel no le oye: de pronto tiene la sensación de que la distancia del médico hasta la cama es mayor de la que creía, con su movimiento ralentizado bruscamente, hasta sumirlo en la quietud absoluta.

—Don Luis, no veo. No veo nada. Me duelen mucho los riñones.

A sor Anselma le sobrecoge la siguiente exclamación de Manuel:

—¡No veo, no veo nada! ¡Don Luis! ¡Que me quiten esto, que me voy a morir!

El doctor Corzo le retira el gotero. Llegan de la habitación contigua los demás doctores. Fernando Garrido corre hacia el ayudante. Luis Jiménez Guinea se detiene a dos metros de la cama, con una palidez sobrevenida, mientras Pepe Camará y Álvaro Domecq irrumpen desde el pasillo con Guillermo y Calín, que contrae las facciones todavía adolescentes de su rostro en una mueca de espanto. La sensación que ha tenido Julio Corzo de paralización del tiempo se extiende por la galería.

SEGUNDA PARTE

26. LA MAÑANA DE LA TORMENTA

La mañana de la tormenta la primera reacción de Camará es llevarse las manos a los ojos. No es un llanto: es un estallido silencioso detonado hacia dentro. Guillermo está petrificado. Mantiene el rostro inexpresivo: sólo parece fijarse en las leves convulsiones que agitan los sollozos del apoderado: nunca lo ha visto así. Calín se arroja sobre el cuerpo de su tío. Nadie le dice nada. Los doctores se miran: el doctor Jiménez Guinea continúa estupefacto, como si alguien acabara de estamparle una bofetada, mientras el doctor Garrido Arboleda se lleva las palmas a las sienes, con los ojos muy abiertos, pasándoselas hacia atrás, y el doctor Julio Corzo observa al doctor Jiménez Guinea, moviendo la cabeza de un lado a otro, con los labios entreabiertos y el mentón colgante en su caída. Su primo Cantimplas, Pelu, y Pinturas, miran hacia el lecho y ambos sienten que están fuera de ese espacio. Nadie quiere creer lo que está viendo. Chimo, desde la puerta, contempla la escena de la habitación y aprieta el pie contra el suelo de baldosas con furia contenida, como si estuviera aplastando una colilla. Sor Julia y sor Anselma se acercan a la cama: sus bisbiseos son una oración, pero nadie la escucha. K-Hito inclina la cabeza hacia delante y forma una pinza en la nariz con los dedos. Parrao, como Cantimplas y Pinturas, que aún lleva el traje puesto, mira la sangre bajo el cuerpo de Manuel, que ha movido su sobrino Calín al abrazarlo: las dos sábanas están empapadas. Hay unos charcos de sangre en el suelo, pero sor Julia se apresura a empaparlos en serrín.

Camará consigue, a duras penas, retirarse las manos de los ojos. Sujeta a Calín, apartándolo con firmeza y suavidad de su tío, sobre el que siguen brillando las medallas que le trajo antes, arracimadas sobre su pecho. *Vamos, muchacho, vamos. Tienes que recomponerte*. Camará ni siquiera entiende el sentido de sus palabras, pero consigue que le salgan con la misma naturalidad y apariencia de dominio sobre sus emociones que sabe que debe proyectar. Su mirada busca a Álvaro Domecq: el rejoneador quizá se muestra demasiado entero y eso le produce una sensación extraña. Se mantiene en la puerta, con Parrao y Antonio Bellón, que se ha descubierto y sostiene el sombrero blanco entre las manos sudorosas. A Camará le parece que Bellón ha adelgazado de golpe, porque lo ve de pronto esbelto, en una imagen turbia que comienza a tambalearse: el apoderado deja de sujetar a Rafaelito Soria y se sostiene a sí mismo, apoyado en los hombros del muchacho, porque está empezando a marearse. Domecq se aproxima a él, aunque no ha descubierto ese momento de debilidad. Camará lo ve acercarse. Se estrechan las manos en un primer instante y después se

abrazan en un choque corto y seco. Fuera, por la ventana, la inmensidad del paisaje oscurecido muestra sus primeros resplandores.

—Pepe —le susurra Domecq—, ahora hay que ir a avisarla. Si te parece voy para allá.

—No —responde a Domecq, deshaciendo el abrazo y mirando a las monjas—. Iré yo.

Camará se le queda mirando de hito en hito y después observa a su alrededor. Durante toda la noche ni siquiera ha querido imaginar el escenario que tiene ante él, como si el mero hecho de pensarlo contribuyera a aumentar las posibilidades de materializarlo. Rafaelito Soria, Calín, se ha separado de su tío, lentamente, para permitir que sor Julia y sor Anselma comiencen a quitarle la poca ropa ensangrentada que aún le queda. Las dos hermanas mueven las manos con eficaz delicadeza, sin apartar la vista del cuerpo enflaquecido y pálido que después lavarán. Le sacan de los brazos los restos de la camisa y la dejan caer: es entonces cuando el sanitario Juan Díaz Bausán, que acaba de incorporarse, porque forma parte del turno que comienza a las 5 de la mañana y, en cuanto ha llegado, ha sido enviado a la habitación 18, la recoge del suelo y la guarda en el armario. Por la ventana entra un olor muy intenso a tierra húmeda que va llenando la habitación y la refresca. Camará cree reparar en el desplazamiento de unas nubes oscuras.

27. UNA ETERNIDAD DESPUÉS

Teodoro Matilla sigue todavía preguntándose qué ha podido ocurrir con la cabeza de Islero cuando se descalza y cae sobre la colcha de la cama en su habitación del Hotel Cervantes. Tras la noche despierto, ni siquiera ha tenido ánimo para quitarse la ropa. Escucha unos gritos por el pasillo que le difuminan el agotamiento, se pone en pie de un salto, va corriendo hacia la puerta y la abre con brusquedad. Ve a Jesús, mozo de espadas del veterano Domingo Ortega, que está anunciado para la tarde siguiente, aporreando la puerta del maestro con los puños cerrados, como si pretendiera echarla abajo. La abre desde dentro el mismo Domingo Ortega, con esa reciedumbre toledana del gesto, y los dos hombres se funden en un abrazo. Descalzo aún sobre el pasillo, Teodoro ve aparecer por las escaleras a Pedro Balañá. Al reparar en su cara descompuesta, el representante sale de su abstracción y consigue comprender las palabras de Jesús, que se le han quedado suspendidas en el oído, igual que si las hubiera escuchado en otro idioma:

—¡Domingo! ¡Domingo! ¡Me acaban de decir que ya se murió Manolete!

Teodoro baja los brazos y Pedro Balañá va hacia él. Ellos también se abrazan y el empresario de la plaza de Barcelona y Linares se cobija en el pecho de Teodoro, durante varios segundos, para ocultar su llanto. A Teodoro casi lo conmociona ver así a Balañá, para quien lleva años trabajando, que se aferra a él con fuerza. Después de unos instantes, Pedro Balañá se aparta mientras se fija en sus pies descalzos. Domingo Ortega ha dejado abierta la puerta de la habitación: seguramente se esté vistiendo. Jesús, mientras, va al final del pasillo. Pedro Balañá se seca los ojos y la boca con un pañuelo.

—Cálzate, Teodoro. Pepe y yo te esperamos abajo y vamos los tres juntos. A mí me lo han contado Domingo Dominguín y el doctor Tamames, que ya han vuelto al hospital.

Mientras Teodoro se pone los zapatos y se refresca la cara, Jesús aporrea otra puerta. Se abre y aparece Francisco Cano, Canito, el fotógrafo que la tarde anterior ha recogido todas las instantáneas posteriores a la cogida. Se había mareado en la enfermería y le había pedido al mozo de espadas de Ortega que, si pasaba algo, por favor lo avisara. También se ha acostado con la ropa puesta. Se levanta al escuchar los golpes. Cuando enciende la luz y ve que son más de las cinco de la madrugada se imagina el desenlace. Siente un ahogo incisivo y respira ávidamente: se ha quedado sin aire. Se cuelga el equipo al hombro y abre la puerta. Los dos se miran y asienten en

silencio.

Cuando Canito baja las escaleras, acompañado de Domingo Ortega y de su mozo de espadas, ven subir a un taxi a los hermanos Balañá y Teodoro Matilla. Canito pasa al asiento trasero del Packard de Domingo Ortega, que deja el volante en manos de Jesús y se hunde en el asiento del copiloto, con el codo en el borde de la ventanilla. La ha bajado, porque siente un cierto ahogo. Cuando el mozo de espadas pisa el acelerador, Canito escucha la voz reposada y áspera del diestro, como si estuviera hecha de esparto, con la misma resignación de sus padres labradores.

—No hace falta que corras, Jesús. Precisamente ahora ya no tenemos prisa.

Los dos coches llegan casi a la vez al hospital. Comienza a abrirse ligeramente el cielo sobre la cúpula, que parece estar rasgando su manto de oscuridad. Canito no espera a sus acompañantes y sube la escalinata saltando los escalones. No le sorprende el recibidor vacío. Escucha los murmullos que vienen del ala derecha de la planta y se dirige hacia allá. Siente tras de sí los pasos rápidos de los hermanos Balañá. Se interna en el pasillo y lo recorre en varias zancadas, hasta llegar a la habitación del fondo, en cuya puerta distingue a algunos de los miembros de la cuadrilla, abrazados entre lamentos.

Manuel ya ha sido amortajado cuidadosamente por Camará y Álvaro Domecq. Tiene la mandíbula encajada por la venda que se la sujeta. Se la han pasado bajo la barbilla y sobre las sienes, atándosela en la coronilla, para impedir que se le abra la boca. La posición yacente del cuerpo se ajusta bajo la tela blanca que lo envuelve, quedando únicamente las manos a la vista. Otro trozo de tela las mantiene unidas, con los dedos entrelazados y un pequeño crucifijo entre ellos, inclinado, como si estuviera a punto de caer hacia atrás.

En el centro de la serie de las fotografías que comienza a hacer Canito, destacan los barrotes blancos del cabecero de la cama: inmaculados, con una solidez pulcra que parece marcar una puerta invisible sobre los azulejos igualmente blancos de la pared. Teodoro Matilla se mantiene a la izquierda de la cama, con las manos atrás, mirando con fijeza el perfil muy afilado de Manuel. Al lado están el Pipo y Cantimplas, que se sostiene sobre el borde curvado del cabecero, con los dedos mesándose la mata de pelo, como si sus facciones aguileñas estuvieran pendientes del vacío y fueran a precipitarse sobre el lecho. En el otro lado del cabecero, también apoyada sobre el codo, Concha, acompañada de El Yoni, y, junto a ella, Carnicerito de Málaga. Delante de los dos, sentada junto a la cama, con el rostro todavía desencajado pero sorprendentemente sereno, está Lupe Sino, Antonia. El cabello largo ondulado le enmarca las mejillas, dejando despejada la luminosa frente. Tiene la rebeca sin

abrochar sobre el vestido negro y las manos unidas. Con el talle hacia delante, sigue absorta en sus ojos cerrados, como si le rezara en silencio. En todas las fotografías que le hace Cano la mirada de Antonia aparece perdida en un punto invisible del rostro de Manuel: como si bajo esos párpados definitivamente caídos todavía percibiera la presencia de un mundo y quisiera pasar a ese otro lado. Por eso en las imágenes no parece una mujer al inicio del duelo, sino expectante, como si algo en ella no creyera aún todo cuanto percibe a su alrededor, esas voces que gimen, las lágrimas de Camará, la expresión paralizada de Guillermo o la desolación de Calín, y sólo ella supiera que, en algún momento, esa fotografía dará paso a una realidad que en la que nadie cree, el momento siguiente a esa negación que ella mantiene a todo cuando dictan sus sentidos.

Cano sigue disparando y acaba el carrete: *Levántate*, parece decir Lupe sin despegar sus labios carnosos, inmutables, como si de verdad creyera que puede despertarlo con su rezo.

28. LA HABITACIÓN DEL HOTEL

Cano fotografía a Camará tapándose la cara con las manos. Al fondo está Antonio Bellón, con los brazos en jarras, moviendo la cabeza descubierta de un lado a otro. Sólo una hora después, en una mesa baja de teléfono se empiezan a amontonar los telegramas que Chimo recopila, en un fajo; está apoyado en la pared, hipnotizado por la lectura y con el pelo engominado hacia atrás. Tiene el rostro esculpido en una sustancia frágil, casi líquida, mientras los va leyendo de uno en uno. Hace un rato que ha llegado Luis Miguel Dominguín, que se ofrece a Camará para sumarse a sacar el ataúd. Francisco Cano lo retrata con una camisa blanca remangada que muestra sus brazos finos, nervudos en su fuerza extendida hacia delante cuando bajan la misma escalinata que, sólo unas horas antes, también subieron con ese cuerpo a hombros, en una camilla, cuando aún latía la vida dentro de él, cuando no había aún ese gentío que ahora se agolpa en la fachada del Hospital de los Marqueses de Linares, junto a la ambulancia de la Cruz Roja que Cano también fotografía. Lo llevará hasta Córdoba, solamente con Camará, Guillermo y Calín dentro.

Cuando acaba el reportaje, Francisco Cano conduce hasta Baeza. Antes de subirse al coche, Pelu, llamado Cantimplas, el primo de Manuel, le ha cogido del brazo y le ha hecho mirar arriba: *Ten cuidado, Canito, porque va a caer un tormentón*. Efectivamente: ya se ha concentrado un macizo de nubes sobre Linares que después lo persigue, por la carretera de adoquines, hasta que entre rayos y truenos que hacen temblar el coche logra aparcar en la entrada de la estación de Linares-Baeza. Entrega los carretes al jefe del tren que va a salir para Madrid: irán a Atocha a recogerlos unos familiares suyos, que los llevarán a las redacciones de los periódicos. Después, sin que nadie se lo haya pedido, aunque el súbito temporal arrecia y sigue lloviendo a cántaros, conduce en dirección a Córdoba. Pero no lo hace para fotografiar el cortejo fúnebre multitudinario, sino para sumarse a él.

Antes de subir a la ambulancia, Pepe Camará vuelve a entrar en el Hotel Cervantes y sube a la habitación. Encuentra sobre el plato del almuerzo las mondaduras de la fruta y el cuenco en el que ya se han endurecido los restos de yema, con forma de hebras, del huevo pasado por agua del almuerzo de Manolo. Guillermo llegará poco después para recoger la ropa y llevársela a doña Angustias; pero, algunas cosas, le ha dicho Camará que prefiere recogerlas personalmente. Abre el maletín sobre la cama, que aún sigue deshecha, y vuelve a ver las medallas de oro que Guerrita le había regalado para que las llevara al

torear. Sobre la mesilla de noche, brilla el reloj Longines que Manuel se compró en Lisboa hace siete años. Y dentro del cajón, junto a su pasaporte, está también el guante blanco de piel que una aficionada le lanzó una vez a la arena en la plaza de Barcelona. Manuel lo ha llevado entre sus cosas desde entonces y lo ha tocado siempre antes de torear.

Pepe Camará vuelve a contemplar las sábanas arrugadas tras la brevísima siesta, el plato sucio y el cuenco sobre la mesa y el contenido de su maletín: unas medallas, un reloj, un pasaporte y un guante de mujer. Súbitamente le viene la última imagen de los dos ahí dentro, en esa habitación: Manuel de pie, con el traje de luces y la planta apoyada en un taburete bajo, y Camará abrochándole los machos de la taleguilla. Es el último gesto, tras vestirlo el mozo de espadas: siempre sentado o agachado, delante de Manuel, apretándole bien esos cordones que sólo le anuda él.

Cierra el maletín y vuelve a llevarse las manos a la cara. Fuera, el cielo atruena con violencia, pero entre la muchedumbre creciente que la rodea nadie se aparta de la ambulancia, a pesar del aguacero y de la sorprendente negrura matutina en las nubes. Guillermo empuja la puerta entreabierta y ve llorar a Camará. No se decide a entrar. Está delante de un padre que ha perdido a su hijo.

29. EL SILENCIO SONORO

A Juan Díaz Bausán le impresiona el silencio. Nunca ha visto una multitud semejante en la fachada del hospital, que incluso se mantiene mucho después de que la ambulancia se haya marchado a Córdoba. Por la mañana, cuando más arreciaba la tormenta, las mujeres han ido llegando en oleadas, muchas de ellas desgarrándose en gritos y en lamentos, como si esa muerte les hubiera traído la remembranza de otros duelos todavía recientes y ese hombre fuera, de alguna manera, el reflejo del hermano, del padre o del esposo muertos en la guerra. Ha habido un flujo de cuerpos encogidos en la sombra alargada del luto que al joven sanitario le han recordado el final de la contienda, cuando en cada esquina de Linares habitaba un silencio de dignidad o de culpa, con un dolor palpable en los ojos gastados de hombres y mujeres que han tenido al espanto mirándolos de frente. Muchos de ellos han seguido ahí, sentados sobre los escalones de la entrada, como racimos extendidos bajo el sol grisáceo que ha ido apareciendo después de la llovizna, fumando con las miradas extraviadas o hablando entre susurros. El enfermero Juan Díaz Bausán, que no ha asistido a las operaciones porque ha empezado su turno a las 5 de la madrugada, recuerda cómo le ha impresionado la salida del hospital de la artista de Madrid. No sabía que era una actriz, al parecer famosa, porque no tiene costumbre de leer las revistas de cine y varietés; pero sor Anselma se lo ha dicho, entre cuchicheos, cuando han pasado el cuerpo amortajado al interior de la caja, todavía con el crucifijo entre los dedos. Le han dejado al cuello una de las medallas de oro que antes había tenido sobre el pecho y las demás las ha recogido antes su apoderado. Ha tenido que traer más serrín, porque el que había esparcido por el suelo sor Julia Elorz minutos antes no había sido suficiente: había nuevos charcos bajo la cama, o han aparecido cuando han desplazado el cuerpo. Juan ha echado encima medio cubo de serrín, hasta cubrirlos.

La artista de Madrid se ha quedado dentro de la habitación cuando todos los demás se han ido. En la misma silla, en la misma postura que ha mantenido antes junto al cuerpo que ahora solamente es una ausencia en el colchón vacío: inclinada hacia delante, ahora ya con los codos apoyados sobre las rodillas y la espalda curvada, con el cansancio y la tensión dejando caer el peso de la noche sobre sus hombros trémulos, todavía cubiertos por la rebeca azul. Junto a ella permanece otra mujer: se ha acercado una silla a su lado y le pasa el brazo por la espalda, que en ocasiones se agita, como si le entrara un temblor que viene desde lejos para sacarla de su ensimismamiento. A

pesar de tener el rostro contraído, a Juan le ha parecido una mujer muy guapa. Habría que contemplarla con una sonrisa y los labios pintados. No se ha movido de ahí hasta bien entrado el mediodía. La mayoría de los presentes, pertenecientes a la cuadrilla o a su grupo de amigos más íntimo, se ha despedido de ella con distante respeto y ella se ha esforzado en corresponderles. Sólo uno de ellos se ha acercado a la muchacha con una actitud que a Juan le ha parecido cariñosa: tenía el pelo engominado hacia atrás, apelmazado, el rostro anguloso y una expresión anárquica en el gesto despectivo y vidrioso, pero dulcificado al agacharse frente a ella, cogiéndole las manos, cuando todos se habrían marchado y lo estaban esperando abajo, como si verdaderamente le estuviera dando el pésame, sin hablarle, al mirarla a los ojos.

Quizá no esperaba, cuando se ha levantado parsimoniosamente de la silla, que todavía hubiera gente en la escalinata del hospital. Sor Julia Elorz ha decidido quedarse hasta que ella se vaya: está agotada tras la noche en vela, con toda la tensión acumulada más allá del cansancio, pero algo que no logra identificar la ha conmovido y prefiere quedarse cerca de esa mujer. Lo hace sin pronunciarse: simplemente permanece allí, atenta a la figura postrada sobre la silla mientras ordena con cuidado el material. También sor Anselma, que pasa la fregona otra vez sobre el piso, en el que aún quedan unos restos minúsculos de serrín. La acompaña, en idéntico mutismo, el sanitario Juan Díaz Bausán, que tras cambiar las sábanas y cruzar una mirada con las religiosas observa con discreción a las otras dos mujeres. La que está sentada junto a la más guapa no le retira la mano de los hombros y le susurra algo. La artista de Madrid cabecea levemente de lado a lado, como si estuviera valorando lo que la otra acaba de proponerle, y finalmente asiente, musitando unas palabras que parecen sorprender a su acompañante. Esta mujer entonces se levanta, mira fugazmente al sanitario y se dirige a sor Julia Elorz. La hermana de la Caridad confirma con un movimiento rápido de la cabeza y salen de la habitación. Quiere hablar con el médico de guardia: Concha está preocupada por Antonia. Juan Díaz escucha los pasos alejándose de las dos mujeres por el mismo pasillo que, hasta hace apenas unas horas, estaba ocupado por los miembros de la cuadrilla, los amigos y las decenas de aficionados que habían ido entrando en el hospital al extenderse la noticia de su fallecimiento. El corredor se ofrece vacío, con el silencio áspero al otro lado de las cristaleras, en las que todavía amenaza con volver a romperse el cielo de tormenta.

La mujer no aparta los ojos de sus manos, unidas sobre las rodillas. Se mantiene en esa postura lo que tarda en regresar su amiga, a la que sigue a cierta distancia sor Julia. Al sanitario le sorprende que, en esos diez minutos, la muchacha no se haya desplazado ni un ápice, sin

dejar escapar ni el más leve suspiro. Algo indefinido parece desprenderse de ella y quedarse ahí, ingrávido, dentro de la habitación, sobre la cama vacía o en el suelo ahora reluciente, cuando la otra mujer le dice algo y la ayuda a levantarse de la silla. Juan piensa, cuando la ve de frente, ya de pie, que nunca ha visto una mujer arrasada por el dolor que le parezca tan guapa. Tiene la sensación de que se guarda otra belleza dentro: mucho más recóndita y salvaje, mucho más luminosa en cada movimiento de sus pasos.

Cruzan el pasillo y se encaran con la puerta principal, deteniéndose durante unos segundos, como si atravesarla fuera un nuevo reto con el que no contaban ninguna de las dos. La artista de Madrid va colgada del brazo de su amiga y anda con pasos medidos, como si temiera pisar en falso y hundirse en un pozo invisible: viendo sus pies pequeños, en unos zapatos veraniegos de medio tacón, y el temor con el que se desplazan, Juan Díaz Bausán observa el suelo con una inquietud sobrevenida, como si debajo de las baldosas quizá se agazaparan presencias invisibles. Comienzan a bajar las escaleras, con las dos hermanas de la Caridad siguiéndolas de cerca y el sanitario a continuación. Forman un cortejo que llega con retraso al escenario, pero los espectadores se han mantenido en sus butacas por una mezcla de curiosidad y misericordia, mientras fuman y tratan de secar sus ropas humedecidas bajo el sol de yema que comienza a esparcirse. Cuando aparecen, la mirada silenciosa de la muchedumbre cae sobre ellas con aplomo invisible y el aire les parece más pesado. A medida que descienden por las escaleras, la gente se desplaza hacia ambos lados para abrirles paso o se incorpora, descubriéndose y bajando respetuosamente las cabezas. Juan Díaz Bausán no puede evitar imaginarse que están en el mar Rojo y esa evocación vuelve a traerle la imagen del suelo cubierto de serrín. Hace mucho calor, casi bochorno, cuando las dos mujeres se detienen ante el coche negro que ha ido a recogerlas.

30. LA CAMISA RASGADA

Juan las ve alejarse y vuelve a entrar. Le queda por completar el resto de su turno, pero sor Julia y sor Anselma se despiden de él. En sus rostros se afila el agotamiento y la decepción ante el desenlace: es más evidente cuando se quedan solas. El doctor Garrido Arboleda ya se ha despedido, Julio Corzo ha regresado a Úbeda y el doctor Jiménez Guinea salió por la mañana temprano en dirección a Madrid. Vuelve a conducir el torero Manolo Navarro, que sólo está pendiente de la carretera. K-Hito entrevista a Luis Jiménez Guinea, dentro del coche, y el doctor se muestra perplejo al preguntarse en voz alta qué ha podido salir mal. *Son casos en los que a los médicos no nos queda más que reconocer nuestra impotencia. Se ha hecho todo lo humanamente posible por salvarlo*, responde con serenidad a Ricardo García, K-Hito, mientras el doctor Julio Corzo llega a su consulta en Úbeda para anotar pormenorizadamente, en una de sus libretas, todo lo que ha ocurrido esa madrugada. Lo ha ido estructurando al conducir, porque tiene la seguridad de que antes o después alguien aparecerá en Úbeda para preguntarle por su versión de los hechos, que tiene bastante menos que ver con esa impotencia posible de los médicos, tan comprensible en muchas ocasiones, como él conoce bien, que con una decisión unilateral sobre la última transfusión. Duda que pueda olvidar lo que ha vivido y presenciado en la enfermería de la plaza y en el hospital, pero necesita la certeza de saberlo fijado por escrito. Cuando termina la redacción, la revisa, corrige algunos detalles y la da por buena.

Unas horas después, al terminar su turno, el sanitario Juan Díaz Bausán se dispone a salir del hospital. Ha sido una jornada relativamente tranquila desde la partida de las dos mujeres. Sabe que la artista se llama Lupe Sino y que su acompañante es la esposa de otro torero, El Yoni, a quien ella había llamado para que enviara el coche que las ha recogido. Nadie sabe hacia dónde se dirigen. Juan ha aprovechado la relativa serenidad del día para escuchar la radio, que no deja de informar sobre la cogida, las complicaciones médicas y el luto internacional. Le ha sorprendido que periódicos de otros países también se hagan eco de la tragedia. Especialmente, le ha llamado la atención el tratamiento del *New York Times*, tal y como ha escuchado varias veces: *Manolete, 30, muere corneado por un toro. Toda España llora a su más grande matador*. Y él ha estado ahí, hasta el final, con esas dos mujeres. Pero nadie menciona a Lupe Sino, a pesar de seguir radiando la noticia con las narraciones de su vida, condensada de pronto en varias biografías sucesivas que ofrecen la visión más oficial

del hombre, en la que no parece encontrar sitio esa mujer guapa de la rebeca azul, que se ha quedado dentro de la habitación 18 hasta que su amiga ha vuelto para decirle que había llegado el vehículo.

A media tarde, la emisora local conecta con Radio Córdoba. Juan Díaz Bausán se quita lentamente la bata y sube el volumen, porque le parece que debe de ser importante lo que tengan que decir de Manolete desde su ciudad de nacimiento. Mira a través de la ventana: el sol ha vuelto a brillar, sin restos del medio tormentón repentino de la mañana. No habla, sino que declama, el locutor Manuel García Prieto, con voz colérica y amarga.

—¡¡Han matado a Manolete!! Ya estarán contentos los chacales. Los que vociferaban, los que aullaban envidiosos e impotentes, emboscados, agazapados en las cunetas del camino de gloria, que recorría el triunfador, el ídolo, el elegido… Ahí lo tenéis. No volváis la cara con espanto, horrorizados de vuestro delito. Vosotros, plumas venales que queríais poner tasa y precio al arte maravilloso de Manuel Rodríguez. Vosotros, públicos inconscientes de todas las plazas, que increpabais sedientos de sangre al mejor torero del mundo, ahí lo tenéis. Frío y yerto —así termina, o quizá es él quien se decide a apagar la radio.

Antes de salir del hospital, el sanitario Juan Díaz Bausán se acuerda de la camisa rasgada que le quitaron sor Julia y sor Anselma para prepararlo, antes de limpiar el cuerpo que luego han amortajado con celo Camará, el apoderado, y Guillermo, el mozo de espadas. Juan la recogió del suelo y la guardó en el armario del fondo. Le llama la atención que, a lo largo del día, mientras ha continuado escuchando la radio, no ha vuelto a recordar que sigue ahí dentro: ha estado a punto de marcharse sin ella. Le resulta curioso razonar que si alguien llegara en ese momento no encontraría un solo detalle que pudiera hablarle acerca de la tragedia que se ha vivido allí durante la madrugada. Es como si la muerte permaneciera fuera de esos muros, contenida apenas por el rosedal de la entrada, en su recuerdo casi somnoliento y en la voz airada del periodista que todavía resuena en su cabeza. Camina hacia el armario y vuelve a abrirlo: ahí sigue, arrugada y solitaria, sobre la misma balda en que la dejó por la mañana. Coge el trozo de camisa blanca y lo extiende despacio: casi podría decirse que la sangre acaba de empapar la tela.

31. LARGAS VOCES DEL DÍA

El locutor de Radio Córdoba no es el único que muestra ira o perturbación. Juan Mari Pérez-Tabernero, el matador de toros de Salamanca, lleva compartiendo los últimos inviernos con Manuel en su finca familiar de San Fernando. Entrenan y pasean por la dehesa iluminada bajo el sol de febrero. Si no hace demasiado frío, Manuel suele perderse debajo de una encina para pasar el mediodía leyendo biografías de Stefan Zweig, que últimamente se han impuesto, entre sus preferencias, a los libros de historia que Guillermo siempre ha incluido en su equipaje. Desde que lo conoció, a Juan Mari le ha impresionado esa hombría de bien que sale al frente bajo su sencillez de niño. El torero salmantino está viajando en un coche-cama hasta San Sebastián cuando un empleado de Renfe, que lo ha reconocido en la estación de Salamanca, lo despierta. No olvidará el rostro conmocionado que se encuentra al abrir: *A Manolete lo ha matado un toro*. Cuando le sigan preguntando por su primera impresión de esa madrugada de agosto, Juan Mari Pérez-Tabernero seguirá respondiendo: *Se me heló el corazón. Lo quise tanto como a un hermano*. Tardará varios segundos en asimilar esas siete palabras. Cierra la puerta de su coche-cama y todavía no llora, pero permanece en silencio, unos minutos, ante los primeros resplandores del alba.

Luis Miguel Dominguín, que cuando ha regresado al hospital ya lo ha encontrado muerto, lleva todo el día recordando la primera vez que lo vio. Es apenas un niño. Manuel torea como novillero en la plaza de Tetuán de las Victorias en 1935. Esos doce años de distancia le parecen ahora a Dominguín, mientras aún resuenan en su cabeza los truenos del amanecer sobre Linares, una eternidad: poco después, en el verano de 1936, cuando sea utilizada como polvorín, la plaza estallará en un accidente. Pero en 1935 todavía es la plaza de Tetuán de las Victorias y el niño Dominguín se queda atónito ante un hombre que se fija en la trayectoria por la que entran las pezuñas sin mover los pies del sitio. Eso lo sobrecoge, porque no sabía que pudiera torearse así. Sin embargo, aún no controla del todo esos terrenos el joven novillero y por eso el traje acaba desgarrado, hecho jirones; el toro lo derrumba varias veces y tiene el flaco rostro amoratado. Al niño Dominguín, cuando se fija en su expresión resignada y seria, ese hombre le parece un Cristo cubierto por un traje de luces. Sólo tiene 9 años, pero ya conoce y sabe distinguir que ese torero todavía no dispone de los recursos técnicos precisos para la cercanía que está asumiendo. Sin embargo, le asombran el valor de su quietismo, esa perseverancia y tanta honestidad.

Entonces, justo detrás de él, alguien lo saca de su ensimismamiento al exclamar:

—¡Vete a Córdoba, *chalao*!

El niño se vuelve despacio, encarándose con el espectador, sin gritarle, y susurra:

—El *chalao* lo será usted, imbécil.

Cuando se mira las palmas, todavía le parece ver a Luis Miguel Dominguín las marcas del filo del ataúd que han sacado a hombros del hospital. Se las frota despacio, intentando borrar sus huellas invisibles, mientras reflexiona acerca de su nueva soledad y recuerda la frase de Manuel. Ahora va a comprobar, de verdad, si heredará sus enemigos. Mira al cielo: desde la tarde anterior no ha transcurrido solamente un día, sino una época.

Esa noche pasada, en Madrid, Agustín Parra, Parrita, está celebrando su santo. Después de cenar, sobre las once, mientras están escuchando un recital flamenco, suena el teléfono. Parrita recuerda lo que le ha dicho su madre al mediodía, cuando ha vuelto del mercado: *Esta mañana, niño, he visto en el cielo un pájaro muy raro*. Ahora llega del despacho y le dice que quien está al teléfono es Manolo Belmonte, el empresario de la plaza de toros de Almería. Parrita piensa que esa llamada es extraña, aunque al ser su onomástica todavía cabe la posibilidad de que quiera felicitarlo. Pero la voz del empresario, al otro lado del teléfono, no es celebratoria. Al escucharla, un soplo lúgubre cruza el espinazo de Agustín y se va adentrando por el salón de su casa. Los cantaores se miran y a uno de los guitarristas le entra un temblor súbito en los dedos.

—Agustín, perdona que te moleste tan tarde, pero nos ha surgido una complicación con la que ninguno contábamos. Te llamo porque necesito que vengas mañana a Almería.

—¿Mañana? —se extraña Parrita—. Si tienes el cartel cerrado. ¿No toreaba Manolo?

—A Manolo —coge aire— un toro de Miura le ha dado un *tabaco* fuerte en Linares.

Silencio rígido. Le responde que sí, pero Agustín ya está pensando en despedirse y llamar cuanto antes a Eduardo Bermúdez, representante en Madrid de Pepe Camará. Mira a su alrededor, se fija en las demás caras y entiende que la fiesta se ha desvanecido. Después de colgar, busca el número de Bermúdez. Lo marca y le descuelga rápidamente.

—Eduardo, aquí Parrita. Me dicen que Manolete está grave. ¿Tú sabes algo más?

—Manolo está muy mal. Estamos intentando localizar al doctor Jiménez Guinea. Si tú tienes manera de encontrarlo, dale el recado de que se vaya con urgencia para Linares.

Pero Parrita no consigue dar con el doctor Jiménez Guinea, que

llegará a Linares en el Buick azul con el que lo interceptará, en Valdepeñas, Gitanillo de Triana. Lo que sí consigue, esa misma noche, es reunir a toda su cuadrilla y emprender el viaje hacia Almería. Justo al llegar a Murcia, de madrugada, cerca de una esquina, están a punto de atropellar a un borracho. Cuando se bajan del coche y lo conminan a invitarlo a un café, él se los queda mirando, bajo la claridad lunar, con una lucidez que deja atrás su gesto enfebrecido.

—Ha muerto Manolete, ha muerto Manolete —le dice a Parrita, que lo sostiene por los brazos para que no se derrumbe sobre el piso del bar al que lo llevan, como poseído.

Ninguno de ellos se lo cree. Lo dejan allí, le pagan un café y siguen conduciendo.

Pero antes de llegar a Almería distinguen, ya por la mañana, un coche en el arcén. Hay un hombre apoyado en el capó: es Rafael Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana, que esa tarde también torea en Almería, donde compartía el cartel inicial con Manolete, al que ahora va a sustituir Parrita. Cuando bajan del coche, Gitanillo y él se miran. Se abrazan y Agustín comprende que lo que les había dicho aquel borracho alucinado en Murcia era verdad: su maestro, al que ha querido como a un hermano mayor, del que lo ha aprendido todo, ha muerto. Es entonces cuando el cielo le cae de verdad sobre los hombros. Esa tarde hacen el paseíllo entre llantos Parrita, Gitanillo de Triana y Juanito Belmonte. El hijo natural de Juan Belmonte es un hombre rico y culto que, habiendo podido elegir otro tipo de vida, quizá para ganarse el respeto de su padre, que lo reconoció en cuanto comenzó a torear, ha escogido afirmarse y pisar sobre la misma arena. También está entristecido: esos últimos años no ha tenido un amigo tan fiel y noble como Manolete.

Gitanillo torea finamente de muleta con la izquierda, como enajenado. De pronto se queda frente al toro y le grita: *¡Mátame si quieres! No me importa morir como él*. A Juanito Belmonte, que ha compartido cartel con Manuel muchas tardes, le dan las dos orejas por su faena, entregada y dramática; pero las rechaza. Lleva todo el día pensando en doña Angustias, la madre de Manuel. En ese momento, cuando le llevan las dos orejas y él niega en silencio, sin musitar palabra, sabe que nunca volverá a torear. No es miedo, sino un respeto profundo al dolor que lo oprime. El drama ha terminado para él. Sale de la plaza y telefonea a Consuelo, su madre, para decirle que ya no tendrá que sufrir más.

Tampoco Fermín Rivera puede imaginarse, en la última corrida que comparte con Manuel en México, ese mismo año, en la plaza de Mérida de Yucatán, que sólo unos meses después recibiría la noticia de su muerte antes de torear en la plaza de Nimes. Fermín Rivera siempre recordará los días azules de Manolete en México, cuando parecía

olvidarse de sí mismo y se entregaba a una felicidad en la que se descubría con una nueva plenitud, sin tener que pensar en las necesidades de otros, como aquella vez en que se arrancó a cantar en la fiesta de Silverio Pérez. Cuando hace el paseíllo, apoya bien los pies en la tierra dorada de la plaza de Nimes, ese anfiteatro romano que ve curvarse el sol sobre la arena, y siente la presencia celeste de unos ojos que parecen mirarlo desde arriba.

Carlos Arruza acaba de llegar a Biarritz. El mejor cómplice mexicano de Manuel está evocando algunas anécdotas de la última feria de abril, en que no han toreado ninguno de los dos, con Enrique Vargas, su amigo y mozo de espadas, que también es testigo de varias andanzas, como cuando llegaron al alba y la madre de Carlos, doña Cristina, le espetó a Manuel: *¡Pero vaya horitas que tenéis de acostaros!* A lo que Manolo contestó, con una sonrisa dulce: *Pero doña Cristina, ¿más temprano todavía quiere usted que nos vayamos a dormir?* Arruza evoca una de esas noches, cuando Manuel y él acabaron en el muelle de Sevilla, invitando a botellas de vino a los obreros portuarios. No podían creerse que Manolete y Arruza aparecieran de pronto, al amanecer, para brindar con ellos. Cuando Enrique los ve, desde que arreglaron su rivalidad con aquella paella de Valencia, tiene la impresión de que son los amigos más nobles. En la plaza, se esfuerzan honradamente por superarse entre sí: pero, cuando están juntos, son hermanos.

Enrique Vargas abre el ejemplar de *Le Monde*, pero sólo Arruza parece reparar en la portada. Se lo quita violentamente, lo lee, ve las fotografías y se lleva las manos a la cara. Enrique Vargas contará que nunca había visto antes a nadie, hombre o mujer, llorar sin tregua más de dos horas seguidas. Carlos se encierra en su habitación: no quiere hablar con nadie. Pero sólo un día después tiene que prepararse, porque ese domingo toreará en Beziers.

Enrique lo despierta siguiendo el ritual acostumbrado, pero algo se ha alterado dentro de su rostro, como si no se hubiera despertado realmente. Le pone el traje de luces en absoluto silencio y Enrique observa su mirada líquida. En el primer toro, Arruza sigue presa de un sonambulismo que tampoco abandona ante la presencia del astado. En el segundo, sin desliar la muleta, lo derrumba de una estocada.

—Carlos, por Dios, dime qué ha sido eso. Lo has matado sin darle un solo pase.

Le sorprende su expresión, que casi ha quedado suspendida dentro de la vigilia. Le responde alargando mucho las palabras, que consigue acabar con dificultad, y muestra todavía una mirada translúcida.

—No lo sé. Cuando me despertaste, soñaba que un toro me estaba destrozando igual que a mi hermano Manolete en Linares. Creo que ahora, en la plaza, he seguido soñando.

Quien no sueña esa noche es Eduardo Miura. Recibió el encargo de continuar con la ganadería seis años antes, de mano de su padre, Antonio Miura, y de su tío José. Lleva la cuenta de sus números con él: nada menos que una novillada y ocho corridas de Miura suma Manuel a sus espaldas. La noche del 28 Eduardo está en la finca Zahariche y escucha la noticia por la radio. Ya le ha llegado el telegrama de su mayoral, que se lo ha enviado a Lora del Río, como cada día de corrida: *Manolete cogido grave. Antonio*. Pocas horas después, por la mañana, Antonio le llama y le cuenta el desenlace. Cuando Eduardo Miura recibe la noticia de la muerte no ha desayunado todavía. Toma un café negro y echa a andar. Piensa en los tentaderos con él en la finca Los Castellares, en esa plaza que hicieron construir su padre y su tío. Evoca su silencio y su prudencia. El gesto sereno y el respeto con que se interesaba en todo lo relacionado con el cuidado del toro de lidia. Lo recuerda acostándose temprano, para poder madrugar al día siguiente y empezar a entrenar pronto, o leyendo bajo la higuera, siempre tranquilo, sin que nada lo molestara. La madre del toro que lo ha matado acaba de parir. Mientras pasea y comienza a clarear el día nublado, decide que la sacrificará. Después mandará disecar su cabeza.

Mientras Eduardo Miura reflexiona, ya al mediodía, que debe esperar al herradero de la nueva cría antes de sacrificar a Islera, dos mujeres salen de Linares en un coche negro. El marido de una de ellas, que también es torero, es quien lleva el volante. Podrían haberle pedido un taxi o buscarle otro coche, pero no quieren que nadie pueda contar luego hacia dónde se ha dirigido. De hecho, Concha ha comenzado a decir a quienes le ha preguntado que regresarán a Madrid con Domingo Dominguín, aunque hace ya varias horas que salió de Linares. Suben al automóvil cuidadosamente, moviéndose con lentitud. La otra mujer se acurruca contra la puerta, envuelta en su rebeca azul. Trata de cerrar los ojos, pero no puede. Van dejando atrás la fachada gótica del Hospital de los Marqueses de Linares, como una presencia fantasmal difuminada por la lejanía, cuando Concha se acomoda cerca de Antonia, que se cobija dentro de su abrazo. Ella sí que hubiera preferido llevarla a Madrid: cree que sería lo mejor para Antonia. Pero ya está decidido y no va a dejarla sola. Le percibe la respiración más relajada. Su marido, El Yoni, arranca el coche. Siente cierto alivio desde que escucha el bramido del motor y empiezan a ganar velocidad.

32. UNA MUJER CON PAÑUELO ENTRE LA MULTITUD

El silencio sonoro se hace cuerpo en la floristería Santa Marta, en Córdoba, cuando Rafael Prieto reconoce a la mujer que acaba de cruzar la puerta. Se pasea entre los centros de claveles y rosas de varios colores, gladiolos y jazmines con majestuosidad. También se acerca a las macetas pequeñas con romero, tomillo y lavanda. Pasa la mano suavemente por encima, acariciando el aire sin rozar las hojas de las plantas y se acerca la mano a la cara, llevándose el aroma entre los dedos. Se queda mirando algunas coronas de flores y Rafael Prieto repara en su expresión: es mucho más hermosa que en las fotografías de las revistas, pero nunca la había visto con ese gesto de desolación, como si algo desde dentro le hubiera quebrado mínimamente los ángulos de la cara y fuera necesario encajarlos de nuevo. Sin embargo, solamente verla pasear, durante esos minutos, entre los rincones con macizos de flores, es algo que Rafael ya no va a olvidar nunca. Poco después aparece otra mujer, se asoma a la puerta y las dos se miran. Fuera, en la calle, el gentío se agolpa en dirección a la Torre de la Malmuerta, desde cuyo arco se arrojarán miles de pétalos cuando el cortejo fúnebre pase justo por debajo. Cuando la ve dudar, se aproxima a ella. De cerca le parece aún más compungida, pero cálidamente confortada al relajarse entre las flores. Le da la sensación de que esa mujer lleva mucho tiempo fuera de su elemento y acaba de encontrarlo, aunque sea por unos instantes, recorriendo el interior de la tienda.

—Buenas tardes, señora. ¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer repara en él, mientras parece pensar su respuesta y le sonríe vagamente.

—No, muchas gracias. Sólo estoy mirando.

Rafael Prieto asiente y le extiende una tarjeta. Tiene unos dibujos de florecillas.

—Si alguna vez vuelve a Córdoba, sepa usted que para mí será un honor atenderla.

La mujer se queda mirando el pequeño rectángulo de cartulina y vuelve a fijarse en Rafael. Algo se destensa en su rostro y se siente los párpados súbitamente cargados.

—Es muy gentil. Si alguna vez regreso a esta ciudad, tenga por seguro que vendré.

Se estrechan las manos con brevedad, ella se da la vuelta y se reúne con la otra mujer. Rafael Prieto las ve unirse a la muchedumbre, antes de distinguir cómo se cubre el pelo, que lleva recogido en un moño,

con un pañuelo negro que se ata bajo la barbilla. Luego se ha quitado la rebeca azul, que su compañera ha guardado en un bolso grande. Ambas llevan vestidos oscuros, que se confunden entre todos los demás trajes de luto que se van acumulando al otro lado de la puerta, antes de perderlas de vista definitivamente.

Perico Chicote se turna con algunos familiares, los amigos íntimos, los miembros de la cuadrilla y varios empresarios en la carga del ataúd hasta el Cementerio de Nuestra Señora de la Salud. Por detrás hay varias coronas de flores. Perico se ha fijado en una de la Unión Mexicana de Matadores; pero no sólo por la llamativa bandera de México con una estampa de la Virgen de Guadalupe, sino porque una súbita melancolía le ha ascendido a los ojos cuando ha recordado cómo Manuel le ha relatado varias veces, en su propio bar, lo feliz que ha sido siempre en esas tierras. Le sigue impresionando la consternación que se continúa generando al paso del cortejo fúnebre, que ha salido de su casa en la avenida de Cervantes envuelto en un gentío silencioso. Las aceras y el adoquinado, pero también los balcones, las ventanas enrejadas, las farolas, los árboles, forman un enramado que parece tejido para que cada rostro de la multitud encuentre su lugar en la composición.

Los periodistas llegados del resto del mundo fotografían la marcha de la comitiva al salir de la iglesia de San Nicolás de la Villa, donde se ha oficiado el funeral. Algunos de los cámaras se ven obligados a cambiar de película, porque se gastan rápidamente: no puede dejarse ni un solo segundo sin filmar, porque esos rollos volarán hacia todos los continentes. Hay fascinación por esa muerte, como la ha habido antes con su vida: se fotografía hasta el más mínimo detalle mientras la comitiva pasa por la Plaza de la Lagunilla, con esa casa de vecinos en la que ya no viven, pero que tanto evoca Rafaelito Soria, con la imagen de su tío haciendo cada noche toreo de salón, incluso al regresar de una corrida.

También recuerda algunas de sus curas de urgencia, delante de él, para que fuera sabiendo lo que los toros pueden hacerle a un hombre, junto a los maceteros silenciosos que ahora lo verán pasar, sosteniendo el ataúd, con rictus dolorido, antes de subir por San Pablo y por Claudio Marcelo, que se ofrece en su cobriza discreción ancestral, rebosante de gestos abatidos de orfandad y pesadumbre que, por una vez, no tratan de impostar ese distanciamiento o un desdén ante las emociones, para desembocar en el Paseo de la Victoria, desde donde se dirigirán al camposanto.

El cielo cae sobre ellos con claridad metálica. A pesar de todos los carretes y los rollos de películas gastados, de los miles de cuerpos y rostros superpuestos, en una obra dramática de susurro opresivo, puesta en marcha con ese calor duro de un 31 de agosto curtiendo el

centro de Córdoba como una piel marcada al fuego, nadie ha reparado en la mujer del pañuelo. Su amiga continúa pegada a ella, sujetándola por la cintura: teme que se desplome por el bochorno.

Se ha mantenido firme en cada uno de sus pasos, aunque el momento más difícil quizá ha sido al acercarse a la casa familiar en la avenida de Cervantes, con la fachada encalada que le ha parecido, desde fuera, el santuario de una religión que no consentirá que se una al culto. Han mirado a través de las rejas del jardín y han visto a la madre, rodeada por sus hijas y sus nietas. Algo en su interior hubiera deseado abrirse paso sutilmente y llegar hasta ella, cogerle las manos y mirarla a los ojos. Esas dos mujeres jamás se han encontrado, ni han hablado nunca. Cada una de ellas, sobre todo la madre, sólo han recibido opiniones veladas a través de personas interpuestas. Algo atávico en ella la empuja a cruzar el umbral de la que nunca ha sido su casa, pisar el suelo de chinos con los azulejos azules del San Rafael sobre la fuente del patio, llegar hasta la madre y mirarla a los ojos, aunque sólo sea unos segundos. Pero en el pacto al que ha llegado con su acompañante ha quedado claro que eso, justamente, era lo que nunca podría hacer. No se lo perdonaría El Yoni a Concha; ni, tampoco, a él, ningún miembro de la cuadrilla, empezando por Guillermo, ni mucho menos Pepe Camará. Más adelante ya se verá, suponiendo que entonces pueda tener sentido, algo que a Concha le parece dudoso. Pero ahora es imposible. *Nada de acercarte. Las cosas se quedan como están, por respeto a Manolo y a ti misma. Lo que no pudo ser, ya poco importa. Dejemos a esa madre con su pena y a ti con la tuya*, o algo así recuerda haber escuchado la mujer del pañuelo cuando es empujada por los muchachos que se encaraman al muro, tratando de escalar las rejas.

Cierra los ojos, al sentir en la espalda el empuje de la muchedumbre concentrada ante el muro, y Concha piensa que va a derrumbarse. Pero no es así: aspira en su recuerdo el aroma denso de las plantas de la floristería, especialmente el romero, y regresa al verano anterior, en Fuentelencina, descalzos por el campo, él con los pantalones remangados y la camisa abierta, ella sobre un burro con los muslos al sol y su hermana a la grupa.

Luego los dos solos, el paseo y la risa. Los juncos del riachuelo y la tierra mojada: qué lejos le parecen ahora mismo, cuando los vuelve a abrir y, al otro lado, subiendo por los escalones y ofreciendo su brazo para que vaya descendiendo la madre, se encuentra con los ojos de Perico Chicote. Ese momento es una eternidad: el barman de Madrid no sólo estuvo presente y compartió con ellos sus primeras citas, sino que es su amigo. Ella, lentamente, niega con la cabeza, entre los barrotes de las rejas, sin bajar la vista: ni siquiera Concha se da cuenta de que la ha reconocido. Él, paralizado, deja de mirarla.

33. EL TIEMPO AMARILLO

Justo un año después, Antonia anuncia que abandona el rodaje de *La mies es mucha*. José Luis Sáenz de Heredia, el director, se queda de una pieza: el reparto se cerró hace meses, con Fernando Fernán Gómez, Enrique Guitart, Julia Caba Alba y Lupe Sino. No es un rol principal, pero sí lo bastante significativo como para que, bien aprovechado por su jefe de prensa, dé el espaldarazo que necesita a la carrera de la muchacha. Para mucha gente sigue siendo la novia oficiosa del torero y nadie quiere recordar su muerte viéndola en la pantalla. Es cierto que ha tenido participaciones interesantes, pero sólo ha disfrutado de un papel protagonista: fue en *La famosa Luz María*, hace ya siete años, en la que se hizo muy amiga de Manolo Morán. El papel no distaba mucho de su realidad: encarnaba a una corista sin demasiado éxito que, a pesar de sus viajes, siempre acaba por encontrarse con su primer y único amor. La primera vez que Manuel se fijó en ella fue al ver un cartel publicitario de la película, en la que aparecía sonriente, apoyada en un piano. Pero hace mucho ya de *La famosa Luz María* cuando, sin dar explicaciones, le dice a José Luis Sáenz de Heredia que, lamentándolo, no podrá seguir en el rodaje. Necesita hacer una gestión importante: no sabe cuánto tardará, pero está segura de que no podrán esperarla para comenzar. Así que lo más honesto, le dice, es despedirse.

Alguien le avisó a Sáenz de Heredia de que la muchacha tiene mal fario. Él nunca ha creído en eso, aunque es consciente de la tragedia que soportan sus hombros. Sigue sin comprenderlo: en el último año, sólo ha tenido un papel irrelevante en *El testamento del virrey*. Por eso, además de la inconveniencia que desea solucionar, para no tener que andar buscando sustituta, también le puede la curiosidad. Manda llamar a Fernán Gómez, que interpreta al misionero español que entregará su vida luchando contra la peste, y se lo cuenta. Durante los descansos de las pocas escenas que han rodado juntos, el director ha observado que hay complicidad entre ellos. Luego descubre que son amigos desde los tiempos felices de Lupe con Manolete. Fernando llama por teléfono a su piso, que sigue siendo el mismo, en el 28 de la calle Hilarión Eslava. Cuando se lo propone, ella responde que prefiere no quedar en Chicote: intenta no llamar la atención y además le trae demasiados recuerdos. Él le sugiere la taberna de Antonio Sánchez, por Tirso de Molina. Cuando cuelga, Fernando Fernán Gómez se arrepiente de haberle nombrado la coctelería de Gran Vía, a la que tantas noches han acudido juntos: todavía puede ver a Manolo bebiéndose su amontillado, muy despacio, oxigenándolo bajo el

paladar. Fernando reconoce ese respeto por la remembranza, porque ahora lo comparte.

Cuando la ve entrar se queda admirado. Mientras se levanta para retirarle la silla baja se dice que, a pesar de su dolor, que ella no evidencia, pero existe, es imposible no mirarla con deseo. Lleva un abrigo blanco hasta los tobillos amoldado al talle y los labios pintados de un tono caoba. Sus ojos tiemblan ligeramente al contemplar los viejos carteles taurinos de la taberna de Antonio Sánchez, presidida por la cabeza disecada de un toro. Es entonces cuando Fernando se lleva las manos a la cabeza y repara en su equivocación.

—Estoy hecho un animal —comienza, señalando alrededor—. Si quieres nos vamos.

Ella sonríe ligeramente, se desprende del abrigo y toma asiento. Lleva un vestido amarillo con la botonadura cruzada que se cierra en un cuello blanco, coqueto y delicado.

—No te preocupes. Si no pudiera entrar en todos los bares decorados con detalles taurinos tendría que quedarme en mi casa. Me sorprendería que aquí no hubiera algún retrato de él. Sus fotografías cubren las paredes de la mayoría de las tabernas de Madrid.

Fernando la mira con serenidad y un reconocimiento súbito que no ha sentido antes.

—Me parece admirable que te lo tomes así.

—¿Qué quieres que haga? —sonríe ella, prendiendo un cigarrillo que acaba de sacar de su pitillera, de la que también ha cogido otro Fernando—. O eso, o me voy a vivir a otra parte… México, quizá. Fuimos felices allí. Todavía me quedan algunos amigos… Y los amigos de allá no son como los de acá, quitándoos a Edgar Neville, a Perico, a Manolo Morán, a ti y algunos más. Allí estábamos juntos, con ellos, sin problemas. Era diferente.

Hay algo luminoso en ella. Algo entero y limpio que se muestra abiertamente y sin matices. Sin embargo, el desgarro se le hace más evidente a Fernando ahora que han quedado solos, por primera vez, fuera del estudio y de los primeros almuerzos del rodaje.

Piden vermú. Esperan a que el camarero se los sirva en la mesa. Llega arrastrando la pierna y Fernando recuerda la historia de su cojera, en la última corrida que tuvo lugar en la plaza de Tetuán de las Victorias, días antes de que estallara dentro un polvorín. Sin embargo, esta vez elude la referencia taurina y se limita a levantar el vaso para brindar.

—Por la película.

—Por la película —confirma ella, misteriosa—. Aunque seguiréis sin mí.

Fernando da un trago largo.

—Sí, me ha dicho José Luis que nos abandonas. Es una pena,

Antonia.

—Vaya —bebe ella también—. Me gusta que me llames así. No estoy acostumbrada.

—Si quieres te llamo Lupe.

—De verdad que me gusta. Ya sabes que Manolo me llamaba así. Como mi hermana y mi madre. Ese nombre me trae muy buenos recuerdos. Precisamente por eso me marcho.

—¿Cómo? —se extraña Fernán Gómez—. Ahora sí que no comprendo nada.

—Fernando —se inclina ella, posando su mano suavemente sobre la de él—. Eres un encanto. En serio. Por eso voy a contarte la razón… Aunque no del todo. Mi vida se rompió cuando él murió. Incluso podría decirte que mucho más de lo que yo misma habría podido suponer. Casi me vuelvo loca… Desde entonces estoy reuniendo algunos retales. Lo poco que queda a mi alcance. Como puedes imaginar, no hablo de bienes materiales.

Él asiente. Le sorprende no haber tenido que preguntarle nada y sigue escuchando.

—Pues bien, hace tres días apareció una pista sobre uno de esos trozos. Quizá el más importante. Mañana mismo me voy a Linares, porque estoy decidida a conseguirlo. Es algo que sé con certeza que existe, pero no he podido averiguar quién lo conserva. No puedo perder ni un solo día: porque, si se conoce, otros también querrán recuperarlo. Por eso no puedo seguir con el rodaje. Si te digo la verdad, no sé cuánto tiempo tardaré en encontrarlo.

Fernando Fernán Gómez exhala una larga bocanada de humo y apaga el cigarrillo.

—Me caes muy bien, Antonia. Eres una mujer de bandera, pero ante todo te respeto.

No sabe por qué acaba de soltarle eso, pero la expresión de su rostro lo tranquiliza.

—Es el mejor piropo que nadie me ha dicho este último año. Te lo agradezco mucho. Y gracias también por disculparme lo que ha podido parecerte una extravagancia.

—¿Te refieres a lo de no querer que nos viéramos en Chicote? Lo he comprendido.

—Sí, sé que crees entenderlo. Pero yo no podría contarte nada de esto con Perico al lado. Hemos compartido demasiadas cosas y también llevo un año sin cruzar esas puertas.

Él sopesa lo que quiere decirle, mientras sigue colgado de sus últimas palabras.

—Permíteme que te haga solamente una pregunta más. Eso que vas a buscar, ¿es tan importante como para renunciar al papel que podría volver a ponerte en primera línea?

Pero Fernán Gómez ya sabe la respuesta antes de que salga de sus labios, en cuanto ella lo observa, desde esos ojos que a veces le parecen verdosos y ahora irradian un nuevo fulgor, pero también una inmensa compasión hacia sí misma y por las vidas de todos ellos.

34. *1959*

Once años después, Lupe Sino regresa a España. Se encuentra otro país: ha sido aprobado el Plan de Estabilización para liberalizar y armonizar la economía, rompiendo así con la autarquía franquista impuesta desde el final de la guerra civil. Francisco Brines va a ganar el Premio Adonáis de poesía por *Las brasas* y Antonio Gala recibirá un accésit por *Enemigo íntimo*: es otro tiempo también en la literatura. Las mujeres parecen haber dejado atrás gloriosamente aquel luto alargado: ahora lucen trajes muy vistosos, más en consonancia con los modelos sofisticados que exhiben las heroínas sentimentales en las películas de Douglas Sirk. Va a comenzar la década de los 60, que promete un crecimiento no sólo financiero, sino también de expansión cultural. Hay más descapotables cruzando la Gran Vía y Lupe se ha traído de México su Mercedes-Benz 220S Pontón Cabriolet rojo descapotable, con la tapicería color camello. Lo saca algunas tardes de la cochera de su nuevo piso en el Paseo del Pintor Rosales. Le gusta relajarse conduciendo y reencontrarse con una ciudad que ahora le parece más agradable sin bajar del coche. Atraviesa las avenidas con las gafas del sol y el tibio aire otoñal en sus brazos desnudos. Hay algo de Madrid que todavía la sigue fascinando, tanto tiempo después; pero también siente algo de temor, como si una amenaza muy sutil se irradiara en las primeras luces encendidas de los pocos palacetes que todavía resisten en la Castellana. Entonces vuelve a la protección muda del piso, con el cielo agitado de cobalto mirándola de frente en el largo anochecer.

También ella ha cambiado: es una mujer de belleza asentada a sus 42 años. Se lo piensa durante semanas, o lo va dejando pasar sin planteárselo de veras, y una tarde llama por teléfono a Perico Chicote. Se alegra mucho de escucharla, pero no parece sorprendido.

—Niña —así la ha llamado siempre—, me encanta escucharte. Pero estoy un poco enfadado contigo. Sé que llevas tiempo en Madrid y has tardado en llamarme.

—Lo sé —concede ella—. Y desde que llegué quería hacerlo.

—Ya habrás visto que esto ha cambiado mucho. Hemos pasado del blanco y negro al technicolor. Aquí nos tienes siempre, al bar y a mí, con los brazos abiertos.

—Claro. Si estoy deseando volver… Pero son demasiados momentos en mi memoria. Tengo mis reparos.

—Eso te lo arreglo en cuanto llegues con un par de margaritas.

Ella casi suspira y deja escapar una sonrisa triste, antes de

recolocarse el teléfono.

—¿Todavía te acuerdas?

—Cómo voy a olvidarme, niña. Fue una noche gloriosa. Pastora Imperio y Gitanillo de Triana parecían brujos haciendo un conjuro por vosotros. Y Manolo estaba exultante.

A pesar de estar avisado de su regreso, se le impone a Perico Chicote la sensación de haber viajado atrás en el tiempo. Esos días perdidos, cuando Manuel y ella entraban por la puerta giratoria y parecía que el aire había dejado de moverse. Todas las miradas y las conversaciones quedaban suspendidas durante unos segundos y se demoraban en ellos, que ocupaban siempre la misma mesa al fondo. Se alegró mucho cuando supo, después de la muerte de Manuel, que había sido escogida para un papel pequeño, de los que luego llaman la atención, en *La mies es mucha*, de José Luis Sáenz de Heredia. Pero luego se había marchado misteriosamente del rodaje. Algo le comentó Fernán Gómez, pero no lo recuerda bien: a fin de cuentas, han pasado once años y es cierto que todo ha cambiado, excepto la alegría de las cocteleras haciendo malabares en sus manos rápidas. Por aquel entonces, *la niña* ya sólo había conseguido aparecer en *El marqués de Salamanca*, por mediación de su amigo Edgar Neville, director y guionista de la película: cuántas noches los había visto a los tres, antes, en su mesa del fondo, brindando y riendo, hablando de cine, de toros y de historia, uno de los temas favoritos de Manuel. Siempre ha intentado informarse sobre la vida de sus clientes pasados y futuros; pero, en el caso de Antonia, es algo más. La última noticia que tuvo de ella fue el rodaje de una película en México, dirigida por Miguel Morayta, en la que salía Luis Procuna, aquel torero tan amigo de Manuel. El título casi le había parecido, cuando lo leyó en un magacín de sociedad, una alusión indirecta al propio devenir de ella: *La dama torera o un corazón en el ruedo*.

El corazón se le había parado a Antonia en el ruedo de Linares: es algo que Perico Chicote comentó alguna vez, once años antes, con su amigo Fernán Gómez, cuando Lupe Sino era todavía un tema de conversación. Pero ella se fue del rodaje de *La mies es mucha* y su pequeño papel lo interpretó una jovencita llamada Sarita Montiel, que en estos once años lo ha hecho todo, mientras Lupe Sino se iba convirtiendo en una sombra fantasmal. Sarita ha triunfado en Hollywood, rodando allí *Veracruz* y *Yuma*, y ahora ha vuelto a Madrid como estrella internacional, casada con Anthony Mann y rodando con gran éxito *El último cuplé* y *La violetera*. Once años de diferencia han marcado un abismo entre las biografías de esas dos mujeres.

Desde entonces, sólo rumores: que se había casado en México con un abogado que también se llamaba Manuel Rodríguez, que había abandonado completamente el cine o que se había arruinado. Pero

también al principio de todo, cuando empezó a ir por Chicote, circulaban relatos más o menos fantasiosos sobre ella, que se dispararon cuando comenzó a salir con Manolo: que había estado casada durante la República, que se había divorciado, que era viuda, que simultaneaba sus papeles con el alterne fino o que había dado a luz un hijo muerto y había quedado estéril. Nada de todo eso se llegó a probar, y bien que se afanaron muchos periodistas de entonces. La única verdad de Lupe Sino en lo que tenía que ver con Manolo, como recuerda siempre Edgar Neville, es que estuvo con él desde octubre del 43 hasta su muerte en Linares, en agosto del 47. Fue su novia estable, con algún período de distanciamiento, en sus años de mayor triunfo, por lo que no dejaba de resultar una bobería escuchar que ese noviazgo le había perjudicado en su rendimiento. Con los datos en la mano, fue más bien al contrario.

El barman imagina que sigue siendo una hembra de impresión. Avisará a Edgar Neville y a Conchita Montes, que están en la ciudad, y también a Fernando Fernán Gómez y la guapísima Analía Gadé, que acaban de concluir *La vida alrededor*. No olvidará, por supuesto, a Manolo Morán, que siempre fue muy amigo de la pareja: incluso acompañó a Manuel en el Hotel Cervantes la tarde de Linares y, antes, había coincidido con Antonia en el reparto de *La famosa Luz María*. Desde entonces se habían tenido cariño; pero su marcha a México, sin mirar atrás, la había distanciado de sus viejas amistades, sobre todo de aquellas que le recordaban más dolorosamente el pasado. Si todos le confirman, ya tiene el barman más famoso de Madrid la recepción perfecta para Antonia. Pero una mujer así no puede entrar en Chicote sin un galán esperándola. Inmediatamente piensa en su amigo Arturo Fernández: es actor, como ella, aunque bastante más joven, pero de entrada estimulará su curiosidad compartir mesa y champán con la única mujer a la que, hasta dónde Perico conoce, Manolete quiso de verdad.

Todo en ella es cálido. Tiene un cuerpo seguro, acogedor y experto. No es para él, ni de lejos, una mujer joven: pero comprende que sus 42 años aún puedan turbar a muchos hombres. No quiere imaginarse lo que pudo Lupe ser antes de llegar a la treintena. La llama así, Lupe. Para él no es una niña, a pesar de Perico, ni tampoco Antonia. Es Lupe a secas, sí: un trofeo de caza. O lo fue al principio, o se lo pareció, la primera noche. Pero, después de tres semanas, ahora es otra cosa. No sabe bien qué, pero hace tiempo ya que se olvidó de poner su cabeza sobre una peana o marcar una muesca en su contador. Hay algo tierno en ella, algo trágico y roto. Evoca alguna crónica lejana de su adolescencia, como cuando Manolete y ella regresaron de América y fueron fotografiados descendiendo por la escalerilla del avión. Quién iba a decirle entonces que, sólo doce años después, iba a despertar

durante varios días en esa cama grande, con sus piernas envueltas por los muslos de ella, que irradian un calor de ascuas encendidas cuando el brillo del fuego languidece. La ceniza que tiene esa mujer está en sus ojos: hay un brillo gastado, un destello natural de viveza que ahora se ha vuelto mate. Cuando la siente sobre él, con toda la firmeza de su cuerpo, se abisma algunas veces dentro de sus ojos. No están vacíos: sabe distinguir esa mirada de las mujeres que gozan y hacer gozar, aunque se hayan olvidado de sentir. Ella sigue sintiendo, pero en otro lugar. Lo descubrió la tarde en que se conocieron. No es alguien que deba esforzarse demasiado en resultar simpática, porque lo es de manera natural: pero sí necesita, por el contrario, y mucho, poner todo su empeño en disfrutar, aunque sea mínimamente, las circunstancias de probable entusiasmo que le pueden salir al paso con frecuencia a una mujer que todavía conserva ese encanto.

Cuando la vio entrar en Chicote aquella primera vez pensó que no habría requerido la indicación de Perico para fijarse en ella, aunque le agradeció que le pusiera sobre aviso la tarde en que Lupe iba a volver al bar. Después de tantos años, fue algo impresionante verla hacer la entrada. Avanzó con un elegante y sobrio traje de falda y chaqueta gris que estilizaba su silueta. Ahora ya sabe que esas formas tan proporcionadas no se han derramado en la molicie, aunque la primera vez que la vio atravesar la entrada, aquella tarde, su silueta le dio una impresión de armonía al marcar el ritmo de los pasos con su medio tacón. Las solapas cruzadas de la chaqueta entallada le recordaron a Arturo a los diseños que puso de moda Manolete; pero se dijo que quizá se trataba de una casualidad. Porque en ese momento, cuando la admiró por ese verdor cobrizo y limpio en sus ojos, era aún demasiado pronto para advertir que no hay ni un gesto en ella abandonado al azar.

El abrazo con Perico, que estrenaba una chaqueta blanca con adornos dorados en los hombros, tuvo una lentitud de horas amparadas en un solo minuto. Se quedaron quietos, Lupe y él, como si el tiempo se deslizara hacia otras noches al pedir los cócteles. Arturo pareció comprender que entre el famoso barman y la actriz retirada había algo más de lo que creen advertir: no sólo esa confianza tan ligada a un espacio, la camaradería del recuerdo. Había y hay algo que sólo ellos conocen, más sutil que un anecdotario: el desenlace de una historia desconocida para los demás. Sonrió abiertamente, con ternura, al reencontrarse con Manolo Morán y tomó las manos a Fernán Gómez de una forma especial, mirándose los dos, algo que también le llamó la atención, como si vinieran de una conversación que habían dejado a medias y no llevaran once años sin verse. Ante Analía Gadé, que llevaba un vestido verde ligeramente escotado, con volantes en los brazos, se cuadró Lupe Sino casi de poder a poder, aunque con

expresión de complicidad.

—Hija mía —había comenzado—, de verdad te digo que no se puede ser más guapa.

Analía se ruborizó y se dieron un rápido abrazo, reconociéndose de frente.

—Viniendo de una belleza como tú es un auténtico halago. Fernando me ha hablado tantísimo de ti, al conocer que habías vuelto, que en algún momento hasta me he puesto celosa.

Su risa, entonces. Esa carcajada. Cómo no admirar a una mujer que sabe reír así.

—Seguro que no —siguió riendo, antes de detenerse en él—. Y tú debes de ser Arturo…

35. UN DESCAPOTABLE EN EL PASEO DEL PINTOR ROSALES

¿De qué hablaron la primera noche? ¿De qué hablaron las demás madrugadas, al regresar de Lhardy, del Palace o Chicote? Perico no había logrado dar con Edgar Neville y Conchita Montes, y quizá fue mejor así: a fin de cuentas, Neville había sido uno de los mejores amigos de Manuel y seguramente no se habría sentido demasiado cómodo con el devenir de la tarde, y quizá ella tampoco. Arturo ha amanecido antes que ella, como cada mañana, y trata de ordenar lo que ha escuchado estos últimos días, siempre de noche, al alba o ante el crepúsculo, mientras estira las piernas, todavía desnudo, y se pone el batín para salir descalzo a la terraza a fumar un pitillo. Se fija en el macizo de arboleda que hay frente al balcón, con las copas brillantes de rocío, y deja salir la primera bocanada.

Fue la noche anterior. Vuelve a verla erguida sobre él, con la espalda ligeramente arqueada y mirándolo con profundidad, mientras recuperaba el aliento, ya más relajada.

—Desde que volví a Madrid, guapo, cuando comenzaba a oscurecer me tenía que venir. Si no hubieras estado esperándome esa noche, me habría quedado aquí encerrada.

—Tampoco es que ahora salgas mucho —se oye decir Arturo otra vez, al evocarlo.

Ella entorna los ojos, como siempre al besarlo, y le acerca los labios al oído.

—Es que aquí hay muchas cosas buenas. Pero, cuando salimos, ya no tengo miedo.

Es quizá la única alusión que le ha hecho, indirecta o directa, sobre él mismo. Desde el principio, la primera vez que se quedaron solos, antes o después, ella solamente le habla de Manolete. Quizá por estar en Madrid otra vez o por cualquier otra asociación. Pero al comprobar que Arturo no se siente intimidado, ni mucho menos molesto por la presencia continua del recuerdo, ha sido como si se hubiera levantado un dique interno en su voz y sus ojos, porque las alusiones y las referencias, la recuperación de sensaciones y momentos son continuas: tanto que hoy, por primera vez en tres semanas, antes de pedir que les suban el desayuno de la cafetería de abajo —generalmente, cruasanes y café—, Arturo siente la necesidad de ordenar en su cabeza los fragmentos deslavazados que ella ha ido vertiendo sobre él, morosamente, de manera que puede tejer un tapiz con los hilos que

van delineando no el perfil de un hombre, sino una historia que ya sólo vive en ella.

Le vienen las palabras de Perico Chicote, en un aparte, al prepararles las bebidas:

—Cuando os quedéis solos, no olvides que no es una muchacha como las que sueles tratar. Antonia es una señora. Al morir Manolete, ella nunca explotó su relación. Jamás. Y eso que la llamaban la Serpiente. Pues resulta que le ofrecieron el oro y el moro por sus memorias y lo rechazó. Tampoco concedió entrevistas. Después la llamaron para protagonizar una película importante, interpretándose a sí misma y relatando su idilio con él, y también se negó. Eligió desaparecer y nunca se ha beneficiado de la intimidad que compartieron. Ha protegido entero para ella ese retrato del hombre a quien amó.

Sin embargo, Lupe sí ha compartido con Arturo algunos de esos retazos con una naturalidad que a él mismo le sorprende. Ahora, al ordenarlos, se le aparecen como titulares mientras el sol termina de imponerse al cielo blanco. *Ah, si Manolete sonriera*. Fue lo que le respondió a Antonio Bellón cuando, haciendo un cuestionario a varias artistas, como Estrellita Castro y Amparo Rivelles, les preguntaba por su torero favorito. Y cómo se rio mucho después, de pura felicidad, los quince días que estuvieron sin salir de aquella suite en el Country Club de Lima, cuando sólo bajaron al restaurante para cenar con su amigo, el torero Luis Procuna, y ni siquiera permitían la entrada del servicio para cambiar las sábanas, recibiendo los desayunos, las comidas y las cenas en la habitación y descubriendo que los días nacían y terminaban en la piel del otro. Quién le iba a decir a Lupe, entonces, que un año después de la muerte de Manuel ella rodaría su última película precisamente con Procuna, y que recordarían aquella cena en la que los tres fueron dichosos. Pero qué ajeno ya todo al verano anterior a su muerte, en Fuentelencina, muy cerca del pueblo natal de Lupe, Sayatón, en Guadalajara, con las fotos tomadas por su hermana en la poza de Valdefuentes, él besando el pie de Lupe con primor, para subir después por los tobillos, que tanto le gustaban, porque siempre los ha tenido, incluso todavía, finos y elegantes: de garza, le decía, mientras se los acariciaba con las yemas de los dedos, antes de pasarle la lengua por encima delicadamente.

Claro que ella había tenido sus romances antes, pero no durante: exactamente igual que él. Porque alguna vez le había contado, en las primeras noches en aquel piso de Argüelles junto a la Casa de las Flores, su pena por el rechazo de una muchacha de Córdoba, Dolores, que no correspondió a sus atenciones cuando la miraba desde las mesas metálicas del Bar Plata. O la farmacéutica rubia de Barcelona, en el barrio de Sants, que una vez le lanzó al coso un guante blanco, de piel, que llevaba consigo desde entonces, o aquella francesa

pelirroja que se le presentó una vez en el hall del Hotel Oriente, donde se hospedaba siempre, en Barcelona, desde sus tiempos de novillero, y le regaló la biografía de María Antonieta de Stefan Zweig, que después se convirtió en uno de sus escritores favoritos. En Fuentelencina, con ella, había vuelto a leerla por tercera vez: después de bañarse juntos en la laguna durmieron una siesta larga, abrazados en una toalla, sobre la hierba, muy cerca de la orilla. Y cuando Lupe se despertó, descubrió a Manuel con ese libro entre las manos, apoyado en un tronco, con los pies en el agua y una extraordinaria placidez. O viéndolo jugar con algunos vecinos al frontón y a las cartas, al dominó y al fútbol, descalzo y sin cansarse de correr. O aquella otra mañana, todavía convaleciente de una cornada en Madrid, cuando recibieron en la habitación 220 del Hotel Victoria al periodista José María Carretero, conocido como El Caballero Audaz, que lo entrevistó en presencia de ella y quiso saber si ya se habían casado, lo que él negó. Pero después, cuando le preguntó cuál era su ideal de mujer, Manuel le contestó: *A la vista está. Mi tipo de mujer es esta. Delgada, morena y un poquito flamenca*. Un poquito flamenca, con esa luz en la carne, en el canto y el baile. O en la azotea del Empire State, sobre Nueva York, con un airazo que les pareció demasiado frío para octubre, en ese viaje en que los dos se sintieron por primera vez libres y entendieron lo que podría ser la vida.

Sesenta años después, cuando Arturo Fernández haya cristalizado su figura como galán de series de televisión, de cine y de teatro, con la misma presencia enfatizada en el gesto y el tono de voz reconocible para públicos amplios, aún le preguntará un periodista, en 2019, por aquel breve idilio con Lupe Sino en 1959. Le costará recordar o fingirá que le cuesta, porque es cierto que habrá pasado demasiado tiempo; pero sí evocará que Lupe, tan simpática como todavía muy atractiva cuando estuvieron juntos, una mujer de mundo con la que era agradable compartir cada momento, tal y como él lo pudo percibir entonces, aún seguía enamorada de Manolete. Si ella fue plenamente consciente de ese sentimiento tan profundo en vida de él, o lo fue descubriendo tras su muerte, es algo que se le escapará al propio Arturo, que sólo la trató en septiembre del 59: pero él no tendrá dudas de que, en los doce años que lo sobrevivió, o al menos durante ese mes que ellos pasaron juntos, Lupe Sino seguía refiriéndose a él y teniéndolo presente. Cómo podrá enlazar ese recuerdo, en 2019, el Arturo Fernández de 90 años, con el seductor joven que había sido con 30, es una extensión de memoria y de tiempo que abarca varias vidas en un parpadeo, desde ese gesto pensativo, detenido en sí mismo, antes de responder a la pregunta que ahora esboza al escuchar, en septiembre del 59, el relato de Lupe, cuando le explica el origen de la reliquia que siempre lleva en el bolso, envuelta en un

pañuelo de seda azul turquesa.

Arturo se tropieza con ella esa misma tarde, en Chicote. Será la última velada que compartirán, pero ninguno de los dos lo sabe aún. El bar está menos concurrido de lo habitual y eligen la misma mesa al fondo de siempre: la misma que ocupaba ella doce años antes, cuando Pastora Imperio, que llegaba con Rafael Vega de los Reyes, Gitanillo de Triana, los presentó. Beben margaritas: Perico no ha llegado todavía, pero los camareros están bien enseñados. Ella le pide un cigarro pero a él se le ha terminado el tabaco. Arturo abre el bolso para sacar la pitillera de plata de Lupe, porque ya disfrutan de esa confianza en la que Arturo igual ocupa directamente el asiento del conductor, porque tiene las llaves del Mercedes, que no requiere permiso para abrirle el bolso. Antes de alcanzar la pitillera, encuentra la suavidad sedosa del pañuelo; pero sus dedos se topan con un tejido más rugoso. Se sorprende y saca un trozo de tela amarillenta, doblada con cuidado, dentro del pañuelo. Cuando lo ve, ella palidece durante unos segundos; pero se recupera deprisa y extiende la mano, con la palma abierta. Arturo, entonces, se lo entrega.

—Eso no será lo que parece que es —susurra él, frotándose las manos, algo nervioso.

Ella afirma con la cabeza, sin apartar la mirada de la tela, doblándola de nuevo y envolviéndola bien en el pañuelo hasta formar un rectángulo no más grande que un palmo.

—Es exactamente lo que parece que es. Un trozo de su camisa. Nunca me separo de él. Y por recuperarlo, hace once años, cuando sólo había pasado uno desde su muerte, dejé el rodaje de una película.

Cuando Arturo conduce de regreso al piso en el número 62 del Paseo del Pintor Rosales van en silencio. Le parece a Lupe que las fachadas iluminadas al anochecer vuelven a evocar, sobre ella, una cierta presencia amenazante. Por un momento, en la coctelería, mientras bebía un sorbo largo de su margarita, con ese punto justo de acidez sobre el tequila con limón helado, se ha vuelto a ver once años antes, subida en su coche de entonces, un Opel Kapitán de 1948, llegando otra vez a Linares, un año después de la muerte de Manuel, y aparcando en la puerta del domicilio de Juan Díaz Bausán, que en cuanto ha abierto la puerta la ha reconocido. Cómo olvidarse nunca de una mujer así. Ella se ha disculpado, le ha explicado lo mucho que está sufriendo todavía, que ha hecho unas averiguaciones y le han llevado hasta él. Antonia, en cambio, no logra recordar el rostro del sanitario que ha guardado los restos de la camisa el último año. Pero ha pagado mucho dinero para investigar, con discreción, temiendo que se le adelantara la familia de él, si algún resto de la ropa que llevaba aquella tarde había salido del hospital. Él se apiada de ella y se la enseña: al ver los manchurrones de sangre, no puede evitar vivir

de nuevo aquella madrugada en Linares y se echa a llorar. Le ofrece dinero: todo el que tiene. Le ofrece también el coche que está aparcado fuera. Con Juan Díaz Bausán está su hijo pequeño, Curro, que quiere ser torero y los escucha en silencio. La escena es intensa y breve. Él sanitario permanece pensativo.

—Señora —comienza, extendiendo la tela frente a ella—. Esto es una reliquia. No está a la venta porque no tiene precio. Pero comprendo su dolor. La recuerdo a usted: tan sola, con aquella amiga, apartada de todos los demás. Y aunque no puedo vendérsela, ni mucho menos aceptar ese coche, creo que a usted le reconfortará lo mismo si le regalo un trozo.

Ese 7 de septiembre, poco antes de volver al piso, Arturo y ella deciden buscar un restaurante para cenar: la conversación se les ha vuelto demasiado lúgubre, y Lupe siente algo de culpa por él, que ha llegado especialmente guapo, con un traje amarillo tostado que le favorece. Conduciendo por Puerta de Hierro un reflejo lo deslumbra durante varios segundos y pierde el control del coche. No es nada grave: él ha frenado a tiempo, antes de salirse de la carretera, y ella sólo se ha dado un leve golpe con el salpicadero. Pero le duele la cabeza por el impacto y le pide que la lleve de vuelta a casa. Recuperados del susto, pasan juntos la noche y la mañana del martes. Él empieza ese miércoles el rodaje de *La Casa de la Troya* y debe repasar algunos diálogos. Se despiden con un beso que a ella le parece algo más tierno de lo habitual, pero no es algo en lo que se detenga a pensar.

Durante la semana recibe tres llamadas de teléfono y las tres son de Arturo. El rodaje en Santiago de Compostela va bien y quizá el domingo pueda regresar para verla. Precisamente el domingo por la mañana, abriendo el ABC, lee sin querer en las páginas taurinas que hay una corrida en Las Ventas. Cuando ve los nombres de los novillos, no puede creerlo: uno de ellos se llama Islero. Piensa en presentarse para quejarse, para decir que es indecente, incluso en conceder una entrevista; pero quién va a escucharla, si a los ojos de los demás ella nunca ha sido nada de Manolo. Decide darse un baño de agua caliente para relajarse.

Antes se asoma al balcón y enciende un cigarrillo. Abre su bolso y deshace el envoltorio de seda azul: otra vez en sus manos, frente al mediodía espectacular que estalla en las terrazas. Corre un poco de aire. Justo antes de desplomarse por la embolia cerebral que la hará morir en unos segundos, aprieta con fuerza el trozo bermejo de la camisa entre los dedos, pegándoselo al pecho, porque teme que un golpe de viento pueda hacerlo volar.

TERCERA PARTE

36. ÚLTIMA LEJANÍA

El 27 de agosto de 1947, un día antes morir, mientras la última luz cae sobre la tierra oscurecida al salir de Madrid, Manuel Rodríguez Sánchez se acomoda en el asiento trasero del Buick azul. A su lado viaja el periodista Antonio Bellón. Conduce el mozo de espadas, Guillermo González, acompañado en el asiento del copiloto por el apoderado, Pepe Camará. Cenarán en el Parador de Turismo de Manzanares, con la idea de llegar a Linares bien entrada la madrugada, pero con tiempo para descansar. Cuando Camará se dirige a Manuel, sin volverse hacia atrás, mientras sigue con la mirada absorta en la lejanía a través del amplio parabrisas y todavía con las gafas de sol, como si pudiera deslumbrarle su rescoldo, el tono le parece a Antonio Bellón algo distante. Pero Manuel sabe distinguir su hondura de preocupación: Camará está pensando en las protestas de Vitoria.

—Mira, Manolo, en tus cosas personales ya sabes que yo nunca me meto. A mí sólo me preocupa que no te encuentres en las mejores condiciones para ponerte frente al toro.

La voz que le responde viene de un cansancio remoto, más emocional que físico.

—Ya lo sé, don José. Yo estoy igual que siempre. Pero sigo sin entender esos pitos.

Antonio Bellón recuerda la corrida de Vitoria, a principios de mes. Venían de un triunfo épico en Madrid. Parte del público no había estado conforme por la concesión de la oreja por el primer toro, y comenzaron los silbidos. Manuel no lo comprendía. Estaba haciendo lo mismo que antes, pero notaba la crispación en las gradas. Cuando el segundo toro lo corneó en el muslo, Calín dio un salto a la arena, pero su tío lo frenó con un movimiento de la mano. La sangre le manaba sobre su media rosa, pero acabó la faena con una majestad impasible en el gesto, como si ni los gritos del principio ni la hemorragia fueran con él. Pero dos semanas después, en Vitoria, en cuanto salió al ruedo comenzaron a arrojar almohadillas. Antonio Bellón, esa tarde, concluyó así su crónica: *Para Manolete han terminado los tiempos idílicos*. La revisó antes de enviarla a *Dígame*, advirtiendo la gravedad latente en cada palabra, porque empezaba a apreciar que estaban ante un cambio de ciclo con el vértice en Manolo.

Edgar Neville publicó varios artículos en *La Codorniz*, porque no comprendía el cambio tan radical en el gusto del público: *Hay gente que no soporta a una primera figura del toreo; son los mismos en espíritu que les molesta el hombre excepcional en cualquier actividad: el tenor*

sublime, cuando había tenores sublimes; el escritor o el pintor indiscutible, el actor o la actriz genial. Hay muchos de estos amargados y renegados sujetos que en vez de gozar con la gloria ajena, les produce mal humor y encono. Son esos bellacos que llevan un pito a la plaza y lo emplean desde la salida de las cuadrillas, son todos esos seres que no soportan el esplendor del prójimo aunque este esplendor se haya ganado en buena lid, jugándose, además, la vida. Bellón recuerda ahora, mientras avanzan por la carretera crecientemente en negrura, el momento en que Manuel había asumido, en la corrida de Vitoria, que nadie iba a agradecerle nada. Puede verlo de nuevo: se lanza al quite con ese salvajismo convencido de sí, ausente por momentos de la escena o reduciéndola a ese espacio, aislado del entorno y del calor, de los gritos y de los cojines que le siguen lanzando, con dos lances y una media verónica que le hace hundirse en el toro, aguantando desde su posición sin deslizar ni un ápice los pies, en el mismo quietismo que había sorprendido a Camará la primera vez que lo vio, como si algo en su expresión se hubiera transmutado más allá del albero y no sintiera ya ni el griterío aturdidor del tendido ni la lluvia templada que empezaba a caer.

Justo el día anterior, el 26 de agosto, torea en Santander. Ese día Nicolás Muller, el fotógrafo húngaro, lo retrata en el burladero con la mirada fija en el objetivo, desde una melancolía acentuada en una pesadumbre que resulta lúcida. Ofrece los hombros hacia delante, apoyado en la madera, mientras sus ojos parecen adentrarse dentro de la cámara. Es un hombre consciente del peso de su momento y ha encontrado un punto de fuga precisamente ahí, a través de la lente que ahora quizá pueda devolverle una imagen distinta, como si un Manuel distinto lo estuviera observando al otro lado con una invitación a disfrutar la vida.

Pero sigue cumpliendo: Antonio Bellón lleva en su carpeta la copia del telegrama de agencia que se envió mientras él dictaba su crónica para *Pueblo*. No siempre comparte la visión de sus compañeros de agencia, pero sí esta vez: «Santander, 26. Toros de Rogelio Miguel del Corral. Belmonte, palmas y ovación con salida al tercio; Manolete, ovación con vuelta al ruedo y ovación. Rovira, palmas y ovación». Lo que no puede esperar Antonio Bellón, ni en el momento en que guardó esa copia, mientras acompañaba a su redactor en la oficina de telégrafos, ni tampoco ahora, en el coche, es que esa tarde del 26 de agosto, en Santander, iba a ser la última vez que Manolete saldría de una plaza por su propio pie. Antes de hacer el paseíllo, Bellón se ha encontrado con un antiguo amigo santanderino, que ha llevado a su sobrino de seis años, para distraerlo, porque su madre está muy grave. Justo antes de ser fotografiado en el burladero, con la mediación de Antonio, el torero lo ha saludado con cariño y ha pasado la mano

lentamente por sus mejillas, delicadas y hundidas por el súbito desamparo. Manuel se ha reconocido en esos ojos líquidos, con su marea interior. De la corrida, tras la última ovación, en los tendidos, donde se multiplican los rostros y los gestos, las respiraciones y las voces, el niño, que se llama Joaquín Leguina, sólo recordará que estuvo allí mientras su mundo se deshacía. No retendrá ni un detalle de la faena, pero quizá hubo otro instante suspendido en que las dos miradas volvieron a encontrarse, a través del fragor; o sucede aquí, porque el Manuel que ha fotografiado esa tarde Nicolás Muller es un hombre que mira con más profundidad, mucho más abismado en esa percepción de la fragilidad y el dolor de vivir.

37. HAMBRE

Antonio Bellón sospecha que hay algo más que ronda por el silencio no sólo de Manuel en el asiento trasero del Buick, sino también de Camará y Guillermo. Porque en la entrevista que le ha hecho Fernando Vizcaíno Casas, en Huesca, para *Triunfo*, cuando le ha preguntado sobre los rumores acerca de su retirada, Manuel ha reconocido que su intención es marcharse; hace ya tiempo que el dinero no es para él una motivación, ni mucho menos, comparable a la deuda contraída con los públicos que lo siguen y lo han llevado al lugar en el que está. Pero más transparente ha sido incluso con su buen amigo el periodista José María Carretero, aquel mismo Caballero Audaz al que ya le había reconocido, en una entrevista, mientras señalaba a Lupe Sino: *Mi tipo de mujer es esta. Delgada, morena y un poquito flamenca*. Cuando José María le ha preguntado sobre los años que aún puede seguir activo, Manuel le ha contestado: *Me retiro profesionalmente a final de esta temporada*. Se trata de vivir, de saciar su apetito y no ser un esclavo de las vidas ajenas. No lo admite directamente, pero lo dice. José María Caballero le pregunta por qué, y él responde: *En realidad, y tal vez únicamente, ¡el hambre! ¡El hambre que yo tengo ya de vivir la vida y no continuar siendo un muñeco y un esclavo de ella!* Su madre, doña Angustias, a la que siempre ha adorado, a la que guarda permanentemente en sus oraciones y cuida hasta el detalle, mientras, acompañada de sus hijas y nietas, disfruta el atardecer frente al casino de la playa de Miraconcha; pero, cada vez que tiene ocasión, expone su rechazo al noviazgo de su hijo, ante sus amigos, como el empresario Chopera, cuando acuden a visitarla en San Sebastián. La explicación de Manuel, que es más extensa y abunda en los sacrificios que debe mantener para poder enfrentarse a la muerte cada día en las mejores condiciones, mientras deja pasar su juventud, resume la poética vital de un hombre que ya ha visto el otro lado de la realidad y ha podido nadar en sus costas felices.

—A mí no me importa que te retires —musita de pronto Camará, todavía con la vista detenida al frente, como si hubiera adivinado los pensamientos de Bellón—, porque eres rico. Entre las fincas y el dinero, ni a ti ni a los tuyos va a faltaros nada. A mí lo único que me importa, y tú lo sabes, es que estés bien preparado cada tarde.

—Pues claro que lo sé, Pepe —lo llama indistintamente don José y Pepe, pero nunca se apea hasta el tuteo—. Como no lo voy a saber. Ya he dicho que en octubre anuncio oficialmente mi retirada. Después tenemos las quince corridas que ya ha apalabrado usted con Balañá, Chopera y otros empresarios, en las que no quiero cobrar ni una

peseta. Porque todo lo que se gane va para mi cuadrilla, para dejarles las vidas resueltas cuando me retire.

Guillermo, al volante, como siempre que lo escucha, vuelve a sentirse incómodo.

—Por mí no lo hagas, Manolo. Te puedes retirar ahora mismo y no tienes que darme nada. Yo por Chimo y los demás no hablo, sino por mí. Algo tengo ahorrado y hay otras formas de ganarse el pan. Es un honor estar contigo y no quiero nada más.

—Es que no lo hago por ti —le corrige, desde el asiento trasero, eludiendo sus ojos en el retrovisor y girando la cabeza hacia los campos, bajo aquel brillo postrero, tratando de impostar algo de sequedad para disimular la punzada de emoción—. Lo hago por todos.

Llegan tarde al Parador de Manzanares, pero les abren la cocina. Están acostumbrados a encontrar esa respuesta. Manuel siempre les dice: *Ni se os ocurra pedir nada que no se pueda pedir. Si quieren tener el gesto, que salga de ellos. Pero que nadie diga que me aprovecho de mi posición ni para conseguir mesa en un restaurante, y mucho menos para que vuelvan a la cocina cuando esas criaturas ya se han ido a dormir*. Como aquella vez en una tienta organizada por algunos amigos, entre los que estaban algunos de los que ya lo seguían por las distintas plazas, como José Berard, Rafael Herrera Oria o Rafael Sánchez, El Pipo. A la tienta había ido con Rafaelito Soria, su querido Calín, al que iba introduciendo en ese mundo. Pero su magisterio no iba a ser taurino únicamente. Nada más llegar, le susurró: *Sobrino, lo que te den, bien está. Pero tú no pidas nada*. Ese no pedir nada, ese no desear nada, ese no creer que se merece nada diferente a lo que reciben los demás, se marca en cada manifestación de su austeridad. Más allá del Buick azul que compró en México o del traje que se había mandado hacer a medida, al pasar por Londres, porque su amigo Edgar Neville le había dicho una vez que no hay un paño más exquisito que el inglés, y del que está tan orgulloso, nunca ha sido un hombre de caprichos. Eso sí: para los suyos, nada es suficiente. Desde salir del caserón de vecinos en la plaza de la Lagunilla, en cuyo bajo siempre había sido feliz, para comprar aquel palacete lujoso que perteneció al escritor José Ortega y Munilla, padre de Ortega y Gasset, en la avenida de Cervantes, para su madre, sí, pero también para la familia que la acompaña —que son quienes la disfrutan, porque él apenas ha pasado allí algunas pocas noches—, hasta el alquiler de Villa Iru, en San Sebastián, frente a aquel horizonte de hermosos atardeceres, pasando por cualquier gasto, para que a su familia no le falte nada.

Sentados a la mesa, después de agradecer al metre de la sala sus atenciones, Camará se descubre y se quita las gafas de sol, que deja sobre el mantel, y vuelve a hablar.

—Lo de las quince corridas para que las cobre tu cuadrilla, y me da

igual que me oiga Guillermo, es una exageración. Pero tú lo quieres hacer, y eres muy dueño. Sé mejor que tú lo bien que les has estado pagando a todos durante estos años. Quien no tenga un capitalito, como te ha venido a decir Guillermo —continua, haciendo luego una breve pausa para detenerse en el mozo de espadas, que asiente—, ha sido porque no ha sabido ahorrarlo. Anda, pregúntale lo que cobra al mozo de espadas de Domingo Ortega o al de Dominguín.

—Pregúntele usted —le responde muy rápido—, en vez de a esos, al de Carlos Arruza.

—Sí hombre. A Enrique Vargas voy a preguntarle, si Arruza es igual de desprendido que tú. Por eso sois tan amigos. Pero eso no significa que no tenga razón. Pagáis mucho.

—Dejémoslo estar, Pepe —le sonríe Manuel, mientras abre la carta—. Que eso ya está hablado. Vamos a disfrutar la cena. Yo querría unos huevos con chorizo, que aquí deben de ser buenos. Y a lo mejor me tomo hasta una copita de vino. Mientras, cambiando de tema, a ver si consigue usted convencer a nuestro amigo Antonio Bellón de que Joselito el Gallo era un torero más grande que Belmonte, ustedes que sí los vieron a los dos.

Manuel entonces mira risueño a su apoderado y a su amigo periodista, porque ya ha presenciado otros lances dialécticos entre ellos. Pepe Camará no es que no oculte, sino que proclama, cada vez que tiene ocasión, su veneración por Joselito, que además fue el padrino de su alternativa, con el que había llegado a compartir cartel casi sesenta tardes, en el 18, ausente Juan Belmonte de las plazas, antes de retirarse, al volver muy mermado de la guerra en Marruecos. Incluso llega a afirmar que es el único torero, de los que él ha conocido, al que Manolo no ha podido superar. Tanto le ha hablado de Joselito el Gallo, no sólo durante los entrenamientos, en las capeas o en los viajes, sino también en las veladas que Manuel ha compartido con Camará y su esposa en la casa del matrimonio en Córdoba, en el barrio de Santa Marina, disfrutando de una de esas ollas de su mujer con patatas guisadas y costillas que lo entusiasman —o en el piso que también tienen en Madrid, en el que dispone de un dormitorio preparado, con su ropa planchada en el armario—, que Manuel tiene interiorizada la plenitud de sus pases, con ese abanico de registros y esa actitud espiritual de majestad en la plaza, aunque no lo haya visto nunca torear. Así, por el respeto que tiene a su recuerdo, la única plaza de España en la que no ha querido presentarse, con la complicidad de Camará, ha sido la de Talavera, donde el toro Bailaor cogió a Joselito. Parece ser que esa misma tarde, al enterarse de su muerte, Juan Belmonte se encerró en una habitación de su casa en Madrid y no salió durante dos días.

¿Han pasado sólo nueve años desde aquella tarde en que su amigo, el

maestro José María El Algabeño, después de aquella novillada en la Maestranza, le dijo a Camará que su pupilo debía tomar ya la alternativa? Estaban en el Hotel Simón y les llegaba el ritmo bullicioso de los puestos arracimados en las tiendas de ultramarinos. Habían subido la escalinata de mármol con baranda de madera labrada, dejando atrás el lento murmullo de la fuente del patio, rodeada de esos macetones que a Manuel le habían recordado los de su casa en la plaza de la Lagunilla. Estaba vestido, pero Camará no le había apretado los machos. Recuerda las palabras del estoqueador veterano, justo antes de empujar la puerta de la habitación, para que Manuel no los oyera, mirándole con un convencimiento que no admitía réplica: *Hazme caso, Pepe. Tu muchacho, como novillero, lo tiene ya todo hecho. Incluso podría perjudicarle la alegría de Pepe Luis Vázquez. Pero, como matador de toros, les pasará por encima a Domingo Ortega y a Marcial Lalanda, que todavía siguen en la cumbre. Ellos aún no lo saben, pero en cuanto él llegue los cambiará de época. A ellos y a los demás. Porque tu chico ha venido con un toreo nuevo que los obligará a moverse de su sitio. Pero es necesario que tome ya la alternativa y que empiece a mandar*. Las negociaciones de la corrida tienen lugar en el Bar Jerezano, en la calle Tetuán. Sus primeros honorarios serán de 12.000 pesetas, de las que le quedarán, netas, sus primeras 10.000, tras pagar 2.000 como donativo a la Asociación de la Prensa. Ese primer caché, solamente unos años más tarde, ya se habrá multiplicado por veinte para no volver a bajar.

No era el único que le había hablado así: también el viejo Parrao, padre del torero que nueve años después le donará su sangre varias veces esa última noche, estaba convencido de que el joven Manuel, hijo de aquel otro Manolete que había llegado a torear con gafas y apenas había sido, para su hijo, la sombra estremecida de un recuerdo, debía doctorarse. Cómo va olvidar Camará el gesto de Manolo en la Maestranza aquel caluroso 2 de julio, con Chicuelo de padrino, en mitad de la arena, mientras le pregunta: *Está mejor el toro si le entro por el lado derecho, ¿no maestro?* Pero Chicuelo, que sabe ya muy bien a quién le pasa los trastos, responde: *Sí, eso estaría bien para cualquiera. Pero tú eres Manolete y serás capaz de sacarle todos los naturales que te dé la gana. Suerte siempre, tocayo*. Le acompaña también Gitanillo de Triana, que ya será una sombra de amistad por delante.

¿Cabe torear con más sosiego y finura que el nuevo artista cordobés? Sigo maravillado, y ya han pasado algunas horas desde que Manuel Rodríguez, entre dos luces, bordó en el gran bastidor del redondel los pases de muleta aquellos, perfectísimos, cadenciosos, finos, primorosos. El público estaba en pie, con la boca abierta. Nos habían hablado de un Manolete, matador de toros, que cruzaba limpiamente y calaba a los astados por las agujas… Su trabajo fue de adorno, afiligranado, churrigueresco, del barroco más sutil. Y en el segundo, su faena rebosó austeridad y eficacia. El impacto en la

prensa al día siguiente de su alternativa, con ondas expandidas por toda la península: los vientos ya han cambiado. Lo comprueba unos días más tarde el mítico Juan Belmonte, que participa como rejoneador en la corrida del Puerto de Santa María. Después de verle cortar las cuatro orejas y un rabo, cuando días después come en San Sebastián con el crítico César Jalón, Clarito, le pregunta: *¿De verdad no ha oído usted nada de Manolete?* En aquella corrida del 30 de julio en el Puerto coincidiría también con Domingo Ortega, que siente ya moverse la arena bajo sus pies. Sin embargo, cuando esa noche regrese a Córdoba, a su casa en la Lagunilla, Manuel le contará a su sobrino Calín, que todavía es un niño y lo recordará: *Ahora sé cómo se torea bien de capote, porque he visto a Domingo Ortega*. Pero el propio Ortega ya es consciente de que se ha inaugurado una nueva edad.

Sólo un año después, negarse a que toree en Olivenza en un festejo privado, en el que saben de antemano que no habrá lleno. No le importa a Camará que los empresarios estén dispuestos cubrir las pérdidas y pagarle a Manuel lo suyo, sino que se corra la voz y eso pueda servir de pretexto, a otros empresarios, para rebajarle las 200.000 pesetas que ya está cobrando por corrida. O nadie pierde dinero, y todos ganan, o Manolete no torea.

Pero también negarse a que toree delante de los nazis. Pepe Camará conoce, como cualquiera que lea los periódicos, que la aviación alemana está bombardeando Inglaterra, sin eludir escuelas y hospitales en el centro de Londres, desde mediados de julio. Recibe una llamada que le exige la presencia de Manuel en una corrida en Las Ventas en homenaje a Heinrich Himmler. Es testigo de esa conversación el periodista César Jalón, Clarito, el mismo al que Juan Belmonte había preguntado solamente un año antes, en San Sebastián, si todavía no sabía nada de Manolete. Camará ya ha contratado otra corrida para esa misma fecha, en Jaén, y quizá argumenta esa razón; aunque resulta evidente que, ante semejante circunstancia, podría haber cancelado la participación de Manuel en Jaén. El caso es que Camará recibe esa llamada telefónica de Madrid y su respuesta es rotunda: Manolete no toreará la corrida frente a Himmler. Se le dice, como amenaza, que entonces tampoco toreará en Jaén. Camará cuelga el teléfono. La consecuencia de esa negación es que no existe una foto de Manuel saludando a Franco y Heinrich Himmler. Ese día, el 20 de octubre del 40, confirma su alternativa en Las Ventas Pepe Luis Vázquez. Himmler visita España para preparar el encuentro de Franco y Hitler en Hendaya. Esos días, en otoño de 1940, ya está organizando la creación de varios campos de exterminio. Después dirigirá la ejecución de seis millones de judíos y casi medio millón de gitanos, además de polacos, yugoslavos y soviéticos, hasta llegar a una cifra indeterminada y fantasmal: entre once y catorce millones de civiles

asesinados. Pero la tarde de la confirmación de la alternativa de Pepe Luis Vázquez, en Las Ventas, un afectado Heinrich Himmler vomitará ante la crueldad del espectáculo. Manolete, mientras tanto, en Jaén, cortará cuatro orejas y dos rabos, sin que Camará revele nunca el contenido de aquella conversación telefónica.

38. HE VISTO LO QUE TÚ NO HAS VISTO

Unos años antes, la primera vez que lo ve con una becerra en el festejo nocturno que él mismo ha organizado en la plaza de Los Tejares, en Córdoba, cuando lleva tiempo retirado, Pepe Camará se apasiona tanto ante su forma de mantener los pies sobre la tierra que decide volver a torear. Una noche le pregunta el creador de toreo bufo Llapisera: *Pero Pepe, ¿qué es lo que has visto en este pobre muchacho, para decidirte a apoderarle?* Camará le señala a Manuel, que torea como una estatua posada sobre la tierra. *Yo le he visto, Rafael, lo que tú no le has visto. Porque estás mirando el cuerpo y no te has fijado en sus pies*. Tanto es así que Camará se entusiasma viéndole encadenar pases y vive su crepúsculo interior: vuelve a vestirse de corto en las becerradas que él mismo gestiona, durante la guerra, para torear con él. Hasta que el propio Manuel habla con su cuñado, Federico Soria, el padre de Calín, el mismo con el que se iba a la carretera de El Brillante, siendo un niño, para ganarse unas perras descargando camiones de adoquines, sí, pero también con la idea de irse preparando para ser torero, y le pide que interceda con Camará: *Con lo que ese hombre sabe del toreo y del toro, es el único que puede ayudarme a ser el torero que yo estoy decidido a ser*. Eso se lo contará Federico a su hijo Rafaelito, porque ha sido testigo de lo que la determinación y el pundonor de un hombre pueden alcanzar desde que se dedicó, con él, a descargar camiones de piedras en la carretera de El Brillante para fortalecerse, porque la escultura de su torero la había comenzado pronto.

Ahora, mientras lo ve devorar su plato de huevos fritos con chorizo, muy atento a las disquisiciones de Antonio Bellón sobre Joselito y Belmonte, que ha encontrado ahí la posibilidad de relajar la tensión acumulada en el trayecto a Manzanares desde Madrid, Camará vuelve a escucharlo, mirándolo de frente desde la arena: *Los públicos pagan igual en todas las plazas y yo tengo que arrimarme en todas las corridas*. La mirada franca, sin la más mínima pretensión. Esos ojos marcados por su verdad interior. *Te he dicho que no te arrimes tanto*, vuelve a escucharse Pepe, mientras Guillermo le da el estoque y Manuel le responde: *Pepe, usted sabe que la gente paga por verme arrimarme a todos los toros y yo cobro sueldos de primera también en las plazas de tercera*. O una semana después de aquella corrida de Tudela, en el 44, la mejor faena que Camará ha visto nunca hacer a ningún torero, seguramente incluyendo también a Joselito, aunque en esto duda, cuando en otra plaza semivacía le recrimina que se acerque tanto al toro, teniendo en

cuenta que no hay mucho público, cuando Manuel se gira y le responde: *No hay nadie, don José, pero está usted*. Y en la difícil corrida de Vitoria, sólo unos días atrás, cuando por primera y única vez Manuel se ha permitido tutearle: *Pepe, es menester que te enteres, de una vez y para siempre, que yo cobro en todas las plazas y tengo obligación de arrimarme a todos los toros*. Camará vuelve a escucharlo mientras lo ve acabarse el plato con satisfacción. Manuel está disfrutando: le gusta escuchar esas historias de Belmonte y Joselito que le cuenta Bellón, especialmente porque en aquellos días Camará compartió cartel con ellos.

—Dentro de poco, Pepe, en otoño, nos vamos a hacernos juntos unas becerritas.

Camará sonríe. Es la primera vez desde que han salido a la carretera. Le palmea muy despacio la mejilla. Después baja la mano y la deja caer sobre su hombro. Manuel siente el cariño de ese hombre a través de sus dedos, que le aprietan el brazo endurecido.

—Hay que ver. Nadie puede imaginarse el bíceps que tienes. Lo que has trabajado.

—A fuerza de naturales, Pepe. De irlos encadenando en redondo en todas las plazas.

—Y de levantar troncos, Manolo. Yo no he visto a nadie entrenar tan duro como tú. Pero escúchame —ahora lo mira directamente, sin retirarle la mano del brazo—. Quiero que esto se te grabe a base de bien. A mí no me debes nada. Todo eso que vas diciendo en las entrevistas de que estás deseando que llegue el final de la temporada… Por mí puedes retirarte mañana, después de lo de Linares. Lo he pensado mucho. A mí, a estas alturas, lo único que me preocupa es que no te pase ninguna desgracia. Cada día te exigen más y tú cada día te arrimas más, cuando tú mismo has hecho que arrimarse más sea imposible. Aguantar esos pitos no tiene sentido. Que le silben a Dominguín. No se te puede reprochar que te retires, habiéndolo hecho todo. Y tienes una fortuna. Si tú quieres, lo dejamos mañana y en paz.

Antonio Bellón asiste a la mirada honda que se cruzan esos dos hombres, mientras Guillermo no levanta la suya del plato, alargando el acto de dejar cruzados los cubiertos.

—Ya veremos, Pepe. Es verdad que estoy muy cansado de tantos sacrificios y deseo disfrutar de la vida. Pero tampoco quiero que parezca que esos pitos han podido conmigo.

39. SOMBRAS DE LA LLANURA

Cuando salen del parador la noche es una manta cálida de silencio. Antonio Bellón recuerda entonces que hace precisamente trece años, a sólo cinco minutos a pie desde allí, en la plaza de Manzanares, el toro Granadino cogía en el muslo derecho a Ignacio Sánchez Mejías. Había reaparecido, sustituyendo a Domingo Ortega. Evoca el llanto de Lorca: *Por las gradas sube Ignacio / con toda su muerte a cuestas*. Es seguro que Pepe Camará, con esa memoria portentosa que acumula para todo lo taurino, también lo habrá pensado; especialmente, teniendo en cuenta que Ignacio era el cuñado de su admirado Joselito, y que ambos habían estado juntos en su entierro. Pero ninguno de los dos comenta nada.

Ni Camará ni Guillermo han tomado café, porque quieren descansar y Manuel ya les ha dicho que conducirá él hasta Linares. Antonio Bellón se sienta delante. Al poco de arrancar, Manuel ve por el retrovisor que Camará y Guillermo se han dormido. Siente la potencia del Buick, pero la suavidad del sistema de suspensión hace que les parezca que se están deslizando sobre las sombras de la llanura, con destellos vibrantes en la lejanía.

—Qué tranquilidad. Ojalá todo fuera tan sencillo como conducir de madrugada.

—Para ti debería serlo, Manolo. Eres el hombre más famoso y rico que conozco.

—A veces el dinero también trae sus complicaciones. Mucha gente depende de mí.

Antonio Bellón se mantiene a la espera. Sabe que Manuel continúa meditando.

—Antonio, quiero pedirle un gran favor. Ya sabe que mi madre lo respeta mucho. Es usted uno de mis amigos en los que más confía. En octubre me caso. En Barcelona o en Madrid, pero no en Córdoba: quiero disfrutar mi boda íntimamente. Pero tendría una pena inmensa —reflexiona, sin apartar la vista de la carretera— si mi madre y todos los míos no me acompañaran. Y aunque nunca se han visto, ya sabe lo que ella opina de mi novia.

En un reflejo, Antonio Bellón piensa en el carácter de Luis Miguel Dominguín, que comparte cartel al día siguiente, en Linares, con Gitanillo de Triana y con Manuel. Si él estuviera manteniendo a su familia y quisiera casarse con cualquier actriz, tuviera o no un pasado de chica Chicote, los cuadraría a todos, como en un pelotón de fusilamiento, la señalaría y les diría: Me caso con esta mujer. Y al que no le guste, ahí tiene la puerta. Pero a Manuel, a quien doña Angustias

sigue llamando el Niño —y al que siempre le arenga, cuando va a torear, que no se deje pisar, nunca, el terreno por nadie—, teniendo más razones para hacerlo, le resultaría imposible resolverlo así. Él no quiere imponer, sino persuadir.

—Haré lo que pueda, Manolo. Pero ya sabes tú que ese asunto está difícil.

Siguen en silencio durante un buen trecho, hasta que ya se ven las luces de Linares.

—Cómo me gustaría que las cosas fueran tan sencillas como en México. Yo creo que sólo he sido así de feliz los últimos veranos en Fuentelencina. En México D. F., en el restaurante Casa Juana, comí con Indalecio Prieto, socialista y ministro con la República. Si lo contara aquí, me acusarían de haber estado sentado con el diablo. Lo que sabe ese hombre de toros. Un día después, aún en D. F., en la embajada de Ecuador, me encontré con Antonio Jaén Morente, otro antiguo diputado republicano. Y cordobés. Pero qué bien lo pasamos: tanto como en esa fiesta en la hacienda de Silverio Pérez, cuando me arranqué a cantar. Con qué cariño recuerdan todos esos hombres su país. ¿Sabe lo que me dijeron?

Antonio niega con la cabeza. Entonces lo observa: nunca lo ha visto tan relajado.

—Me repetían que abrazándome a mí abrazaban a España. Que yo era España. Pero toda, no la de unos ni la de otros. Y sabían que yo serví en el bando nacional, en Artillería. También había otro poeta cordobés, Juan Rejano. Y un amigo suyo, Pedro Garfias, que vivió en Cabra de niño, y me escribió un poema en una servilleta, delante de mí. Venía a decir que andar resulta fácil, pero lo más difícil es ser dueño de tu lentitud. Yo siempre me he mantenido quieto, Antonio. Pero a partir de ahora he decidido que voy a moverme.

40. LUZ EN LA TIERRA

Llegan al Hotel Cervantes a las cinco de la madrugada. Los está esperando, en el vestíbulo, Luis Miguel Dominguín. Abraza a Manuel y le cuenta con satisfacción que en las taquillas colgaron ayer el «No hay billetes». Quiere charlar con él y Manuel le agradece la deferencia, pero necesita descansar. Le saluda Francisco Cano, el fotógrafo, que ha ido contratado por Dominguín para hacerle un reportaje al día siguiente, durante la faena. También se encuentra con el empresario Pedro Balañá y su representante, Teodoro Matilla, que desean informarles acerca de la novillada que han preparado a Rafaelito Soria para dentro de semana y media, en la plaza de Barcelona.

—Comenten ustedes lo que quieran, pero yo me voy a dormir. Si dejo todas mis cosas en manos de Camará, cómo no voy a hacer lo mismo con las de mi sobrino Calín.

Por la mañana, Manuel despierta con una ligera indigestión y decide que sólo almorzará un poco de fruta y un huevo pasado por agua. Recibe visitas de amigos: el actor Manolo Morán, el cabo de la Policía Armada Juan Sánchez Calle y el torero Pablo Sabio González, Parrao. Poco a poco, el pasillo comienza a llenarse. Entran en la habitación Pedro Balañá, Álvaro Domecq y el conde de Colombí. Mientras Guillermo lo viste de rosa palo y oro en absoluto mutismo, Manuel concede una entrevista al alimón a Antonio Bellón y K-Hito. Responde con prudencia, pero critica la excesiva severidad del público.

Se relaja algo más cuando los dos periodistas amigos le preguntan, aunque los conocen vagamente por algunas conversaciones, por sus inicios como torero. Él les cuenta la primera vez que se puso delante de un becerro, con apenas once años, en la finca de Lobatón. Después, cuando llegó a su casa, se pasó toda la noche con un estoque de madera, hundiéndolo en un macetón del patio, sintiendo el placer en los nudillos cada vez que se clavaban sobre la superficie humedecida, porque su madre acababa de regar el mantillo. Esa costumbre no la ha perdido todavía: vuelve a verse a sí mismo toreando de salón en ese patio, muchos años después, antes de mudarse al palacete en la avenida de Cervantes. Su sobrino Rafaelito, que lo escucha desde una esquina de la habitación, está atento al guiño que su tío le lanza mientras les narra la anécdota, porque han sido muchas las noches que los dos han estado ensayando, frente a frente, los pases ante sus sombras.

No estrena nada, ni la montera ni el añadido, que es el mismo desde que debutó como novillero y le ha tenido que teñir varias veces

Guillermo. Después, apartado de los demás, reza con las medallas de Guerrita entre las manos. Le molesta aún el estómago, pero aguantará. Vuelve a verse, en el espejo, la vieja cicatriz en la mejilla de aquel toro que lo dejó marcado en Murcia. Coloca el pie sobre una banqueta. Pepe Camará, inclinado delante de él, como cada tarde, muy despacio, le amarra los machos de la taleguilla. Es el único momento en el que Guillermo, que también reza interiormente, se hace a un lado. Le gusta ver cómo los dos hombres se contemplan, sin hablar, hasta que Camará acaba el doble nudo y fija la trenza de ambos lazos sobre el botón interior. Después, con el gancho, va pasando por cada ojal el resto de los botones, hasta que los machos asoman muy poco.

A Manuel, cuando ve a Camará afanándose en la taleguilla, dándole esos tironcitos finales para que queden perfectamente ceñidos a ambas piernas, agachado frente a él, le vienen algunas veces evocaciones extrañas. Es el único momento en que su apoderado le parece un hombre vulnerable: cuando se agacha ante él para terminar de vestirlo. Desde que comenzaron, le quedó claro a Guillermo que esa tarea le correspondía enteramente a Camará. Manuel se queda abstraído en cada uno de sus gestos, encadenando lazadas y pasando los botones por los ojales con agilidad: vuelve a verse a sí mismo muy pequeño, sentado en los escalones de la planta baja, con el cuaderno de hule naranja sobre sus rodillas mientras dibuja una silueta borrosa, pero definida en su postura esbelta, que a él le gusta imaginar que es su padre. Nunca llegó a terminar aquel dibujo, pero lo recuerda ahora.

Ayuda a levantarse a Camará, salen de la habitación 42 y bajan por las escaleras. Llega al vestíbulo y los demás lo siguen en silencio. Desde la puerta del hotel, al mirar hacia la plaza, Manuel se fija en cómo la luz del sol le marca el camino al caer en la tierra.